

AÑO 11.

NUM. 132.

LA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO MADRILEÑO

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

—
DICIEMBRE 1899
—

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

Calle de Blasco de Garay, núm. 9.

LIBRARY OF THE
BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

TIERRAS VIRGENES

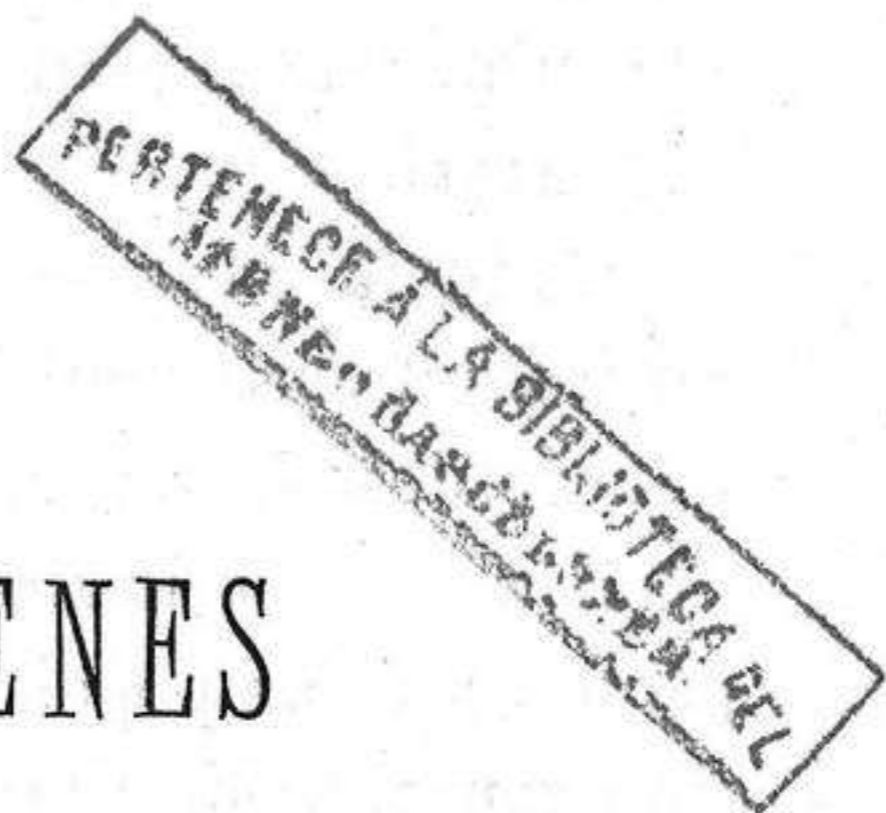
(CONCLUSIÓN).

XXXV

El gobernador de S..... era de la raza de esas buenas almas, descuidadas y mundanas, que tienen la piel blanca, muy cuidada y muy aseada, y el alma casi tan aseada como el cuerpo, los cuales, bien nacidos, bien educados, bien nutridos de pan de trigo, no habiendo pensado jamás en llegar á ser pastores de hombres, resultan regulares administradores, que trabajan poco, suspiran constantemente por San Petersburgo, y haciendo la corte á las señoritas guapas de provincia, son de una incontestable utilidad para sus Gobiernos, y dejan después un recuerdo muy agradable.

Acababa de saltar de la cama; estaba vestido con una bata de seda, con camisa de noche, desabrochada; sentado enfrente del tocador, se lavaba con agua, mezclada con la de Colonia, la cara y el cuello, del cual sin duda había quitado una colección de imágenes y escapularios, cuando le anunciaron que los señores Sipiaguin y Kallomeitsef acababan de llegar para un asunto grave y urgente.

Conocía íntimamente á Sipiaguin; se tuteaban desde su más tierna infancia. El general solía encontrarle á menudo en



los salones de San Petersburgo, y desde hacía algún tiempo, cuantas veces se pronunciaba delante de él el nombre de Sipiaguin, lanzaba un *¡ah!* respetuoso, presintiendo un futuro dignatario.

Conocía y estimaba mucho menos á Kallomeitsef, á propósito del cual recibía desde hacía algún tiempo quejas de un género desagradable.

Hizo que se invitase á los visitantes á que pasasen á su despacho, y á los pocos momentos entró él, con su traje de casa, sin excusarse siquiera de recibirlos en una *deshabillé* poco oficial y sacudiéndoles amistosamente la mano.

Paklin no había entrado con sus dos acompañantes en el despacho: esperaba en el salón. Al bajar del coche había tratado de escurrirse, á pretexto de ciertas ocupaciones que dijo le reclamaban en su casa; pero Sipiaguin le obligó á no marchar, con firmeza cortés, en tanto que Kallomeitsef, todo azorado, decía al oído de su amigo Boris: «No le dejes, no le dejes, ¡ira de Dios!» y le hacía subir.

Sipiaguin no le invitó á entrar en el despacho; pero con la misma cortesía le había suplicado que permaneciese en el salón esperando á que se le llamase.

Paklin se quedó solo, y tuvo de nuevo la idea de escurrir el bulto; pero un enorme gendarme, prevenido por Kallomeitsef, apareció en la puerta. Paklin se quedó.

—¿Adivinas, sin duda, qué es lo que aquí me trae, Volde-mar?—preguntó Sipiaguin al gobernador.

—No, querido amigo, nó adivino;—respondió el amable epicúreo, y una afable sonrisa redondeó sus rosadas mejillas y descubrió sus dientes brillantes, medio ocultos por ásperos mostachos.

—¿Cómo? Pero, ¿acaso Markelof?

—¿Qué Markelof?—repitió el gobernador sin cambiar de semblante.

Entonces se acordó vagamente de que el individuo á quien se había detenido la víspera se llamaba Markelof. Se había ol-

vidado por completo de que Mad. Sipiaguin tenía un hermano de aquel nombre.

—Pero, ¿por qué estás de pie, Boris?—repitió.—Siéntate. ¿Quieres tomar té?

Sipiaguin tenía otras cosas en qué pensar. Cuando hubo explicado el asunto que allí les traía á él y á Kallomeitsef, el gobernador lanzó una exclamación de pena, se dió un golpe en la frente y tomó su rostro una expresión de disgusto sincero.....

—Sí, sí,—repitió.—¡Qué disgusto! Aquí está todavía, hasta ver qué se dispone; ya sabes que no se les retiene más que durante una noche; pero el jefe de la gendarmería no está hoy en la ciudad, y he aquí la causa por qué permanece aquí todavía tu cuñado. Pero mañana se le enviará. ¡Dios mío, qué asunto tan desagradable! Tu mujer debe estar muy disgustada..... ¿Qué es lo que puedo hacer por ti?

—Desearía tener una entrevista con él en tu casa, si la ley no se opone.

—¿Qué es lo que dices, querido amigo? Para hombres como tú no se escriben las leyes. Créeme que participo de tu desazón. Es mal asunto, bien lo sabes.

Llamó de un modo particular, y se presentó un ayudante de campo.

—Querido barón, suplico á usted que tenga la bondad. (Le dijo lo que debía hacer. El barón desapareció.) Considera, mi querido amigo, que han tratado de matarle los aldeanos. Le ataron las manos á la espalda, y andando. Y él, ¿quieres creer que no se manifestó colérico? ¡Tiene una calma!..... A mí me ha sorprendido. Vas á verle: es un fanático tranquilo.

—Son los peores—dijo sentenciosamente Kallomeitsef.

El gobernador le echó una mirada.

—A propósito: tenía que hablar con usted, Simeón Petrovitch.

—¿Conmigo?

—Un mal asunto.

—¿Mío?

—Ya recordará usted. Su deudor: aquel aldeano que vino á quejarse á mí.

—¿Qué?

—Se ha ahorcado.

—¿Cuándo?

—Poco importa cuándo; pero es mala cosa.

Kallomeitsef se encogió de hombros y se fué hacia la ventana con marcado desdén.

El ayudante de campo entró acompañando á Markelof.

El gobernador había dicho la verdad. Markelof estaba perfectamente tranquilo. El aspecto perezoso que le era habitual había desaparecido de su cara, sustituyéndolo con la expresión de una fatiga indiferente.

No cambió su fisonomía al ver á su cuñado; sin embargo, cuando sus ojos se fijaron en el ayudante alemán que le había conducido, se hubiera podido notar en ellos un postrer relámpago del antiguo rencor que aquella gente le inspiraba.

Su gabán estaba roto en dos partes, y malamente cosido con hilo grueso; en la frente, en las cejas y en el arranque de la nariz, se notaban erosiones y rastro de sangre coagulada.

No se había lavado la cara, pero sí peinado. Con las manos hundidas en las mangas, se detuvo en la puerta.

Respiraba regularmente.

—Sergio—le dijo Sipiaguin con voz emocionada y dando dos pasos hacia él, tendiendo la mano lo bastante para tocarle ó para detenerle si avanzaba,—Sergio, no he venido aquí para expresarte nuestra sorpresa, nuestro profundo disgusto, de que no puedes dudar. Has querido perderte y te has perdido. Mas he deseado verte para decirte... para hacer... para darte la posibilidad de escuchar la voz de la razón, del honor y de la amistad. Puedes todavía endulzar tu suerte, y puedes estar seguro que haré por mi parte cuanto de mí dependa. He aquí al digno jefe de nuestro departamento, que te confirmará cuanto te he dicho.

Aquí, Sipiaguin levantó la voz.

—Arrepentimiento sincero de tus errores, confesión completa sin restricción, y de ello se dará cuenta á quien de derecho.....

—Señor—dijo de pronto Markelof, volviéndose hacia el gobernador (su voz era también tranquila, aunque un poco ronca),—suponía que me había llamado V. E. para interrogarme de nuevo. Pero si me ha hecho venir á instancias de Mr. Sipiaguin, ordene, se lo suplico, que se me conduzca de nuevo á la prisión; no podemos entendernos. Cuanto me dice es latín para mí.

—Permítame usted... ¡latín!—intervino Kallomeitsef con tono agrio y chillón.—¿Es también latín sublevar á los campesinos? ¿Es eso latín, diga usted? ¿Es eso latín?

—¿Es por ventura este señor un empleado de policía secreta? ¡Tiene tanto celo!.....—dijo Markelof, y una débil sonrisa de complacencia se deslizó por sus pálidos labios.

A Kallomeitsef le rechinaron los dientes, dió con el pie en el suelo; pero el gobernador le contuvo.

—De usted es la culpa. ¿Por qué se mezcla en un asunto que no le concierne?

—¡Que no me concierne, que no me concierne! Me parece que este asunto nos concierne á todos, á todos los de mi clase.

Markelof envolvió á Kallomeitsef en una mirada fría y lenta; era como la última mirada que había de dirigirle; luego, volviéndose ligeramente hacia Sipiaguin:

—En cuanto á usted, mi querido cuñado, si quiere que le explique mis ideas, hélas aquí: reconozco que los aldeanos tenían derecho á detenerme y entregarme, puesto que no les agradaban mis discursos. Estaban en libertad de hacerlo. Era yo el que iba á ellos, y no ellos á mí. Si el Gobierno me envía á Siberia, no murmuraré, aunque no me crea en lo más mínimo culpable. El Gobierno está á su negocio: se defiende. ¿Le basta á usted lo que le he dicho?

Sipiaguin levantó las manos al techo.

—¡Me basta! ¡Qué expresión! La cuestión no es esta. No se trata de que juzguemos lo que el Gobierno crea que debe hacer, pero deseo enterarme de si usted comprende, si comprendes, Sergio (Sipiaguin tocaba ahora la cuerda del sentimiento) la inconveniencia locura de esta tentativa; si estás dispuesto á dar pruebas de arrepentimiento, y si puedo, hasta cierto punto, Sergio, responder de tí.

Markelof frunció sus ásperas cejas.

—He dicho cuanto tenía que decir, y no gusto de repeticiones.

—¡Pero el arrepentimiento, el arrepentimiento.....!

Markelof exclamó bruscamente:

—Déjeme usted tranquilo con su arrepentimiento. Quiere usted penetrar el secreto de mi alma. Ahí no mira nadie más que yo. Déjeme usted.

Sipiaguin se encogió de hombros.

—Siempre eres el mismo. No quieres escuchar la voz de la razón. Podrías salir de este asunto sin escándalo y de un modo digno.

—¡Sin escándalo, dignamente!—repitió Markelof con tono sombrío. — Conocemos esas palabras. Siempre se emplean cuando se propone alguna baja. Esa es la significación de tales frases.

—Somos los heridos—siguió Sipiaguin, tratando de convencer á Markelof,—y ustedes se ponen la venda.

—¡Linda piedad! Se nos envía á Siberia; he aquí cómo se nos compadece. ¡Ah, déjeme usted tranquilo, en nombre de Dios!

Y Markelof bajó la cabeza.

Interiormente estaba irritado, á pesar de su calma aparente.

Lo que le torturaba, lo que le hacía más daño que todo lo demás, era el haber sido entregado, ¿por quién? Por Eremei de Golopliok. ¡Por aquel Eremei en quien tenía tan ciega confianza!

Que Medelei Dutik no le hubiese seguido..... bueno; no le sorprendía..... Medelei era un borracho y, por consiguiente, gandul. ¡Pero Eremei, Eremei que era para Markelof la personificación misma del pueblo ruso! ¡Que fuese él quien le hubiese entregado!

¿De modo, que todos los esfuerzos de Markelof habían sido sin objeto ni razón? ¿De modo, que Kisliakof no había dicho más que tonterías? ¿De suerte, que Basilio Nicholaievitch no había ordenado más que absurdos?

Todos aquellos artículos y aquellos folletos, aquellas obras de socialistas, de pensadores, todos aquellos trabajos en los cuales cada línea le hacía el efecto de algo evidente é incontrovertible, ¿no eran más que una mixtificación?..... Aquella soberbia comparación del absceso maduro que esperaba el lancetazo, ¿era asimismo vana palabrería?.....

—No, no—murmuraba al mismo tiempo, que se teñía su rostro del color del ladrillo,—no. ¡Todo es verdad!..... La culpa la tengo yo; no he dicho, no he hecho lo que hacía falta. Hubiera debido solamente dar órdenes, y si alguno se hubiese resistido, meterle, sin más ambajes, una bala en la cabeza. El que no está con nosotros no tiene derecho á vivir. A los espías se les mata como á los perros..... peor aún.

Y Markelof se representaba los detalles de su arresto. Primero, silencio en la turba de campesinos; después, guiños de ojos y gritos en los últimos..... Luego un aldeano que se le acerca disimuladamente como para saludarle..... Después un tumulto repentino..... Y él, Markelof, empujado, derribado: «¡Compañeros, compañeros! ¿Qué es lo que hacéis?»

Y ellos....., «Vamos, pronto: un cinturón, átales.....» Después crujir de sus huesos, rabia impotente..... polvo fétido en la boca y en las narices. «¡Hala con él, al carro, al carro!.....» Groseras carcajadas. ¡Maldición!

«¡He sido vendido, vendido!»

He aquí lo que le atormentaba; que le hubiesen derribado en el suelo era una desgracia puramente personal, que nada

tenía que ver con la obra común. Esto, al fin y al cabo, podía soportarse; ¡pero Eremei, pero Eremei...!

En tanto que Markelof permanecía con la cabeza sobre el pecho, Sipiaguin llevó aparte al gobernador, y hablándole á media voz, con gestos discretos y haciendo una señal con la cabeza, como diciendo «ya comprendes, el pobre está medio trastornado», se esforzaba en despertar en su amigo, si no simpatía, un poco de piedad hacia aquel insensato.

El gobernador, por su parte, se encogía de hombros, y tan pronto cerraba los ojos como los abría, y reconociendo su propia impotencia, acabó por prometer que haría cuanto pudiese.

—Cuanto yo pueda; ciertamente, cuanto pueda;— repetía con amabilidad al través de sus perfumados bigotes.

Mientras que ambos hablaban en un rincón, Kallomeitsef apenas podía dominar su impaciencia; se agitaba, hacía sonar la lengua, tosía; en una palabra, demostraba su intranquilidad por todos los medios. Ultimamente, no pudiendo contenerse, se acercó á Sipiaguin y le dijo rápidamente al oído:

—¿Ha olvidado usted al otro?

—¡Ah, sí!—respondió Sipiaguin en voz alta.—Gracias por habérmelo recordado. Debo poner en conocimiento de V. E. el hecho siguiente—dijo, dirigiéndose al gobernador.—(Empleaba esta fórmula con su amigo Valdemar para evitar el comprometer el prestigio de la autoridad en presencia de un insurgente.)—Razones de peso me hacen suponer que la loca tentativa de mi cuñado debe de tener ciertas ramificaciones, ó, en otros términos, que uno de los individuos de quienes sospecho se encuentra á poca distancia de la ciudad.—Haz que entre—añadió á media voz—un individuo que espera en el salón y que yo me he traído.

El gobernador miró con admiración á Sipiaguin, como diciendo:

—¡Qué hombre!

Y dió la orden.

Un minuto después, el servidor de Dios (1) Sila Paklin, apareció.

Iba Paklin á inclinarse profundamente delante del gobernador, cuando vió á Markelof, y sin acabar el saludo, se quedó á medio inclinarse, aplastando el casquete entre las manos.

Markelof le miró distraídamente, y sin duda no le reconoció, porque volvió á engolfarse en sus pensamientos.

—¿Es este..... la ramificación? — preguntó el gobernador extendiendo hacia Paklin su dedo blanco, adornado con una turquesa.

—¡Oh, no!—respondió Sipiaguin riéndose.— Sin embargo —añadió después de reflexionar— V. E.,— dijo en alta voz— tiene delante de sí á un cierto señor Paklin. Según lo que he podido saber, reside en San Petersburgo, y es amigo íntimo de un personaje que ha desempeñado en mi casa el oficio de profesor, y que ha huído de ella, llevándose consigo, con rubor lo cuento, una joven pariente mía.

—¡Ah! ¡Sí, sí!—murmuró el gobernador.— Algo he oído hablar de eso en casa de la condesa.

Sipiaguin levantó la voz.

—El personaje de quien he hablado á V. E., es un tal Mr. Nejdánof, de quien tengo vehementísimas sospechas, á causa de sus perversas teorías.

—Un rojo exaltado—añadió Kallomeitsef.

—De ideas y teorías perversas — repitió Sipiaguin de un modo categórico.— De seguro se ha mezclado en toda esta propaganda, y se encuentra, se oculta, me ha dicho el señor Paklin, en la fábrica del comerciante Faleief.

A las palabras «me ha dicho el señor Paklin», Markelof miró de nuevo al cojo, y se limitó á sonreír lentamente y con indiferencia.

—Permítame V. E.,— exclamó Paklin — y el señor Sipiaguin también: yo no he dicho jamás, jamás.....

(1) Frase oficial empleada en tales casos.

—¿Dices que en casa del comerciante Faleief? — preguntó el gobernador á Sipiaguin, moviendo al mismo tiempo la mano como diciendo á Paklin: «Poco á poco, joven; ya hablarás después.» — ¿Qué es lo que les pasa á nuestros comerciantes, á esos venerables barbudos? Ayer se detuvo á otro por la misma causa. Acaso le conozcas: Goluchkin, uno muy rico. ¡Oh, ese no es de los que harán la revolución! Desde ayer no ha cesado de arrastrarse y de suplicar de rodillas.

—El comerciante Faleief nada tiene que ver con esto— dijo Sipiaguin—ignoro completamente cuáles son sus opiniones; hablaba tan sólo de su fábrica, donde, según dice el señor Paklin, se encuentra en este momento Mr. Nejdánof.

—Yo no he dicho eso — gritó de nuevo Paklin.—V. E. es quien lo ha dicho.

—Permítame usted, señor Paklin,—replicó Sipiaguin con la misma implacable entonación; — respeto el sentimiento de amistad que inspira esas negaciones. (¡Oh, Guizot puro!—pensó el gobernador.) — Pero yo me permitiría recordar á usted que aprendiese mi ejemplo. ¿Cree usted que el sentimiento del parentesco no reside en mí, tan fuerte como en usted el de la amistad? Pero hay otro sentimiento, querido señor, que está por encima de esos otros, y que tiene por objeto guiar nuestras acciones: el sentimiento del deber.

—El sentimiento del deber— repitió en francés Kallo-meitsef.

Markelof dirigió su mirada hacia los dos oradores.

—Señor gobernador—dijo,—repito mi súplica: ruégole que ordene se me conduzca fuera de la presencia de esos dos charlatanes.

Al oírle el gobernador, perdió un poco de paciencia.

—Señor Markelof—exclamó,—me permito recordar á usted que, en su posición, conviene se contenga un poco y respete algo más á sus superiores, sobre todo cuando, como ahora, expresan sentimientos patrióticos como los que acaban de salir de los labios de su cuñado de usted. Tendré un verdadero pla-

cer—añadió, dirigiéndose á Sipiaguin—en hacer presente tu conducta al Ministro. Pero, ¿se encuentra seguramente ese señor Nejdánof en la fábrica?

Sipiaguin frunció el entrecejo.

—En casa de cierto Solomine, mecánico y jefe de la casa, según me ha dicho Mr. Paklin.

Sipiaguin mostraba cierta satisfacción particular en mortificar al pobre Sila; al mismo tiempo se vengaba del cigarro que le había ofrecido en el carruaje y de la cortesía familiar íntima y casi festiva que le había demostrado.

—Ese Solomine—añadió Kallomeitsef—es un radical, un republicano declarado; no estaría demás, por consiguiente, que V. E. fijase en él su atención.

—¿Conoce usted á esos señores Solomine y, como decíamos, Nejdánof?.....—preguntó el gobernador á Markelof en tono casi oficial y un tanto nasal.

Markelof, con las narices dilatadas por una sonrisa de gozo, le respondió:

—Y V. E., ¿conoce á Confucio y á Tito Livio?

El gobernador le volvió la espalda.

—No hay medio de hablar con este hombre—dijo, encogiéndose de hombros; señor Barón, ¿quiere usted acercarse?

El ayudante se aproximó á su jefe, y Paklin aprovechó esta ocasión para deslizarse hasta ponerse detrás de Sipiaguin y decirle:

—¿Qué es lo que está usted haciendo? Porque pierde usted á su sobrina. Usted sabe que está con él, con Nejdánof.

—A nadie pierdo, señor mío—contestó en voz alta Sipiaguin;—hago lo que mi conciencia me ordena.

—Y su mujer de usted, mi señora hermana, que lo tiene á usted bajo su pantufla—dijo Markelof en el mismo tono que su cuñado.

Sipiaguin, ni pestañeó siquiera. Todo aquello estaba por debajo de su persona.

—Escuche usted—continuó Paklin con la misma voz en-

trecortada; el corazón le temblaba de emoción y quizá de temor; la cólera brillaba en sus ojos y las lágrimas le impedían hablar; lágrimas de compasión por sus amigos y de despecho contra sí mismo.—Escuche usted: le dije que se habían casado, y no es verdad, le engañé á usted; pero el matrimonio debe efectuarse, y si usted lo impide, si la policía los detiene, caerá sobre la conciencia de usted una mancha que nadie podrá lavar.....

—La noticia que ahora me comunica usted—interrumpió Sipiaguin levantando la voz,—si por acaso fuera cierta, cosa que dudo, no haría otra cosa que acelerar las medidas que creo de necesidad tomar. Respecto á la pureza de mi conciencia, le suplico, amigo mío, que no se preocupe usted de ella.

—¿Su conciencia, compañero? Está barnizada; es impermeable, y nada puede hacerle mella. En cuanto á ti, señor Paklin, di cuanto quieras, pero no pretendas desdecirte; no lo conseguirás.

El gobernador juzgó conveniente poner fin á aquellos discursos.

—Pienso, señores—dijo,—que se han explicado ustedes suficientemente; por tanto, señor Barón, suplico á usted que se lleve al señor Markelof. ¿No es esto, Boris? Ya no es menester.....

Sipiaguin abrió los brazos.

—He dicho cuanto tenía que decir.

—Está bien, querido Barón.

El ayudante se acercó á Markelof, haciendo sonar las espuelas, y describió con la mano una línea horizontal y breve, que quería decir: «Si usted gusta, podemos echar á andar.» Markelof dió media vuelta y salió. Paklin, en su pensamiento, solamente le estrechó la mano, con sentimiento de amarga simpatía y de piedad.

—Ahora vamos á lanzar á nuestros muchachos sobre la fábrica—dijo el gobernador.—Escúchame, Boris; me parece que este señor (señaló á Paklin con un movimiento de la bar-

ba) te ha dicho no sé qué á propósito de tu sobrina..... que se encuentra allá en la fábrica. ¿Qué hacemos?

—No es menester detenerla—respondió Sipiaguin gravemente;—es posible que reflexione y que vuelva..... Si me lo permites, le escribiré cuatro letras.

—Te lo suplico. Pero, en suma, puedes estar tranquilo. Prenderemos á ese quidam; en cuanto á las mujeres, somos galantes..... y tratándose de esa joven.....

—¿Pero no toman ustedes medidas acerca de ese Sr. Solomine?—exclamó Kallomeitsef, que había estado con el oído atento para pescar algunas frases.—Aseguro á ustedes que es el principal organizador del negocio. ¡Para estos casos tengo yo un olfato, un olfato!.....

—No tanto celo, queridísimo Simeón Petrovitch—respondió sonriendo el gobernador.—¡Acuérdese usted de Talleyrand! Lo que haya, no se nos escapará. Piense usted en su... (el gobernador imitó el resuello de un hombre que se estrangula) en su deudor. A propósito—repuso, volviéndose de nuevo hacia Sipiaguin.—¿Y esta buena pieza?—indicó otra vez con la barba á Paklin.—¿Qué hacemos con él? No tiene un aspecto muy terrible que digamos.

—Déjale—dijo Sipiaguin en voz baja, añadiendo después en alemán: *Lass den lupen laufen* (deja correr el cerrojo).

Sin saber por qué, se imaginaba que hacía una cita del *Goetz de Berlichingen*, de Goethe.

—Puede usted irse—dijo en alta voz el gobernador.—Ya no tenemos necesidad de usted. Vaya con Dios, y hasta más ver.

Paklin hizo un saludo general, y salió herido, anonadado. ¡Dios mío, Dios mío! Aquel desprecio había sido el último golpe.

—Anda—pensaba, con una desesperación imposible de expresar,—¡cobarde denunciador! ¡Pero no, no; soy un hombre honrado, y no carezco de valor!

Pero ¿qué rostro es aquel que espera allí, en la escalinata

de la casa del gobernador, y que le dirige una mirada triste y de reconvención? Es el viejo servidor de Markelof. Ha venido sin duda á la ciudad para seguir á su amo, y no se aleja de los umbrales de la prisión..... Mas ¿por qué mira de ese modo á Paklin? ¿No es él, Paklin, el que ha entregado á Markelof?

¿Quién me habrá metido á mí en un asunto en el que nada tenía que hacer?—se repetía Paklin, cayendo de nuevo en su sueño desolado.—¿Por qué no me habré estado tranquilamente en mi agujero? Ahora pensarán de mí, y acaso escriban: «Cierta señor Paklin lo ha contado todo; ha denunciado á sus amigos.» Se acordó de la mirada que le había lanzado Markelof, y de aquel terrible *Tú no te desdecirás jamás*, y los ojos tristes y rencorosos del viejo... Como San Pedro en el Evangelio, lloró amargamente, y se dirigió con lentos pasos hacia el oasis en busca de Fomuchka, Fimuchka y Snandulia.

XXXVI

Por la mañana, cuando Mariana salió de su cuarto, encontró á Nejdánof vestido y sentado en el diván; apoyaba en una mano la cabeza, y la otra mano, inmóvil é inerte, descansaba sobre la rodilla.

La joven se acercó á él.

—Buenos días, Alejo: ¿no te has desnudado? ¿No has dormido? ¡Qué pálido estás!

Nejdánof levantó lentamente sus pesados párpados.

—Ni me he desnudado, ni he dormido.

—¿Estás enfermo? ¿Es aún á consecuencia de lo de ayer?

Nejdánof movió la cabeza.

—No he dormido desde que Solomine entró en tu cuarto.

—¿Cuándo?

—Ayer tarde.

—Alejo, ¿eres celoso? ¡Vaya una idea! Mide bien el tiem-

po. Solomine estuvo en mi habitación apenas un cuarto de hora. Hemos hablado de su primo el clérigo y de los medios de arreglar nuestro matrimonio.

—Ya sé que no ha estado en tu habitación más que un cuarto de hora; le ví salir. No soy celoso. ¡Oh, no! Pero desde ese momento no he podido dormir.

—¿Por qué?

Nejdanof guardó silencio.

—He pensado... he pensado...—dijo, después de una pausa.

—¿En qué?

—En tí, en él, en mí...

—¿Y en qué han venido á parar tus pensamientos?

—¿Es preciso decírtelo, Mariana?

—Habla, te lo ruego.

—He pensado que soy un obstáculo para tí, para él y para mí mismo.

—¡Para mí y para él!..... Comprendo lo que quieres decir, aunque afirmas que no estás celoso. ¿Mas para tí mismo?.....

—Mariana, en mí existen dos hombres; el uno impide vivir al otro. Por esto digo que sería mejor que los dos acabasen á un tiempo.

—Vamos, Alejo, vamos. ¿Por qué ese afán de atormentarte y de atormentarme? Lo que conviene por el momento es ver lo que debemos poner en práctica..... Supones, y con razón, que no se nos dejará tranquilos.

Nejdanof cogió suavemente del brazo á Mariana.

—Siéntate á mi lado, Mariana, y hablemos un poco como amigos, en tanto que nos dejan. Dame la mano. Me parece que haríamos bien en explicarnos, aunque, como suele decirse, las explicaciones no hacen más que embrollar los asuntos. Eres inteligente y buena, y comprenderás, ó más bien adivinarás, lo que yo no acierte á decir. Siéntate.

La voz de Nejdanof era tranquila, y en sus ojos, cuya mirada no se apartaba de Mariana, se leía una sin igual expresión de ternura amistosa y de súplica.

Con gusto se sentó Mariana al lado del joven, y le cogió la mano.

—Gracias, querida amiga. Óyeme, no te detendré mucho tiempo. He pensado esta noche pasada lo que había de decirte. Óyeme. No pienses que he estado preocupado por lo que pasó ayer; es probable que mi estado provocase la risa, ó, cuando menos, algo de disgusto; pero tú, no hay necesidad de decirlo, tú no has pensado de mí nada que sea malo ni bajo..... Me conoces. Te acabo de decir que lo que me sucedió ayer no me había preocupado: eso no era exacto..... es falso..... Me he sentido fuertemente preocupado, no por mi embriaguez, sino porque he encontrado la prueba concluyente, absoluta de mi bancarrota, de mi impotencia. No se trata sólo de la imposibilidad en que me encuentro de beber como nuestros campesinos. Se trata de mi carácter. Mariana, debo confesártelo..... Yo no creo en la obra que nos ha reunido, en la obra por cuya causa hemos huído juntos, y por la cual, también debo decírtelo, estaba bastante frío, hasta que tu llama volvió á reanimarme. No creo..... no creo.....

Se tapó los ojos con la mano que tenía libre, y permaneció callado algunos momentos. Mariana guardó también silencio y bajó la cabeza. Aquella revelación no era nueva para la joven.

—Al pronto pensé—siguió Nejdánof abriendo los ojos, pero esta vez sin mirar á la joven—que tenía fe en la obra y que dudaba solamente de mí, de mis fuerzas, de mi habilidad; mis aptitudes—pensaba—no responden á mis condiciones..... Pero es evidente que ambas cosas son inseparables, y después de todo..... ¿para qué engañarme? No; es que yo no creo en nuestra obra. Y tú, ¿crees tú, Mariana?

Mariana se enderezó, y, levantando la cabeza, dijo:

—Sí, Alejo; creo y creo en ella con todas las fuerzas de mi alma, y á ella consagraré mi vida entera hasta lanzar el último suspiro.

Nejdánof posó en ella una mirada, tierna, al mismo tiempo que envidiosa.

—Sí, sí; es la respuesta que yo esperaba. Ves, por lo tanto, que nada tenemos que hacer siguiendo juntos. Tú misma eres la que de un solo golpe acabas de romper el lazo que nos unía.

Mariana permaneció callada.

—Ahí tienes: Solomine, por ejemplo.....—siguió Nejdanoſ
—Solomine no cree.....

—¿Cómo?

—No, no cree; pero no tiene necesidad de creer: va tranquilamente adelante. El hombre que sigue un camino para ir á una ciudad, no se pregunta si la ciudad existe realmente. Marcha. Así hace Solomine, y nada más le hace falta. Yo no puedo ir hacia adelante, no quiero volver atrás, y permanecer en mi puesto me mata. ¿A quién he de ofrecerle mi compañía? Sabes el antiguo proverbio: «Cojed cada uno la carga por cada lado, y todo irá bien.» Pero si uno de los dos carece de fuerza para llevar esta carga, ¿qué hará el otro?

—Alejo,—dijo Mariana con cierta indecisión:—me parece que exajeras. En rigor, ¿no nos amamos?

Nejdanoſ suspiró profundamente.

—Mariana, yo me inclino delante de ti... y tú me compadesces, y ambos estamos convencidos de la honestidad de cada uno. Esta es la verdad. Amor..... no existe entre nosotros.

—Pero, ¿por qué dices eso, Alejo? ¿Olvidas que en estos mismos momentos comienza nuestra persecución..... y que debemos huir juntos y no separarnos nunca?

—Sí, é ir á casa del Padre Zossimo para que nos case, como nos ha propuesto Solomine. Bien se me alcanza que este matrimonio no es á tus ojos más que un pasaporte, un medio de evitar las molestias con que la policía nos amenaza. Pero al cabo nos obligaría á la vida en común, el uno al lado del otro, y si no nos obligase, por lo menos significaría el deseo de vivir juntos.

—¿Qué es lo que quieres decir? ¿Según eso, te quedas aquí?

Nejdanoſ contuvo un *sí* que iba á escaparse de sus labios, pero reflexionó, y dijo:

—No, no.

—Entonces, ¿al partir de aquí, no vendrás conmigo?

Nejdanof estrechó fuertemente la mano de la joven, que tenía entre las suyas.

—Dejarte sin protector, sin defensor, sería un crimen, y no haré tal cosa á pesar de ser tan débil. Tendrás un defensor, no lo dudes.

Mariana se inclinó hacia Nejdanof y le miró con solicitud, con ansiedad, esforzándose por leer en sus ojos, en su alma, en el fondo de ella.....

—¿Qué te pasa, Alejo? Algo tienes. Dímelo. Me inquietas: tus palabras son tan enigmáticas..... tan extrañas..... ¡Y qué cara la tuya.....! ¡Jamás te he visto así!

Nejdanof la separó suavemente y le besó la mano.

La joven no resistió ni se rió; siguió mirándole con ansiedad.

—No te inquietes, nada me pasa de extraordinario. He aquí en qué consiste todo el mal. Markelof, según me han dicho, ha sido atropellado por los campesinos, que le han golpeado..... A mí no me han hecho daño; por el contrario, han bebido conmigo á mi salud..... pero me han maltratado más todavía que el cuerpo á Markelof. He nacido desequilibrado, he tratado de corregirme, y sólo he conseguido desequilibrarme cada vez más. Eso es lo que observas en mi cara.

—Alejo, harías mal—dijo Mariana lentamente—si no fueses sincero conmigo.

Nejdanof se retorció las manos con fuerza.

—He puesto ante tus ojos mi ser como en la palma de la mano. Cualquiera cosa que pueda hacer, te lo diré en lo sucesivo..... En rigor, nada sucederá, absolutamente nada que pueda asombrarte.

Mariana sintió deseos de preguntarle la explicación de estas palabras, pero se contuvo..... porque también en aquel momento entraba en el cuarto Solomine.

Eran sus movimientos más rápidos y bruscos que de ordi-

nario. Movía los párpados; sus labios estaban contraídos, su semblante denotaba preocupación y reflejaba una expresión seca, dura, casi imperiosa.

—Amigos — dijo — vengo á advertiros que no hay tiempo que perder. Preparaos: ha llegado el momento de partir. Es menester estar dispuestos antes de una hora: es también preciso que vayamos á casaros. No tenemos noticias de Paklin. Al pronto se quedaron allá los caballos, pero esta mañana los han enviado. Se ha quedado Sila, por consiguiente, en Arjonoie. Probablemente le habrán conducido á la ciudad. No os denunciará, de seguro, pero ¿quién sabe? Tiene la lengua demasiado larga. Además, pueden haber conocido mis caballos. Mi primo ya está avisado. Os acompañará Paul. También él os servirá de testigo.

—Y usted..... y tú — le pregunto Nejdanofo. — ¿Tú no partes? Vas vestido en traje de camino, — añadió indicando las grandes botas que llevaba puestas Solomine.

—No, no; es por el lodo.

—¿Y si se te persigue por causa nuestra?

—No lo creo. En todo caso, eso sería cuestión mía. Con que ya sabéis, una hora. Mariana, Tatiana desea ver á usted. No sé qué cosas ha preparado.

—¡Ah! sí, es verdad; voy á verla.

Mariana se dirigió á la puerta.

En el rostro de Nejdanofo se pintó de repente una extraña expresión, mezcla de espanto y de angustia.

—Mariana—dijo con voz desfallecida:—¿te vas?

La joven se detuvo.

—Volveré antes de media hora. En poco tiempo estoy lista.

—Sí; pero ven aquí.

—Con mucho gusto, ¿por qué me llamas?

—Quiero verte otra vez.

La miró atentamente.

—¡Adiós, adiós, Mariana! — La joven pareció sorprenderse.—Te preguntas, ¿qué es lo que me pasa? Nada. No pongas

atención en ello. Vuelves dentro de media hora..... ¿verdad? ¿Sí?

—Sin duda.

—Sí, sí, ¡perdón! Tengo la cabeza trastornada todavía por el insomnio..... esta noche de desvelo..... Yo también estaré dispuesto.

Mariana salió. Solomine intentó seguirla, pero Nejdánof le detuvo.

—¡Solomine!

—¿Qué?

—Dame la mano. Debo darte las gracias por tu hospitalidad.

Solomine se rió forzadamente.

—¡Vaya una salida!

Sin embargo, le dió la mano.

—Ahora escucha—continuó Nejdánof.— Si á mí me sucediese alguna desgracia, ¿puedo contar contigo? Estoy seguro de que no abandonarás á Mariana.

—¿Tu futura esposa?

—Sí..... Mariana.

—En primer lugar, estoy cierto de que nada ha de sucederte; por lo demás, puedes estar seguro, Mariana me es tan cara como tú mismo.

—Lo sé, lo sé, lo sé..... Está bien..... gracias..... Hasta dentro de una hora.

—Dentro de una hora.

—Estaré dispuesto. Adiós.

Solomine salió y encontró á Mariana en la escalera; tuvo intención de decirle algo á propósito de Nejdánof, pero se calló, y Mariana, por su parte, comprendió que Solomine tenía propósito de decirle alguna cosa también acerca de Nejdánof, pero que, sin embargo, la callaba. Ni uno ni otro dijeron nada.

XXXVII

Apenas Solomine hubo salido, cuando Nejdanoſ se levantó del diván, dió unos cuantos paseos por la sala, y se detuvo un minuto, como un sonámbulo; después, estremeciéndose como si despertase, se quitó el traje de *máscara*, que colocó en un rincón, y fué á buscar, poniéndoselos después, sus antiguos vestidos.

Dirigióse luego á la mesa de tres pies, y sacó del cajón dos envoltorios y un objeto pequeño que guardó en el bolsillo; los envoltorios quedaron encima de la mesa.

Se bajó después y abrió la portezuela de la chimenea; el hogar contenía un montón de cenizas; era todo lo que quedaba de los papeles de Nejdanoſ y de su cuaderno de versos: lo había quemado la noche antes; pero en la misma chimenea, apoyado junto á uno de los lados, estaba el retrato de Mariana, hecho por Markelof. Evidentemente no había tenido valor para quemar el retrato con las demás cosas.

Lo retiró cuidadosamente y lo colocó sobre la mesa, al lado de los paquetes de papel. Luego, con un movimiento enérgico, se puso la gorra y se dirigió á la puerta..... pero se detuvo y entró en el cuarto de Mariana.

Permaneció un minuto en pie, inmóvil, miró en derredor suyo, y aproximándose al estrecho catre de la joven, estampó un beso con un sollozo único y contenido, no en la cabecera, sino en los pies del lecho.

Se enderezó súbitamente, afianzó la gorra en la cabeza y salió precipitadamente de la estancia. A nadie encontró ni en el corredor, ni en la escalera, ni en la planta baja. Sin ser visto de nadie entró en el corralillo.

El día era ceniciento, las nubes bajas parecían pesar sobre

la tierra; húmedo el viento, agitaba las puntas de la hierba y columpiaba las hojas de los árboles; el ruido de la fábrica era menor que de costumbre á la misma hora; de ella salía un fuerte olor de carbón de piedra, algodón y sebo.

Nejdanof miró en torno suyo con cuidado y desconfianza, encaminándose en seguida al viejo manzano que había llamado su atención el mismo día de su llegada, al asomarse por primera vez á la ventana de su cuarto.

El tronco del manzano estaba cubierto de musgo ya seco; sus ramas, arrugadas y desnudas, con algunas hojas verdes y rojizas, se elevaban torcidas hacia el cielo, parecidas á los brazos suplicantes de un anciano.

Nejdanof permaneció en pie sobre la negra tierra que rodeaba al manzano, y sacó del bolsillo el objeto que había tomado del cajón de su mesa, mirando atentamente las ventanas del edificio.

—Si alguno me viese en este momento—pensó,—quizá me volvería á casa.

Pero por ninguna parte asomó un rostro humano. Todo parecía muerto, todo se apartaba de él, alejándose para siempre, dejándole solo, á merced de su destino.

La fábrica únicamente le enviaba su aliento y su estúpido ruido. Lluvia fría y escasa comenzaba á caer en gotas finas y penetrantes.

Entonces Nejdanof, al través de las torcidas ramas del árbol, miró el cielo gris, bajo, almohadillado, indiferente, ciego; bostezó, y estirándose dijo:

—Después de todo, no hay otro remedio que hacer esto; no puedo volver á San Petersburgo á la prisión.

Arrojó lejos de sí la gorra, y habiendo experimentado en todo su cuerpo cierta tensión fuerte, angustiosa y dulce, apoyó el cañón del revólver sobre el pecho y tiró del gatillo.

Sintió un choque no muy fuerte, y cayó de espaldas; trató de comprender lo que había pasado, y se dió cuenta de que acababa de ver á Tatiana. Quiso llamarla, decir:

—«¡Ah, esto no es necesario!»

Pero ya la voz no obedecía á su voluntad. Una nube de humo verdoso pasó por delante de sus ojos, envolvió su rostro, su frente y su cerebro, y un peso horrible le aplastó contra la tierra.

No sin razón había creído ver á Tatiana; en el momento mismo en que se disparaba el tiro, la mujer de Paul se aproximó á una de las ventanas de la casa y vió al joven bajo el manzano.

No había tenido tiempo de decirle: «¿qué hace usted ahí con la cabeza descubierta en un día tan malo?», cuando le vió caer de espaldas, con la misma pesadez con que cae un costal de paja.

Aunque no había oído la detonación, comprendió que algo grave acababa de pasar, y echó á correr hacia el patio, y acercándose á Nejdánof, le dijo:

—Alejo Dmitrich, ¿qué tiene usted?

Pero ya la obscuridad envolvía por completo todo el ser de Nejdánof. La mujer se inclinó hacia él, y vió sangre.

—¡Paul!—gritó con una voz que no era la suya.—¡Paul!

Pocos instantes después, Mariana, Solomine, Paul y dos obreros de la fábrica entraban en el corral. Entre todos cogieron á Nejdánof, lo subieron al cuarto y lo colocaron en el diván donde había pasado la noche última.

Echado de espaldas, tenía los ojos medio abiertos é inmóviles; su rostro estaba azulado. Respiraba con dificultad, y parecía atragantarse como un niño que acaba de llorar. Aún no le había abandonado la vida.

Mariana y Solomine en pie, á derecha é izquierda del diván, estaban casi tan pálidos como el mismo Nejdánof.

Sentíanse conmovidos, aterrados, anonadados ambos, sobre todo Mariana; pero no sorprendidos.

—¿Cómo no lo hemos previsto?— pensaban. —Y al mismo tiempo les parecía, sí, les parecía, en efecto, que lo habían previsto.

Cuando Nejdánof había dicho á Mariana: «Cualquier cosa que yo haga, con tiempo te lo digo, no te sorprenderá», y cuando habló de aquellos dos hombres que existían en él, y que no podían vivir juntos. ¿no se había despertado en ella cierto vago presentimiento? ¿Por qué no se había detenido al oír aquellas palabras? ¿Por qué no se había parado á pensar en ellas y en el presentimiento que le habían producido? ¿Por qué no se atrevía á mirar á Solomine, como si éste fuese su cómplice, y como si también sufriese él iguales remordimientos de conciencia? ¿Por qué, al sentimiento de piedad infinita, de compasión desesperada que le inspiraba Nejdánof, se juntaba ahora una especie de terror y de vergüenza? ¿Acaso había dependido de ella el salvarle? ¿Por qué ninguno de los dos se atrevía á pronunciar una sola palabra? Apenas osaban respirar; esperaban..... ¿Qué es lo que esperaban, gran Dios?

Solomine envió á buscar á un médico, aunque no existía ninguna esperanza. Tatiana puso una gran esponja, empapada de agua fresca, sobre la herida, pequeña, exangüe y ya negra de Nejdánof, y humedeció sus cabellos también con agua fresca mezclada con vinagre.

De repente, Nejdánof cesó de respirar con fuerza, é hizo un movimiento.

—Vuelve en sí—murmuró Solomine.

Mariana se puso de rodillas al pie del diván..... Nejdánof la miró..... Hasta aquel momento había tenido los ojos inmóviles como los de los muertos.

—¡Ah! Todavía os veo,—dijo con voz apenas perceptible;—aunque torpemente.

—¡Alejo!—exclamó Mariana.

—¿Te acuerdas, Mariana, de mi poesía *Rodéame de flores?* ¿Dónde están las flores? Pero tú estás aquí..... Mi carta.....

Sintió un estremecimiento en todo su cuerpo.

—¡Oh! El aquí... Daos las manos. Pronto... Daos las manos.

Solomine cogió la mano de Mariana que apoyaba su frente cerca del diván, con su rostro junto á la herida.

Solomine estaba en pie, severo, sombrío como la noche.

—Así, bien; así.

Comenzó otra vez el estertor de Nejdánof. Se le levantaba el pecho y se le hundían los costados..... Hacía grandes esfuerzos por colocar la mano sobre las dos que estaban unidas; pero las suyas estaban ya muertas.

—¡Se va!—murmuró Tatiana, en pie cerca de la puerta, y empezó á hacer la señal de la cruz.

Las boqueadas eran cada vez más de tarde en tarde y más cortas. Buscó todavía á Mariana con la vista; pero una terrible blancura lechosa que venía de dentro, velaba ya sus ojos.

—Bien—dijo.

Fue su última palabra.

Ya no existía, y las manos de Solomine y de Mariana estaban aún enlazadas sobre su pecho.

He aquí lo que contenían las dos cartas que había dejado escritas. La primera dirigida á Siline, se componía de estas solas líneas:

«¡Adiós, hermano mío; hermano mío, adiós!

»Cuando recibas este pedazo de papel, ya no existiré. No preguntes cómo ni por qué, tampoco me quejo. Estoy seguro que me he de encontrar mejor así. Toma, nuestro inmortal Puchkine, y vuelve á leer en *Eugenio Oneguine* la descripción de la muerte de Lenski. ¿Te acuerdas? Las ventanas están blanqueadas, el huésped está ausente..... Nada más. No te digo nada, porque tendría mucho que decirte, y el tiempo falta. No he querido irme sin despedirme de ti. Hubieras podido creerme vivo, y esto hubiera sido una falta en nuestra amistad.

»Adiós, procura vivir.

»Tu amigo,

A. N.»

La otra carta, un poco más larga, estaba dirigida á Solomine y á Mariana.

«Mis queridos niños:»

(A continuación de estas tres palabras había una interrupción como si se hubiese borrado algo, ó más bien desvanecido por alguna lágrima.)

«Quizá extrañéis que os llame así; yo soy casi un niño, y tú, Solomine, tú, bien lo sé, eres mayor que yo; pero voy á morir, y en el límite de la vida me considero ya como un viejo. Me tengo por muy culpable á vuestros ojos, sobre todo á los tuyos, Mariana, porque os causo mucho disgusto (sé que tú, Mariana, lo tendrás muy grande. Lo sé). Pero ¿qué otra cosa hubiera podido hacer? No he encontrado más salida que esta. Tampoco he sabido *simplificarme*. No he tenido otro camino que el que he emprendido. Para ti, Mariana, hubiese sido una carga, como tú para mí. Eres generosa, hubieras quizá aceptado con alegría esta carga como un nuevo sacrificio; pero yo no tenía ningún derecho á imponértelo: tienes algo mejor que hacer.

Mis queridos hijos (dejad que os llame de este modo, una vez que viene, por decirlo así, de más allá de la tumba), juntos estaréis bien. Mariana, acabarás por amar á Solomine, y él..... él te ama desde el día en que te vió en casa de los Sipiaguin. Jamás ha sido un secreto para mí, aunque hayamos huído juntos á los pocos días.

¡Ah, aquella mañana, qué bella, qué fresca, qué hermosa! Al presente me parece que es el símbolo de vuestra vida, de la tuya y de la suya. Por un capricho de la casualidad ocupé yo el lugar que pertenecía á Solomine.

Pero es preciso acabar: no tengo intención de afligirte, quiero solamente disculparme. Mariana, tendréis ratos bien desagradables que pasar. Pero, ¿qué hacer no teniendo otra salida?

Adiós, Mariana, mi querida y buena niña. Adiós, Solomine, yo te la confío. Vivid felices, vivid siendo útiles á los demás. Tú, Mariana, no te acuerdes de mí más que cuando seas feliz. Piensa en mí como en un hombre honrado y bueno también, mas para el cual era mejor la muerte que la vida.

¿Te he tenido amor? No lo sé, mi querida amiga: lo que sí puedo decirte es que jamás he experimentado un sentimiento semejante al que por tí he sentido, y que la muerte me parecía aún más terrible si yo no llevase á la tumba un sentimiento como este.

¡Mariana! Si encuentras alguna vez á cierta persona llamada Machurina—Solomine la conoce, y, según creo, tú también la has visto,—dí que he pensado en ella con reconocimiento poco antes de morir. Ya sabe lo que quiero decirle.

Es preciso poner término á esta despedida. Acabo de asomarme á la ventana: una estrella brilla aún inmóvil detrás de las nubes que corren rápidamente. Mas por rápidamente que corran, no pueden ocultarla. Esta estrella me hace pensar en tí, Mariana.

En este momento duermes en la alcoba inmediata, y nada sospechas. Me he acercado á la puerta; he aproximado el oído, y me ha parecido oír tu respiración tranquila. ¡Adiós; adiós, hijos míos, amigos míos!

Vuestro,

A.

En esta carta, escrita ante la muerte, ni una sola palabra os he dicho de nuestra grande obra. Esto depende de que en el instante en que se va á morir no se miente. Perdóname, Mariana. La mentira estaba en mí, y no en la obra en que tú crees.

¡Ah! Una palabra más. Quizá supongas que he tenido miedo á la cárcel, porque de seguro me habrían detenido, y que he tomado esta determinación para evitarla. No, la prisión no me intimida; pero estar en una prisión por una idea en la que no se cree, sería cosa verdaderamente absurda. Si me mato, no es por miedo á la cárcel.

¡Adiós, Mariana! ¡Adiós!»

Mariana y Solomine leyeron la carta, uno después del otro. La joven guardó en el bolsillo las dos cartas y el retrato, y permaneció inmóvil.

Solomine le dijo:

—Todo está dispuesto, Mariana; partamos. Hay que cumplir su voluntad.

Mariana se aproximó á Nejdanof, apoyó los labios sobre la frente, ya fría, del cadáver, y volviéndose á Solomine, le dijo:

—Partamos.

El la cogió del brazo, y los dos juntos salieron de la habitación.

A las pocas horas, cuando la policía penetró en la fábrica, encontró á Nejdanof..... pero muerto. Tatiana le había colocado cuidadosamente sobre el lecho, poniendo bajo la cabeza del cadáver una blanca almohada, le cruzó las manos y colocó á su lado un ramo de flores.

Paul, á quien se le dieron las instrucciones convenientes, recibió con respeto á los polizontes, aunque con disimulada burla, de tal modo, que los esbirros dudaban entre darle las gracias ó prenderle.

Les contó todos los detalles del suicidio, les hizo comer queso de Gruyer y beber vino de Madera; pero cuando le preguntaron en dónde podrían encontrar á Solomine y á la joven que se hallaba en la fábrica, se declaró completamente ignorante de la pregunta, limitándose á asegurar que Solomine no estaba nunca ausente durante mucho tiempo, que volvería de seguro el mismo día ó el día siguiente, y que tan pronto como regresase, sin perder un minuto, él, Paul, daría conocimiento de su vuelta. Podían estar seguros: era un hombre puntual.

Por consiguiente, los señores polizontes se volvieron con las manos vacías, después de haber dejado dos guardias al lado del cadáver y de prometer que enviarían al juez de instrucción.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
AZÚCAR DE CAÑA DE S. M. DE S. M.

XXXVIII

Dos días después de estos acontecimientos, un hombre y una joven, antiguos conocidos nuestros, entraban en un carruaje en el patio de la casa del padre Zossimo y se casaban al día siguiente de su llegada.

A los pocos días desaparecieron, y el bueno de Zossimo no se arrepintió en modo alguno de lo que había hecho.

Al dejar la fábrica, Solomine entregó una carta para el patrón; aquella carta contenía una cuenta detallada y precisa de la situación de los negocios, que por cierto era brillante, y en la que se solicitaba una licencia de tres meses. Aquella carta había sido escrita dos días antes de la muerte de Nejdánof, de lo que podía deducirse que ya entonces creía necesario partir con el joven y con Mariana y desaparecer por algún tiempo.

Las pesquisas hechas acerca del suicidio no dieron ningún resultado.

Se enterró el cuerpo, y Sipiaguin no volvió á tomarse el trabajo de averiguar el paradero de su sobrina.

Nueve meses más tarde fue juzgado Markelof. Su actitud ante el tribunal fue la misma que ante el gobernador: tranquilo, no sin cierta dignidad, y un poco triste. Su habitual rudeza se había suavizado algo, no por debilidad, sino por noble sentimiento. De nada se disculpaba, de nada se arrepentía: no acusó ni nombró á nadie; en sus ojos sin brillo y en su rostro adelgazado, no se notaba más que una expresión de resignación y de firmeza; sus respuestas cortas, pero categóricas y francas, despertaban hasta en los mismos jueces un sentimiento muy parecido al de la compasión.

Los campesinos que le habían entregado, y que servían

de testigos de cargo, participaban de ese mismo sentimiento y hablaban de él como de un señor sencillo y bueno.

Pero su culpabilidad era demasiado evidente, y no podía prescindirse del castigo, cosa que él aceptó como lo más natural del mundo.

En cuanto á sus cómplices, en verdad poco numerosos, Machurina se ocultó; Ostrodumof murió á manos de un burgués á quien excitaba á la sublevación; Goluchkin no sufrió más que una pena insignificante, gracias á su sincero arrepentimiento (faltó poco para que se volviese loco de pavor); Kisliakof estuvo preso un mes, y después se le puso en libertad, no impidiéndole que comenzase á rodar por todos los gobiernos de Rusia; Nejdánof se había puesto, al matarse, al abrigo de todas las persecuciones; Solomine, á falta de pruebas suficientes, se le tuvo como sospechoso, pero se le dejó tranquilo. Por su parte, no trató de evitar el presentarse ante el tribunal, y compareció ante él en la época prefijada. Nada se dijo respecto á Mariana. De Paklin nadie volvió á hacer caso, aunque el pobre hombre no se había echado atrás.

*
* *
*

Habían pasado diez y ocho meses; era en el invierno de 1870.

En San Petersburgo, en ese mismo San Petersburgo en que el consejero privado y chambelán Sipiaguin se preparaba á desempeñar un papel importante, y en que su mujer protegía todas las artes, daba *soirées* musicales y organizaba cocinas económicas, donde Kallomeitsef era considerado como uno de los funcionarios más seguros del Ministerio, un hombrecillo, vestido con una humilde capa de cuello de piel de gato, marchaba cojeando á lo largo de uno de los lados del Vasili-Ostrof.

Era Paklin. Había cambiado mucho; algunos hilos blancos brillaban entre sus cabellos, que dejaba descubiertos su casquete.

Una señora un poco corpulenta, de elevada estatura, envuelta en un abrigo de tela obscura, venía en dirección opuesta.

Sila le dirigió una mirada distraída, pasó al lado de ella, después se detuvo de repente, reflexionó durante un segundo, extendió el brazo, y, volviéndose vivamente, se puso delante de la desconocida y la miró por debajo del sombrero.

—¡Machurina!—dijo á media voz.

La dama le miró de alto abajo con aire majestuoso, y sin decir una palabra siguió su camino.

—Mi excelente Machurina, la he reconocido á usted,—continuó Paklin, cojeando al lado de ella;—pero no se enfade usted, ¡por Dios! ¡Ya sabe usted que no he de hacerle traición! ¡Estoy tan contento por haberla encontrado! Soy Paklin, Sila, Paklin, ya sabe usted, el amigo de Nejdánof. Venga usted á mi casa: está á dos pasos de aquí..... Vamos, se lo suplico á usted.

—*Io sono contessa Rocca y..... y....., é ancora*—respondió la señora con voz grave, pero con un acento ruso muy marcado.

—¡Qué condesa.....! Vamos, sígame usted; hablaremos.

—Pero, ¿dónde vive usted?—preguntó de repente la condesa italiana.—Tengo prisa.

—Aquí en esta misma calle; he allí mi casa, aquella pintada de gris, de tres pisos. ¡Qué buena es usted no ocultándose de mí! Deme usted el brazo: vamos. ¿Hace mucho que está usted aquí? ¿Cómo es que se llama usted condesa? ¿Se ha casado usted con algún conde italiano?

Machurina no se había casado con ningún conde; le habían dado en el extranjero, en donde se hallaba entonces, el pasaporte de cierta condesa Rocca di Santo Fiume, muerta poco tiempo hacía, y así pertrechada, había vuelto tranquilamente á Rusia, á pesar de no saber una palabra de italiano, y aunque su tipo era ruso muy marcado.

Paklin la llevó á su modesta habitación. Su hermana, la

jorobada Snandulia, con la cual vivía Sila, salió para recibirlos de detrás del tabique que separaba la cocina, muy pequeña, de la antesala, más pequeña todavía.

—Snandulia,—dijo Paklin,—te recomiendo á esta señora, grande amiga mía; danos en seguida té.

Machurina, que en modo alguno hubiera aceptado el ofrecimiento de Sila si éste no le hubiese hablado de Nejdánof, se quitó el sombrero, arregló con sus manos masculinas sus cabellos cortos, cortados como en otros tiempos, hizo una inclinación de cabeza, y se sentó sin pronunciar palabra.

No había cambiado; su vestido era el mismo que llevaba en otro tiempo; pero se notaba en sus ojos una tristeza inmóvil que daba á su semblante cierta expresión agradable, á pesar de la rudeza de sus facciones.

Snandulia se apresuró á preparar el té; Paklin se sentó enfrente de Machurina, le dió un golpe amistoso en la rodilla, inclinó la cabeza é intentó hablar; pero se vió obligado á toser, porque la voz le faltó y los ojos se le llenaron de lágrimas.

Machurina permanecía inmóvil, con el cuerpo derecho, sin apoyarse en el respaldo de la silla, y mirando de lado con expresión de pereza.

—¡Ah!—dijo al cabo Paklin.—¡Qué de cosas han pasado! La estoy mirando á usted, y me acuerdo..... ¡qué de cosas!..... ¡Qué de gentes!..... Los vivos y los muertos..... mis dos peluconillos también murieron, pero me parece que usted no los conocía. Los dos, como yo había anunciado, murieron en el mismo día. Nejdánof, ¡pobre Nejdánof!..... Usted sabe probablemente.....

—¡Oh, sí!—respondió Machurina sin cesar de mirar de lado.

—Y Ostrodumof, ¿sabe usted también lo que le ha acontecido?

Machurina hizo un movimiento de cabeza. Hubiera querido que su interlocutor hablase de Nejdánof, pero no osaba decírselo. Sin embargo, Paklin lo comprendió.

—He oído decir que en la carta que escribió momentos antes de morir, hablaba de usted. ¿Es verdad?

Machurina estuvo algunos momentos sin responder.

—Es verdad,—dijo al cabo.

—¡Qué excelente muchacho era! Pero estaba completamente fuera de su órbita. No era más revolucionario que yo. ¿Sabe usted lo que en rigor era? Un romántico del realismo... ¿Me comprende usted?

Machurina dirigió á Paklin una mirada rápida. Ni le había comprendido, ni quería tomarse la pena de comprenderle. Le parecía extraño é impropio que aquel hombrecillo tratase de compararse con Nejdánof, pero se dijo: «Que se envanezca, ¿qué importa?»

En rigor, Paklin no creía envanecerse con esta comparación; antes bien, se creía rebajado con ella.

—He recibido la visita de un tal Siline,—continuó Paklin.—Nejdánof le escribió antes de morir. Ese señor Siline me preguntó si sería fácil encontrar los papeles que hubiese dejado el difunto. Pero los objetos que le pertenecían habían sido sellados, y sus papeles no existían: los había quemado todos, incluso sus poesías. ¿Quizá ignorase usted que hacía versos?

Todo ello ha desaparecido al mismo tiempo que él; todo ha caído en el abismo común y para siempre. Sólo vive en el recuerdo de algunos amigos que á su vez también desaparecieron.

Paklin hizo una pausa.

—En cambio, los Sipiaguin,—continuó,—ya recordará usted, aquel matrimonio tan condescendiente, tan majestuoso y tan antipático,—¡están actualmente en la cumbre del poder y de la celebridad!

Machurina no se acordaba de los Sipiaguin; pero Paklin los odiaba de tal suerte, al marido principalmente, que no podía sustraerse al placer de hablar mal de ellos

—Dícese que su casa es de gran tono. Allí no se habla

más que de virtud; pero he hecho la observación de que las casas en que se habla mucho de virtud son como las alcobas de los enfermos en que se ha quemado perfumes: indican que ha pasado en ellas algo que no es limpio. Tan fuerte perfume de virtud, es sospechoso. Ellos fueron, esos Sipiaguin, los que perdieron á Nejdánof.

--¿Qué ha sido de Solomine? — preguntó Machurina, á quien desagradaba que *éste* hablase de *aquél*.

—¡Solomine! Ese es hombre aprovechado, y que dirige admirablemente su barco. Ha dejado su antigua fábrica, y se la arregla perfectamente. Tenía un excelente compañero, un tal Paul, á quien se llevó también. Actualmente se dice que tiene una fábrica suya, no muy grande, en no sé qué parte del distrito de Perm, y que la ha establecido por el principio de asociación. Se puede asegurar que no se perderá. Hará su agujero. Es de los que tienen agudo el pico, y fuerte al mismo tiempo. Es listo, y sobre todo, no es un curandero repentino de las plagas sociales. Ya sabe usted cómo somos nosotros los rusos. Estamos esperando siempre que llegue algo ó alguien que nos ha de curar de golpe y porrazo, cicatrizar nuestras llagas, y para curarnos todas nuestras enfermedades como se arranca un diente corroído.

¿Quién será ese mágico prodigioso? ¿El darwinismo? ¿La *Commune* rural? ¿Arkhip Perepentief? ¿Una guerra extranjera?.... Poco importa: lo que hace falta es que se nos arranque el diente malo. En rigor, lo que todo esto quiere decir es pereza, falta de energía y de reflexión.

Pero Solomine no pertenece á este grupo; no arranca dientes.... es listo.

Machurina hizo un ademán que quería decir: «He ahí un enterrado».

—¿Y aquella joven—preguntó—cuyo nombre no recuerdo, y que había huído con *él*, con Nejdánof?

—¿Mariana? Se casó con Solomine. Más de un año hará que se casaron. Al principio, el matrimonio no fue más que

pura fórmula; pero actualmente parece que es verdadero. Sí.

Machurina hizo el mismo gesto que al hablar de Solomine.

En otro tiempo tuvo celos de Mariana porque amaba á Nejdánof. Ahora se indignaba porque su rival había hecho traición al recuerdo de su amado.

—¿Habrá ya un niño probablemente?—dijo con tono desdenoso....

—Acaso.... yo no sé.... Pero ¿á dónde va usted?—preguntó Paklin viéndola coger el sombrero.—Espere usted. Snandulia va á traer el té en seguida.

Lo que Paklin deseaba no era tanto detener á Machurina, cuanto tener ocasión de desahogar todo lo que fermentaba sordamente en su alma. Desde su regreso á San Petersburgo apenas si veía gente, sobre todo jóvenes. Su historia con Nejdánof le había espantado y se había hecho muy prudente; huía de la sociedad, y por su parte los jóvenes le miraban de un modo sospechoso.

Hasta uno de ellos le había llamado en sus barbas «denunciador». En cuanto á los viejos, no sentía gran placer en verlos; de modo que se le pasaban semanas enteras sin que tuviese ocasión de decir una sola palabra.

Apenas si se comunicaba con su hermana; no porque la creyese incapaz de comprender, todo al contrario. La estimaba mucho. Pero con ella era forzoso hablar seriamente y con toda veracidad, y en cuanto él se ponía á hablar en broma, ella le miraba con cierta mirada atenta, no exenta de compasión, que le llenaba de vergüenza. Es preciso convenir en que no se puede hablar en broma cuando uno de dos interlocutores no gusta de ellas.

Todo esto hacía que la vida en San Petersburgo se hubiese hecho poco agradable para Paklin, y que pensase seriamente en transportar sus penates á otra parte..... á Moscú acaso.

En tanto, multitud de consideraciones, de reflexiones, de

pensamientos, de palabras picantes ó ingeniosas se juntaban, se almacenaban en él como el agua en la presa cerrada de un molino. Como no se podía levantar la compuerta, el agua se estancaba y corrompía. Machurina acababa de presentarse; la compuerta se había levantado, y la corriente de palabras corría y más corría.... Tuvo para todos, y habló de todo: de San Petersburgo, de la vida petersburguesa, de la Rusia entera. Ni á cosas ni á personas perdonó. Todo ello interesaba medianamente á Machurina; pero ni le respondía ni le interrumpía, y con esto Paklin tenía bastante.

—Sí,—decía—estamos en excelente situación: se lo aseguro á usted. En la sociedad, estancación completa; todo el mundo se aburre mortalmente. En literatura, vacío absoluto: tabla rasa. En crítica, si algún joven escritor progresista se propone decir que las gallinas tienen la facultad de poner huevos, escribirá veinte páginas para exponer tan profunda verdad, y aun no se habrá explicado á su gusto. En ciencia, ¡ah, ah! también tenemos entre nosotros á Kant, pero solamente en los cuellos de los ingenieros (1). En el arte ocurre lo mismo. Vaya usted al concierto de esta tarde, y oirá usted al cantor popular Agremetsky..... Ha obtenido triunfos colosales. Pues bien: si una carpa rellena pudiese cantar, una carpa rellena, bien gorda é insípida, cantaría precisamente lo mismo que ese señor.

Lo que no impide para que Skoropikine, ya sabe usted, nuestro gran Aristarco, le ponga por las nubes. No hay nada mejor, dice, que el arte occidental. Por lo demás, ensalza hasta el quinto cielo á nuestros pintores del Terror: «En otro tiempo—dice—fuí fanático por los italianos; pero he llegado á entender á Rossini, y he dicho: ¡eh, eh! ¡Puah!.... He visto á Rafael, y ¡eh, eh! ¡Puah!» Y nuestros jóvenes nada piden, se contentan con repetir ¡eh, eh! ¡Puah!.... imitando á Sko-

(1) Kant, en ruso, significa bordado. Los Cuerpos facultativos del ejército ruso ostentan bordados en los cuellos de los uniformes.

ropikine, y se quedan tan frescos. En tanto el pueblo sufre terriblemente, se va arruinando por los impuestos, y la única reforma que se ha llevado á cabo es que los paisanos usen casquetes y que las paisanas hayan recurrido á su antiguo peinado..... ¡y el hambre!..... ¡y la borrachera!..... ¡y los acaparadores!.....

Pero en este momento Machurina bostezó y Faklin comprendió que era conveniente variar de conversación.

—No me ha dicho usted aún—le preguntó—dónde ha pasado estos dos años, ni si hace mucho que ha regresado usted, ni lo que ha hecho, ni cómo ni por qué se ha transformado en condesa italiana....

—Nada de eso necesita saber usted..... Nada de ello es de su incumbencia.

Estas palabras pararon un poco á Paklin; mas tratando de ocultar su turbación, intentó sonreír.

—Como usted guste,—dijo.—Sé que á los ojos de la nueva generación estoy un poco rezagado. La verdad es que no figuro en las filas de los.....

No acabó la frase.

—He aquí á Snandulia que nos trae el té. Tomará usted una taza, y en tanto me escuchará. Acaso haya en mis palabras algo interesante para usted.

Machurina cogió la taza con una mano y un poco de azúcar en la otra, y se puso á tomar el té según la costumbre rusa, mascando pedacitos de azúcar.

De repente Paklin se echó á reír.

—Afortunadamente, la policía no está aquí,—dijo,—porque la condesa italiana..... ¿cómo dijo usted que se llamaba?

—Rocca di Santo Fiume—respondió Machurina con una gravedad imperturbable, tragando un sorbo de té hirviendo.

—Rocca di Santo Fiume—repitió Paklin—tomando el té á la rusa! He aquí una gran inverosimilitud. Sólo esto bastaría para despertar gravísimas sospechas.

—Algo de esto me ha sucedido en la frontera—dijo Ma-

chourina.—Había allí un individuo de uniforme, que no me dejaba en paz, haciéndome un montón de preguntas. Al cabo se me acabó la paciencia, y le dije: «¿Me quiere usted dejar tranquila?»

—¿En italiano?

—No; en ruso.

—¿Y qué hizo él?

—¿Qué hizo? Marcharse inmediatamente.

—¡Bravo!--gritó Paklin. — ¡Ah, qué condesa! Otra taza de té. He aquí una observación que deseaba hacer. Ha estado usted un poco severa con Solomine, y, ¿sabe usted lo que pienso? Los hombres como él son sinceros. No se les comprende; pero, créame usted, son sinceros y el porvenir les pertenece.

No son héroes, ni siquiera héroes del trabajo, de los cuales un festivo escritor, no sé si americano ó inglés, ha escrito un libro para la edificación de nosotros, pobres diablos; ellos son los individuos sólidos que salen del pueblo y no tienen color, ó son, mejor dicho, monocromos. Actualmente tenemos necesidad de ellos, solamente de ellos.

Fíjese usted un poco en Solomine: su espíritu es claro como el día, y es al mismo tiempo firme como un roble. ¡Gran milagro! Hasta ahora, en Rusia, ¿cuál era la regla? Eres un ser vivo, inteligente, consciente, pues eres por necesidad desgraciado. Mientras que Solomine tiene, de seguro, las mismas penas que nosotros, las mismas que las nuestras son sus preocupaciones; detesta lo que nosotros detestamos; pero sus nervios le dejan tranquilo, y su cuerpo obedece como al que le manda. ¡Oh, es un hombre que vale! Diga usted lo que quiera; pero es un hombre que tiene su ideal, que no hace frases, que es instruído y que ha salido del pueblo, que es sencillo y hábil al mismo tiempo. ¿Qué más hay que pedirle?

Y no me diga usted,—continuó Paklin, que cada vez se dejaba llevar más de su afán de hablar sin hacerse cargo de que Machurina no le prestaba atención, y que se había puesto á mirar para otra parte,—y no me diga usted que hay en-

tre nosotros toda clase de individuos: slavófilos, burócratas, generales, dobles ó sencillos como las violetas, epicúreos, imitadores y trastornados. He conocido, dicho sea entre paréntesis, una señora que se llamaba Febronia Ristchhof, que de la noche á la mañana se hizo legitimista, y que aseguraba á cuantos querían oirla que, si después de muerta se abría su cuerpo, se encontraría trazado sobre su corazón el nombre de Enrique V. ¡En el corazón de Febronia Ristchhof!...

No me diga usted nada de esto, mi respetable amiga; pero crea usted que nuestro único y verdadero camino es el que siguen las personas sencillas y hábiles... los Solomine, en una palabra... Acuérdesese usted en qué momentos se lo digo... En el invierno de 1870, cuando Alemania se prepara á romper con Francia, en el momento en que...

—Sila,—dijo á su espalda la voz de Snandulia,—me parece que, enmedio de tus cálculos sobre el porvenir, te olvidas de nuestra religión y de su influencia. Además,—añadió con viveza,—la señora Machurina no te escucha. Harías mejor en ofrecerle una taza de té.

—¡Ah, sí!—dijo Paklin.—En efecto, ¿no deseaba usted?...

Pero Machurina, levantando lentamente sus ojos sombríos, le dijo con aire pensativo:

—Quisiera pedirle á usted, Paklin, si tenía usted algún escrito de Nejdánof ó un retrato.

—Su retrato... sí, y no está mal. En el cajón de la mesa. Voy á buscarlo en seguida.

Y se puso á registrar en el cajón. Snandulia se acercó á Machurina, la miró largo rato, y la estrechó la mano como á una compañera.

—Helo aquí; ya lo he encontrado,—dijo Paklin presentando el retrato á Machurina.

Esta, sin casi mirarlo, sin dar las gracias, toda sofocada, guardó la fotografía en el bolsillo, se puso el sombrero y se dirigió á la puerta. — ¿Se marcha usted? — le dijo Paklin.— Deme usted al menos sus señas.

—No tengo dirección fija.

—Ya entiendo; no quiere usted que yo la conozca. Dígame usted al menos si continúa á las órdenes de Basilio Nikolaievich.

—¿Qué le importa á usted?

—O de otro. ¿Acaso de Sidor Sidorovitch?

Machurina no respondió.

—¿Tal vez de uno anónimo?

Machurina desarrugó el entrecejo.

—Pudiera ser que de un anónimo.

La joven cerró la puerta detrás de ella.

Paklin permaneció largo tiempo inmóvil delante de aquella puerta cerrada.

—¡La Rusia anónima!—dijo al cabo.

IVAN TURGUENEFF.

FIN

ESTUDIO HISTÓRICO-CRÍTICO

SOBRE LA FÁBULA DEL PILOTO ALONSO SANCHEZ (*)

I

Huelva fue la designada por la Providencia para unir su nombre para siempre con el del primer Almirante de las Indias, y unidos ambos constituyen el título más oportuno que pudiera elegir una sociedad local, que empieza cautivando la general simpatía con la cultura de su programa.

(Artículo de D. Cesáreo Fernández Duro. — *Ilustración Española y Americana*. — Madrid, 30 de Julio de 1880.)

No ha menester la célebre ciudad de Huelva engalanarse con mentidas glorias, vestirse postizas y prestadas galas, ni lucir joyas falsas de histórico *doublé*, para alcanzar alto renombre entre las más famosas de la Península Ibérica. Situada en la fertilísima región de Tartessus, que fue lo primero que hombres acá moraron (1), rica por las abundantes producciones de su suelo, por la dulzura y benignidad de su clima, y más rica todavía por los minerales que la tierra de su comarca encierra en sus entrañas, ha sido desde los más remotos

(*) Este *Estudio* obtuvo el premio ofrecido por S. A. R. la Serma. Señora Infanta Doña María Isabel, en el certamen de la Sociedad Colombiana Onubense.

(1) *Los cuatro libros primeros de la Crónica general de España, que recopila el maestro Florián do Campo.....* En Zamora: Año MD.XLIII.— Por Juan Picardo.—in folio—letra gótica.—Lib. I.

tiempos objeto de codicia, centro de colonización y punto de morada de todos los pueblos que á las costas españolas arribaron, y á ello, sin duda alguna, deben su fundación muchas de las poblaciones del territorio. Las más antiguas memorias históricas hacen referencia de Tartessus, como de terreno fabulosamente abundante en metales preciosos: de allí extrajeron los fenicios, mil y quinientos años antes de la venida de Nuestro Señor Jesucristo, aquellas increíbles cantidades de oro y de plata que llevaban en sus naves á Tiro y á Sidón, de lo cual facilitan hoy elocuente testimonio y concluyente prueba los grandes pozos de las minas que laborearon y que, á pesar de los adelantos de la moderna industria, se miran con asombro todavía; y natural era que para albergue de los infinitos auxiliares que necesitaban tan enormes trabajos, se multiplicasen en mucha extensión los centros habitables, en agrupaciones de más ó menos vecindario. Hace muy poco tiempo, en el año 1882, el docto correspondiente de la Real Academia de la Historia, D. Recaredo de Garay y Anduaga, sacó á luz las sepulturas de los mineros más antiguos de la antiquísima Tharsis (1).

No es aventurado, por tanto, el asegurar, como lo hacen varios autores, que la Onuba Estuaria mencionada por Estrabón frontera á la salida del Estrecho, era la moderna Huelva; y menos aún, que no era de fundación romana, sino fenicia, y muy antigua ya en el tiempo en que el historiador escribía.

Desde tan remoto origen datan los fastos de Huelva; y como las causas de su importancia subsisten permanentes, por ser hijas de su situación privilegiada, nunca han faltado sucesos memorables en su historia, pudiendo afirmarse, sin temor de errar, que tampoco faltarán en lo venidero.

Hubo de crecer en importancia la antiquísima Onuba

(1) *Boletín de la Real Academia de la Historia*. — Tomo II, pág. 392.

durante el largo período de la dominación romana, contribuyendo á ello la facilidad de sus comunicaciones por mar, la seguridad de su puerto, y también el pronto paso al interior que prestaban los dos ríos *Urium* y *Luxia* (Tinto y Odiel) que desembocan en su ría á corta distancia de la población.

Obras monumentales emprendieron allí los hijos del pueblo rey; notables edificios de su grandeza lo atestiguaban; mas, desgraciadamente, *de todo, apenas quedan las señales*, como de la cercana Itálica decia Rodrigo Caro.

Fortísimo debió ser el castillo, colocado en posición formidable y estratégica, aunque de la primera forma no resta cosa alguna, pues ensanchado, al parecer, su recinto durante la dominación musulmana, y tal vez destruído en las guerras de la Reconquista en el reinado de Don Alfonso X, fue reedificado mucho tiempo después por los Duques de Medina Sidonia, Señores de la villa, conforme á las necesidades de otra época y con arquitectura muy diferente.

De gran importancia era también el acueducto, que siguió abasteciendo de aguas á la población por espacio de siglos y cuyos restos acreditaban su magnificencia hasta hace pocos años, y aun pueden examinarse en algunos lugares de su antigua dirección, según afirman varios escritores (1).

Hacemos estas referencias de pasada y sólo con el propósito de que se comprenda la significación de la Onuba romana y lo numerosos que debieron de ser sus habitantes, pues obras de tal naturaleza no se emprendían sino en colonias ó municipios de gran consideración.

No escribimos la historia de la capital, recordamos tan sólo sus verdaderas grandezas; y no es pequeño indicio de su importancia que el Rey Sabio, que la recuperó del poder mahometano, la diera en dote á su hija menor Doña Beatriz, donación que envolvía sin duda tanta gravedad para la vigilancia

(1) *Nuevo método de clasificación de las medallas autónomas de España*, por D. Antonio Delgado.—Sevilla, A. Izquierdo, 1875.

de las costas y administración de aquel extremo de la Andalucía, que fue revocada por D. Sancho IV, no obstante el respeto que debía merecerle aquel acto solemne de D. Alfonso X, que tuvo tan noble causa como la de recompensar los sacrificios de su cariñosa hija durante las guerras que tanto amargaron los últimos años de su vida.

Noticias ciertas se conservan de la existencia de templos suntuosos dedicados á los dioses de la gentilidad en estas comarcas por sus primitivos moradores. Sobre las ruinas de uno de ellos, situado en lo alto de agradable colina, en solitario y aislado paraje, hubieron de labrar modesta ermita (*rábida*) algunos austeros monjes; y agregándose luego otros varios, movidos por la fama de sus virtudes, se levantó, andando el tiempo, el Monasterio de Nuestra Señora de la Rábida (1), uno de los que mayor celebridad gozan en todo el mundo, el que atrae y atraerá siempre sobre la ciudad de Huelva y la humilde villa de Palos las miradas, la atención y el amor de todos los hombres, porque á sus puertas llegó un día cansado, fatigoso, y tal vez abatido por los desengaños y la necesidad, llevando de la mano á su pequeño hijo, el ser destinado por Dios á trastornar los axiomas de la ciencia, penetrar los arcanos de lo desconocido y entregar á la humanidad asombrada *las dos puntas del ceñidor* (2) que le permitieran visitar un nuevo hemisferio y dar la vuelta al mundo.

Desde el punto en que aquel extranjero recibió albergue y consuelos en el piadoso Monasterio, el nombre de Huelva quedó para siempre unido con el del primer Almirante de las In-

(1) *Colón y la Rábida*, por el P. Fray José Coll, franciscano; segunda edición.—Madrid. Imp. de los Huérfanos, 1892.

Bosquejo histórico de Niebla, por D. A. Delgado.—*Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo XVIII, pág. 484.

Huelva y la Rábida, por D. Braulio Santa María: 2.^a edición; 1878.

(2) *Colón y sus contemporáneos*, por D. José Echegaray.—*El Liberal*. Madrid 12 de Octubre de 1892.

dias. Huelva y Colón forman una sola gloria, un concierto armónico, que repiten las generaciones en todas las lenguas conocidas.

Huelva tiene su corona imperial en el Monasterio de la Rábida. ¿Cuál es el pueblo del mundo que puede ostentar otra semejante? ¿Qué nombre disfruta fama tan universal? Solamente Jerusalem, la ciudad santa que presenció la redención del hombre, supera en celebridad al pueblo donde se elaboró la revelación del Nuevo Mundo. El genio que concibió pensamiento tan extraordinario, como fue el de caminar á Occidente para llegar con más brevedad á los países de Oriente, encontró en Huelva monjes que apreciaran sus teorías y compañeros que le ayudaran osados en la ejecución de sus atrevidos proyectos. De Palos, de Huelva, de Moguer, fueron los nuevos argonautas de la Edad Moderna; de allí salieron las incomparables carabelas... ¿Puede haber otra que oscurezca aquella gloria?

El conservarlas, el aumentar su esplendor y cantarlas siempre, sin permitir que sombra alguna venga á empañar su brillo, que las nubes de la emulación puedan disminuirlo, es el timbre glorioso que las generaciones de los heroicos descubridores legaron á los presentes onubenses.

No tiene que ufanarse Huelva de haber sido cuna de un pobre marinero que por casualidad tocara en tierras ignoradas; fue la protectora, la compañera del sabio que, guiado por la ciencia y por la fe, atravesó los mares, y merece las coronas con que al genio premia la humanidad agradecida.



II

De todas las novelas inventadas por cuantos han pretendido empañar la gloria de Colón, ninguna que tenga un carácter de falsedad más evidente que la de Alonso Sanchez.

(Pinheiro Chagas. — *Supuestos precursores de Colón*. — EL CENTENARIO, núms. X y XVII.)

Alonso Sánchez de Huelva no ha existido. Ni como hombre, ni como navegante, ni por naufrago, ni por concepto alguno se encuentra mencionado su nombre entre los de su época, ni se le ve citado en ninguno de los sucesos contemporáneos. No hay libro, papel ni documento conocido que de él se ocupe; y este aserto, que nadie osará desmentir, basta por sí solo para quitar toda fuerza á las suspicacias del ingenio y á las fantasías de la cavilación.

Es el tal piloto un ser fantástico; reproducción de un mito que halla cabida siempre al lado de todas las grandes invenciones; emblema triste de la candidez humana. Flavio Giogia no inventó la brújula, que de tiempo muy atrás era conocida; no fue de Guttenberg el pensamiento de la imprenta, usada desde remotos siglos en la China; el vapor se puso á contribución por Blasco de Garay hace trescientos años, y la aplicación de la electricidad tampoco es original de nuestros días..... Repetición de la misma idea es la fábula del piloto naufrago; á todos los descubrimientos sigue la envidia, como al cuerpo bañado de luz sigue la sombra.

Las citas pudieran multiplicarse con harta facilidad, pero nos limitaremos al tema propuesto, y solamente procuraremos exponer con precisión y claridad, en cuanto de nosotros dependa, el fundamento y verosimilitud de las narraciones

que consideran al navegante Alonso Sánchez de Huelva como precursor de Colón en el Nuevo Mundo.

Hay puntos de vista generales, reflexiones previas que disponen el ánimo y le colocan en situación de juzgar con verdad, con acierto, todos los pormenores objeto del debate.

Ya hemos dicho que el nombre de Alonso Sánchez no aparece en documento alguno anterior ni posterior á la época de los descubrimientos; ni como piloto suena, ni en suceso alguno interviene. Tan ignorada es su patria como su nacimiento y su muerte.

Pero en otro orden de inducción se presenta argumento no menos grave. Ni en Portugal ni en España, en los muchos pasos que dió para alcanzar de los Reyes que protegieran sus proyectos, dijo nunca Cristobal Colón que iba á buscar tierras nuevas, que pensaba descubrir islas ricas y desconocidas. Quería alcanzar el extremo de los países orientales caminando hacia Occidente; encontrar por nueva vía las maravillosas ciudades descritas por Marco Polo, el Catay (la China), la hermosa isla de Cipango (el Japón); llevado de la equivocada idea de que la India se extendía mucho más de lo que hasta entonces habían visto los viajeros. Quería ir á la residencia del Gran Kan, y así lo demostró llevando cartas de los Reyes Católicos para aquél *Rey de Reyes*, las que quiso enviarle en varias ocasiones y señaladamente después de su desembarco en la isla de Cuba (1). Quería conducir á los españoles á las ciudades que tenían puentes marmóreos con numerosas columnas, á la fabulosa Kinsay, la de los edificios de cristal y tejas de plata, que Martín Alonso Pinzón prometía á los vecinos de Palos para animarlos á embarcarse en las carabelas (2).

(1) Véanse en el *Diario de navegación* del primer viaje, los apuntes de los días martes 30 de Octubre y viernes 2 de Noviembre.

(2) Declaración de Fernán Yáñez de Montilla. — *Memorias de la Real Academia de la Historia*, Tomo X, pág. 255. — *Colón y Pinzón*, por D. Cesáreo Fernandez Duro.

A ciuitate vlixiponis per occidentem in directo sunt. 26. spatia in carta signata quorum quodlibet habet miliaria. 250. usque ad nobilissimam et maximam ciuitatem quinsay, circuit enim centum miliaria et habet pontes decem et nomem eius sonat. cita del cielo. ciuitas celi et multa miranda de ea narrantur..... (1). Esto decía el físico Paulo Toscanelli al marino español, y esas riquezas eran las que Colón proponía que vinieran á España por camino más corto y fácil que todos los entonces conocidos.

Mal podría haber recibido confidencias de que existían al Occidente islas de maravillosa vegetación y ricos productos, cuando nunca habló de ir á descubrirlas; y eso que cada día salían expediciones de los pueblos de la costa, encaminándose á las renombradas de San Brandrán, de las Siete Ciudades y otras, que como ilusiones de miraje se creía ver á cada paso al Oeste de las Canarias, de las Azores y de Madera, y que nunca llegaron á encontrarse.

Mas los que quitan toda clase de fundamento á esta fábula, son los libros de estudio de Cristóbal Colón, que, por fortuna, se conservan en la Biblioteca Colombina, creación de su doctísimo hijo D. Fernando, y cuyas notas marginales, puestas hoy al alcance de todos por copias fotográficas (2), demuestran claramente la fijeza del pensamiento del sabio, su constancia en buscar comprobantes en justificación de sus teorías, y son bastante prueba para destruir los errores, luz radiante que basta para iluminar los entendimientos más obcecados. La teoría de Colón era científica, no hija de la casualidad.

(1) «Desde la ciudad de Lisboa por Occidente, vía recta, hay 26 espacios en la carta adjunta, de los cuales cada uno tiene 250 millas, hasta la »nobilísima y gran ciudad de Quinsay, que tiene cien millas de circuito »y diez puentes, y su nombre significa *cita del cielo*, ciudad del cielo, y »de ella se cuentan cosas admirables...»

(2) *Raccolta di documenti e studi* pubblicati dalla R. Commissione pel quarto centenario dalla scoperta dell'America.—Roma, 1893; parte prima, vol. terzo.

Y aun todavía robustece la convicción, llevándola al terreno de la evidencia, el conocimiento de la consulta que el ilustre genovés dirigió al sabio astrónomo de Florencia Pablo del Pozzo Toscanelli, cuya respuesta dejamos citada. Patentiza, como las anotaciones puestas en los libros de Aliaco, de Eneas Silvio, de Plinio y otros, la preocupación científica, la existencia de una idea para la que se buscaban fundamentos; pero dice mucho más, pues aclara que el pensamiento de Colón bullía y tomaba cuerpo en su cerebro tiempo antes de que pudiera existir la noticia que se supone comunicada por el fantástico piloto.

Los únicos autores que señalan fecha al viaje de Alonso Sánchez son, si mal no recordamos, Gaspar Fructuoso, que escribía un siglo después, por los años de 1590, y dice que sucedió en 1486 (1), y el Inca Garcilaso de la Vega, que la retrasa un poco más, exponiendo (2) que fue «cerca del año de »mil y quatrocientos y ochenta y quatro, uno más ó menos.» Y basta fijar la consideración en que la carta de Toscanelli está escrita en el año 1474 y remitida á Colón en el siguiente, según toda probabilidad, para asegurar que no puede ser origen y causa de los viajes del Almirante la confianza que le hiciera el piloto.—Este es un dato por sí solo decisivo, y que no hubieron de tener en cuenta los detractores del descubridor que echaron á volar el cuento.

Error grave, preocupación inconcebible, ceguedad completa es necesaria para asentar que muchos de los sucesos de Alonso Sánchez son más ciertos históricamente que otros ad-

(1) *Saudades da terra*, pelo Doutor Gaspar Fructuoso.—Manuscrito do seculo XVI, annotado por Alvaro Rodrigues Azevedo.—Tipp. Funchalense, 1873.

(2) *Primera parte de los Comentarios Reales que tratan del origen de los Incas.....* En Lisboa, por Pedro Crasbeeck, año 1609; libro 1.º, capítulo III.—La segunda parte fue impresa en Córdoba en 1617.

mitidos en la vida de Cristóbal Colón, sin documentos que los justifiquen. La diferencia no puede ser más palmaria. De la existencia de Colón, como de la de Anibal y la de Leónidas, por ejemplo, hay pruebas evidentes; son muchos los hechos de sus vidas, conocidos de una manera indudable; y posible y lícito es, por lógicas consecuencias, deducir algún complemento en consonancia con lo historiado. De lo conocido se puede desprender algo desconocido, á lo menos con caracteres de probabilidad.

Lo propio sucede con Leif, hijo de Eric *el rojo*, cuyos viajes se narran en las sagas islandesas. Es un personaje histórico; quedan noticias de sus vicisitudes, de los países á que llegó, y no parece violento conjeturar si pudieron ser las costas del Markland y del Labrador.

Pero es que Alonso Sánchez no existió, que no puede justificarse de manera alguna que anduviera jamás entre los vivos, y, por consiguiente, no cabe atribuirle hechos dudosos, siendo un personaje imaginario. Faltando la figura es imposible ponerle adornos falsos ni verdaderos.

Dejemos ya á un lado consideraciones generales, aunque otras muchas se ocurren y no menos concluyentes por cierto, y veamos la fábula desde su principio.

Años de penosa labor pasó Colón en las costas de Portugal y de España. A veces se le acogía con agrado, otras se le postergaba á las atenciones de la guerra. Oyeron sus explicaciones los hombres más ilustrados de ambas naciones, los astrónomos, los peritos en las cosas tocantes á la navegación, y los juicios fueron muy varios; tuvo protectores, y experimentó contradicciones. Pudo, al cabo, presentarse en la villa de Palos, llevando las capitulaciones firmadas por los Reyes, y embargar las dos carabelas con que aquellos vecinos estaban obligados á servir al Estado durante algún tiempo. Tenía ya autorización de los Soberanos y tenía barcos; pero no tuvo marineros. Desertaron de las carabelas cuantos hombres las tripulaban, y ni por ruegos, ni por promesas, ni por amenazas

hubo uno solo que se prestara á emprender aquel viaje. Por los buenos oficios de los monjes de la Rábida entraron en la empresa los valerosos y entendidos hermanos Pinzón, y dedicóse Martín Alonso, según consta de manera indudable (1), á reclutar gente que les acompañase, ofreciendo crecido salario y diciendo á todos que, al fin de aquella jornada, *habían de fallar las casas con tejas de oro*, y volverían ricos y con mucha ventura.

Ni entre los hombres de ciencia en la corte, ni entre los marineros en los pueblos de la costa, se indicó siquiera la noticia de que alguna vez se hubiera visto tierra al Occidente; ni como medio de acallar temores y facilitar el enganche de tripulantes se acudió, aun cuando fuera como falaz argumento, á decir á los indecisos que alguien había ya ido y vuelto. ¿Puede darse demostración más evidente de que tal idea no existía?

Y el argumento cabe esforzarlo mucho más acudiendo siempre á documentos indubitados. No indicaron, en efecto, los hombres escogidos para examinar en Córdoba las teorías de Colón, ni los ilustres varones que en las conferencias de Salamanca tomaron parte, nada que hiciese vislumbrar que había habido *más de una expedición ó aventura desgraciada anterior á la empresa* (2), ni los expertos y audaces marinos de Palos de Moguer y de otros pueblos podían saberlo, aunque hablaran de tierras que *creían ver* al Occidente. Pero la convicción se aumenta, y llega al grado de evidencia, al ver que los Reyes Católicos tampoco tuvieron noticia de semejantes *expediciones ó aventuras*. En carta que dirigieron al Almirante desde Segovia, con fecha 16 de Agosto de 1494, cuyo original se conserva en el archivo de los duques de Veragua, y ha dado á la imprenta D. Martín Fernández de Navarre-

(1) Declaración de Fernán Yañez de Montilla (Véase loc. cit..)

(2) Informe de D. Cesáreo Fernández Duro. — *Boletín de la R. A. de la Historia*.—Tomo XXI, pág. 46.

te (1), después de felicitarle por lo que con el descubrimiento se acrecentaría la santa fe católica, le dicen: «y una de las principales cosas porque esto nos ha placido tanto, es por ser »*inventada, principiada é habida* por vuestra mano, trabajo é »industria», expresando clarísimamente que antes no se había hablado de tal cosa.

Leyendo seguidamente las declaraciones de los vecinos de Palos, que conocieron á Cristobal Colón en época anterior á su primer viaje, cuyo examen es hoy facilísimo merced al trabajo de D. Cesáreo Fernández Duro en los dos tomos publicados de los *Pleitos de Colón* (2), se encuentra confirmada la falsedad de la fábula de Alonso Sánchez. Declaran en ellos muchos que formaron parte de las tripulaciones, otros parientes de aquéllos y que vieron partir y volver las carabelas, y todos dicen que *saben que el Almirante D. Cristobal Colón descubrió las Indias primero que otra persona ninguna las descubriese*; siendo aún más explícito el maestro Juan Bermúdez (3), que expresó: «vido partir de Castilla al dicho Almirante D. Cristoval Colón con tres navíos á descubrir las »Indias, *las cuales ninguno había descubierto hasta entonces, »ni venido en aquella demanda*».

Igual afirmación hizo pocos años más adelante el doctísimo maestro Pedro de Medina, tan autorizado en todo lo tocante á navegación. Su obra titulada *Libro de grandezas y cosas memorables de España* (4), aunque impresos en el año 1549, le ocupó muchos antes de preparación y estudio. Conocía el

(1) *Colección de viajes y descubrimientos*..... — Tomo II. Doc., número LXXIX.

(2) *Colección de documentos inéditos*.....—Segunda serie, publicada por la R. A. de la Historia.—Tomos 7 y 8.—*Pleitos de Colón*.

(3) *Pleitos de Colón*.—Tomo II, pág. 66.

(4) *Libro de grandezas y cosas memorables de España. Agora de nuevo fecho y recopilado* por el maestro Pedro de Medina, vecino de Sevilla. Impreso en Sevilla en casa de Dominico Robertis, año M.D.XLIX.—fol. 62 vto.

maestro Medina todos los puertos de España, sabía sus costumbres, y era muy respetada su opinión entre los hombres de mar; por eso es muy digno de fijar la atención el concepto que estampa en el capítulo 57, donde trata *de la villa y puerto de Palos, del muy notable camino que della hizieron por mar ciertos navegantes*; diciendo que el valeroso y memorable *don Christoval Colón* partió con tres carabelas, y continuando su camino por el gran mar Océano, anduvo muchos días: «de la »qual navegación y camino que hizo, *ninguna noticia ni uso »de caminar a aquella parte entonces en los hombres de ningu- »na nacion habia*». Estas son afirmaciones concretas de varones doctos y no vagas hipótesis.

Y cierra con llave de oro todo lo expuesto, la declaración del venerable consejero de los Reyes, el Dr. Rodrigo Maldonado (1), anciano de más de ochenta y cuatro años, que con noble franqueza, dijo: «que este testigo, con el Prior del Prado que a la sazón hera, que despues fue Arçobispo de Granada (Fr. Hernando de Talavera) e con otros sabios e letrados e marineros, platicaron con el dicho almirante sobre su »hida a las dichas yslas e *que todos ellos concordaron que hera »ynposible ser verdad lo que el dicho almyrante decya*, e que »contra el parecer de los mas dellos porfió el dicho almirante »de yr el dicho viaje e sus altezas le mandasen librar cierta »cantidad de maravedis e asentaron ciertas capitulaciones con »el en lo qual todo supo este testigo *como uno de los del con- »sejo de sus altezas*, e que asy partió el dicho almirante a descubrir las dichas yslas e plugo a nuestro Señor que *acertó en »lo que decia* e que este deponente tiene por cierto que sy el »dicho almirante non porfiara de yr *que estobieran fasta oy sin »hallar e descubrir.....*»

Cual rumor nacido de la ignorancia, tal vez se lanzara esa suposición después del regreso del Almirante y como sospecha que pudiera desprestigiarle algún tanto. Mas no llegó á pre-

(1) *Pleitos de Colón*.—Tomo II, pág. 101.

sentarse de una manera clara hasta que hubieron transcurrido muchos años de la muerte de Colón, cuando su primogénito D. Diego entabló reclamaciones para que la Corona cumpliera los pactos que había firmado con su padre. El Fiscal del Rey emprendió entonces un camino tortuoso y equivocado, y en lugar de sostener con franqueza que las capitulaciones de Santa Fe adolecían de vicios de nulidad, que su cumplimiento resultaba imposible, acudió á terreno más falso, quiso despojar á Cristobal Colón de la gloria de su descubrimiento é hizo el desairado papel que todavía es objeto de amargas censuras. Por entonces, también, aparecieron muchas falsedades que pudieron comprobarse; entonces fue cuando, contestando á preguntas del peregrino interrogatorio por el Fiscal, dijeron algunos testigos que en la villa de Palos hablaba Colón con un *Pero Vázquez de la Frontera*, que había ido una vez con el Infante de Portugal á hacer el descubrimiento, y animaba á las gentes *e les decía publicamente que todos fuessen á aquel viaje, que habían de hallar tierra muy rica* (1).

Esto ocurría ya en el año de 1535, y en aquella parcial información promovida por el Fiscal y ayudada por el hijo de Martín Alonso Pinzón, y puede verse cuán exigua era la noticia, y que aun suponiendo cierto lo dicho por los testigos, se referían á un marinero que había ido en expedición salida de Portugal, y ni por sueños se habla del imaginario Alonso Sánchez. Lo que se desprende claramente de esas declaraciones y de lo que mencionaba Colón con respecto á datos que le comunicaran un marinero tuerto en el Puerto de Santa María, y otro llamado Pedro Velasco Gallego, en Murcia, que tal vez sería el mismo Vázquez, según escribe el Padre Las Casas (2), es que todas ellas se refieren á los muchos viajes que con licen-

(1) *Declaraciones* de Alonso Vélez, Fernando Valiente y Alonso Gallego.—*Memorias de la R. ydlea. H.*, tomo X, págs. 234, 253 y 260.

(2) *Historia de las Indias*, lib. I, cap. XIII.

cia de los Reyes de Portugal se emprendían en demanda de las soñadas islas de San Brandrán y de las Siete Ciudades.

Las expediciones fueron varias, y de ellas se conservan exactos pormenores; mas, como puede suponerse, nunca dieron resultado alguno.

Y nótese que no era el vulgo ignorante el que tales ilusiones alimentaba. Los habitantes de las islas Canarias sostuvieron con gran tesón, mucho tiempo antes y después de los descubrimientos de Cristobal Colón, y así lo consigna D. José Viera y Clavijo en su historia (1), que al Occidente de aquéllas se creía ver una isla de gran extensión en la que se señalaban altísimas montañas; y á pesar de que muchas veces se armaron barcos para pasar á ella y regresaron sin haberla encontrado, después de navegar hasta ciento cincuenta leguas, jamás dejaron de porfiar en su existencia.

Es muy notable á este propósito lo que refiere el historiador Antonio de Herrera en la primera de sus *Décadas* (2): «Vicente Díaz—escribe—piloto portugués, vecino de Tavira, »viniendo de Guinea en el paraje de la isla de Madera, dijo »que le pareció de ver una isla que mostraba ser verdadera »tierra, y que descubrió el secreto á un mercader ginovés su »amigo, á quien persuadió que armase para el descubrimien- »to; y que habida licencia del Rey de Portugal..... armó un »navío, y salió dos ó tres veces más de ciento y tantas leguas, »y jamás halló nada.»

A estas infructuosas expediciones se referían los datos de los marineros mencionados por el Padre Las Casas y por don Fernando Colón (3), como anotados en papeles del Almirante;

(1) *Noticias de la historia general de las Islas Canarias*.—Madrid, Blas Román, 1772-74, cuatro tomos en 4.º

(2) *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar Océano*.—Madrid, Juan Flamenco, , 1601, dos vols. con cuatro *Décadas*.—Juan de la Cuesta, 1615, dos vols. con otras cuatro.

(3) *Historia de las Indias*, loc. cit.

Historie del Signor Don Fernando Colombo.—Venecia, 1571.

todos hablan de viajes emprendidos desde las costas portuguesas, y forman parte del conjunto de indicios más ó menos directos y vehementes que reunió Cristobal Colón en apoyo de su teoría para persuadir á los incrédulos.

III

«La hipótesis de Colón reposaba sobre fundamentos mucho más sólidos que la mera creencia popular. En efecto, lo que en el vulgo era credulidad y en las personas ilustradas pura especulación, en su espíritu llegó á ser una convicción profunda y demostrada que le llevaba á arriesgar su vida y su fortuna al éxito del experimento.»

(WILLIAM H. PRESCOTT. — *Historia del reinado de los Reyes Católicos*. Parte 1. , capítulo XVI.)

Si preparado el ánimo con tales antecedentes, teniendo sabido que en vida del Almirante nadie dijo ni sospechó la existencia, viaje y muerte del piloto Alonso Sánchez, pasamos al examen de los historiadores de Indias, veremos cómo nació, creció y se fue propagando la fábula, sin documento alguno que la justificara.

Fray Bartolomé de las Casas, que tuvo trato íntimo con muchos de los que fueron en el primer viaje de descubrimiento y con Cristobal Colón y con sus hijos, consultando multitud de los escritos, cartas y mapas trazados por aquél, consagra los primeros capítulos de su importantísima *Historia de las Indias* á exponer las razones científicas y naturales, las autoridades y citas de la Escritura Sagrada, Santos Padres y antiguos autores y los indicios y señales que recogiera el célebre marino que pudieran moverle para intentar su empresa.

Después de consignar cuanto acerca de esto encontró en los papeles de Cristobal Colón y en el libro de su hijo D. Fernando, hace mérito en el último lugar de las hablillas que corrían

en la isla Española, cuando á ella llegó el autor, sobre un piloto *portugués* que había sido llevado á aquellas playas, y al volver á la isla de Madera comunicó á Colón cuanto le había acontecido. Mas como el Padre las Casas tenía bien conocidas las muchas razones de ciencia que había reunido aquél, y hasta los libros que había estudiado en comprobación de sus cálculos, concluye de este modo (1): «Pero en la verdad, como tantos y tales argumentos y testimonios y razones naturales oviese, como arriba hemos referido, que le pudieron con eficacia mover, y *muchos menos de los dichos fuesen bastantes*, bien podemos pasar por esto y creerlo ó dejarlo de creer.»

Parécenos que no se alegará el texto citado como prueba de la existencia de Alonso Sánchez.

Y justamente en ese mismo lugar secundario, casi insignificante, coloca la crítica contemporánea todos los indicios, datos y noticias que pudieron allegarse antes del viaje sobre la existencia de tierras en el Océano. Colón se fundaba en cálculos científicos, en autoridades de geógrafos que consideraban el volumen de nuestro globo mucho menor de lo que es en realidad, según resulta de las frases de Toscanelli que anteriormente dejamos copiadas; y de esa base partía para intentar llegar al Oriente caminando hacia Occidente. En apoyo de sus proyectos, y más para persuadir á los demás que para su propia convicción, que ya estaba formada, recogía y anotaba cuanto le contaron del hallazgo de extraños cadáveres arrojados por la tempestad en las playas de las Azores, las cañas de grandes dimensiones y de clase desconocida halladas en la isla de Madera, las noticias que propalaban los marineros que habían salido en busca de tierras imaginarias, que otros creían haber visto y que nunca se tocaban. Todo lo reunía el estudioso marino, de todo formaba su caudal de argumentos. La teoría era suya, exclusivamente suya, hija de su inteligencia, original y nueva; los comprobantes venían de todas partes y

(1) Las Casas, loc. cit.

cada uno ocupaba su lugar. No pudo allegarse dato alguno por Alonso Sánchez, porque no existió. Las noticias comunicadas por otros marineros eran tomadas en cuenta por Colón, que á todos los cita por sus nombres, según hemos visto.

En aquel mismo año de 1535, y en tanto que se publicaba la información á que nos hemos referido, salió á luz en Sevilla, de las renombradas prensas de Juan Cromberger, la *Primera parte de la Historia general y natural de las Indias, islas y tierra firme del mar oceano, escripta por el Capitan Gonzalo Fernandez de Oviedo y Valdes*. Gozó entonces la obra merecido crédito, y aún lo conserva, pues Oviedo tuvo presentes abundantes documentos y papeles de la época; y aunque en muchas ocasiones aparece poco amigo de Colón, y menos todavía de sus hermanos, hace justicia á los altísimos merecimientos del descubridor, que para él son tales, que al hablar de su muerte exclama: «¡Plegue á Dios de le tener en su gloria!..... porque demás de lo que sirvió á los Reyes de Castilla, mucho es lo que todos los españoles le deben (1).»

En su libro, sin embargo, dió cabida á la fábula del piloto muerto en la casa de Colón, aunque diciendo: «*pero aquesta novela assí anda por el mundo entre la vulgar gente..... Para mí YO LO TENGO POR FALSO.*» Fue la primera vez que apareció semejante narración, y salió con el correctivo de que el propio historiador la daba como hablilla y curiosidad, TENIÉNDOLA POR FALSA.

Vamos á insertar, no obstante, lo que, recogido del vulgo, escribió Fernández de Oviedo, para que, cotejándolo con los que vinieron luego, se aprenda de qué modo, de aquello que nada era, se fue formando una novela, añadiendo cada autor, arbitrariamente y á su antojo, detalles hijos de su ingenio, pues ninguno indica el fundamento de sus adiciones.

(1) *Historia general y natural de las Indias*.—Madrid. Imprenta de la Real Academia de la Historia, 1851; cuatro tomos en folio.—Lib.

«Unos dicen—escribe el historiador—que este maestre ó piloto era andaluz; otros le hacen portugués; otros vizcaíno; otros dicen que Colón estaba entonces en la isla de la Madera, é otros quieren decir en las de Cabo Verde, y que allí aportó la carabela que he dicho, y él ovo, por esta forma, noticia desta tierra. Que esto passase assí ó no, *ninguno con verdad lo puede afirmar*; pero aquesta novela assí anda por el mundo, entre la vulgar gente de la manera que es dicho. *Para mí yo lo tengo por falso*, y, como dice el Augustino, mejor es dudar en lo que no sabemos que porfiar en lo que no está determinado.» (1). No se necesita comentario; aquí nada encontrarán tampoco los patrocinadores de la conseja, si no es algo que, por su vaguedad, sea contrario á sus intentos.

Estaba casi al cumplirse el primer centenario del descubrimiento, cuando volvió á aparecer en libro impreso el cuento de un piloto que, *sin haber memoria de cómo se llamaba, ni de dónde era, ni qué año las halló*, había descubierto las Indias, llevado de *un viento tan forzoso de Levante y tan continuo*, dice textualmente Francisco López Gómara (2), y añade, *que de su naturaleza y viajes ninguno afirma nada*, solamente concuerdan todos en que falleció aquel piloto en casa de Colón. «El todo de la acusación descansa en el dicho de Gómara—escribe Washington Irving (3),—siendo de notar que entre los historiadores goza fama de inexacto y demasiado crédulo en admitir cosas sin fundamento.»

Y, en efecto, el Consejo de Indias mandó recoger el libro

(1) Oviedo,—Lib. II, cap. 2.º, pág. 13.

(2) *Primera y segunda parte de la Historia general de las Indias*, por Francisco López Gómara.—Zaragoza, 1552. (B.^a de Autores Españoles, tomo XXII, pág. 165.)

(3) *Vida y viajes de Cristóbal Colón*, escrita en inglés por el caballero Washington Irving, y traducida al castellano por D. José García de Villalta.—Madrid, José Palacios, 1834. Cuatro tomos en 8.º (Tomo IV, apéndice núm. 11.)

de Gómara, penando en 2.000 maravedises á quien de allí en adelante lo imprimiera, *por ser historia libre*, según el cronista Antonio de León Pinelo (1). *Los errores en que incurrió son frecuentes y de mucha monta*, afirma Mr. William Ticknor (2), y el historiador D. Juan Bautista Muñoz, más explícito todavía, juzga *que dió crédito á patrañas, no sólo falsas, sino inverosímiles* (3).

Hemos hecho estas citas para que á primera vista se aprecie lo que vale el origen de ese cuento. Documento ninguno, el dicho de tal escritor por única base, porque no le puso, como Oviedo, la nota de falsedad.

En otras dos obras escritas ya al finalizar el siglo XVI se vuelve á recordar la misma especie. En el año 1589 publicó el Padre Josef Acosta su libro *De natura novi orbis, libri duo*, que salió á luz en Salamanca de las prensas de Guillermo Foquel, hoy extremadamente raro, y al año siguiente se imprimió de nuevo en Sevilla por Juan de León, traducido en castellano y aumentado con otros cinco libros, bajo el título de *Historia natural y moral de las Indias*. En aquel año mismo escribía el Dr. Gaspar Fructuoso la obra que llamó *Saudades da terra.—Historia das ilhas de Porto-Santo e Madeira*, que ha permanecido inédita hasta el año 1873, que se dió á la estampa en Funchal. Ninguno de estos escritores añade detalle alguno al relato de Gómara, debiendo notarse únicamente que Fructuoso, que vivía y trabajaba en la isla de Madera, al

(1) *Epítome de la Biblioteca Oriental y Occidental Náutica y Geográfica*, por el licenciado Antonio de León Pinelo.—Madrid, Juan González, 1629.

(2) *Historia de la literatura española*, por Mr. W. Ticknor, traducida al castellano por D. Pascual de Gayangos y D. Enrique Vedia.—Madrid, M. Rivadeneyra, 1851. (Cuatro tomos en 8.º Tomo II, pág. 117.)

(3) *Historia del Nuevo Mundo*. Escribióla D. Juan B. Muñoz. Tomo I (único publicado).—Madrid, Viuda de Ibarra, 1793. (Un tomo en 4.º Prólogo, pág. 18.)

hablar del supuesto naufragio del piloto, dice sin vacilar: «*cujo nome se naon sabe nem de que naçon era*».

Y se llega, por orden de fechas, al más conocido propalador de la novela, al que la adornó á su arbitrio con pormenores y nombres que antes no tenía, sin decir de dónde había adquirido tales datos y sin poner tampoco el correctivo de que era falsa, como lo había hecho Oviedo.

Mucho más de un siglo después de la muerte de Cristóbal Colón, y cuando más desacreditada podía considerarse aquella infundada narración, en el año 1609, se publicó en Lisboa, impresa por Pedro Crasbeeck, la *Primera parte de los Comentarios Reales, que tratan del origen de los Incas, reyes que fueron del Perú*..... escritos por el Inca Garcilaso de la Vega, y en el principio de la obra, al comenzar el cap. 3.º del lib. I, aparece lo que sigue: «Cerca del año mil y quatrocientos y ochenta y cuatro, uno más ó menos, un piloto natural de la villa de Huelva en el Condado de Niebla, llamado Alonso Sánchez de Huelva, tenía un navío pequeño con el qual contrataba por la mar, y llevaba de España á las Canarias algunas mercaderías que allí se le vendían bien, y de las Canarias cargaba los frutos de aquellas islas y los llevaba á la isla de la Madera, y de allí se volvía á España cargado de azúcar y conservas.»

Tantas circunstancias y detalles debían constar en algún documento; pero ni el Inca indicó siquiera dónde los había consultado, ni de entonces acá se ha encontrado papel alguno que refiera esos actos de comercio ni nada relativo á semejante piloto; el que se manifieste dispuesto á creerlos ha de satisfacerse con el simple dicho de aquel historiador. Y conviene recordar que ya en su tiempo hubo autor muy concienzudo que le acusó de ligero. D. Juan Solórzano Pereira, decía en 1648 (1): «Que yo sepa, no tuvo fundamento alguno para es-

(1) *Politica indiana*, por D. Juan de Solórzano Pereira.—Madrid, 1648.—Tomo I.

»tampar el nombre de Alonso Sanchez». «*Nulló, quod sciam, fundamento ducto Alphonsum Sanchez nominatum scribit*».

»..... atravesando de las Canarias á la isla de la Madera, le dió un temporal tan recio y tempestuoso, que no pudiendo resistirle se dejó llevar de la tormenta, y corrió veinte y ocho ó veinte y nueve dias *sin saber por donde ni adonde*, porque en todo este tiempo no pudo tomar el altura por el Sol ni por el Norte.....»

A primera vista se comprende la importancia y exactitud de los datos que pudiera suministrar el que no logró ni aun conocer la dirección en que el huracán lo arrastraba. Pero lo que sigue en el texto del Inca es, si cabe, más notable todavía.

«Padescieron los del navio grandísimo trabajo en la tormenta, porque ni les dexaba comer ni dormir: al cabo deste largo tiempo se aplacó el viento, y se hallaron cerca de una isla, *no se sabe de cierto qual fué*, mas de que *se sospecha* que fué la que ahora llaman Sancto Domingo..... El Piloto saltó en tierra, tomó el altura y *escribió por menudo* todo lo que vió y lo que le sucedió por la mar *á ida y á vuelta*; y habiendo tomado agua y leña *se volvió á tiento sin saber el viaje tampoco á la venida como á la ida.....*»

Es tan larga la cita, y tales los despropósitos que encierra la narración de Garcilaso, que no creemos necesario prolongarla, pues en su mismo contexto lleva envuelta la refutación, y cualquier lector escrupuloso puede hacerla á una rápida ojeada. El piloto saltó en tierra, en aquella isla que *se sospecha* era la Española, aunque sin que sepamos por qué motivo, y escribió muy sosegadamente *lo que le sucedió á la ida y á la vuelta*; cosa rara en verdad cuando aún no podía saber si volvería, y más cuando el propio autor consigna que fue arrastrado *sin saber por dónde ni adónde y volvió á tiento* y en igual ignorancia. ¿Qué fue, pues, lo que escribió?

De gran calibre son las inverosimilitudes que comprende el relato del Inca, y de tal naturaleza, que serían infinitos los

argumentos que en su contra podrían aducirse. Prescindiendo del lado ridículo del asunto, nos limitaremos á una sola consideración, que es muy seria y de innegable importancia. *Si no parece baladí la historia del piloto*, si pudo éste comunicar á Colón la situación de longitud y latitud que ocupaba la isla, que *se sospecha* era Santo Domingo, ¿cómo es que antes de llegar á aquellos parajes faltó el ánimo al Almirante, según otra suposición de sus detractores, y sólo continuó porque Martín Alonso Pinzón dijo «¡adelante!»? Esperamos la explicación, que no se dará, ciertamente. Pero no queremos dejar este extremo sin anticipar una observación que no debe omitirse. Los mismos *hombres de ciencia*, que no encuentran baladíes la historia del piloto náufrago y las manifestaciones del Inca Garcilaso, sostienen con razón, como luego indicaremos, que ni en el terreno teórico ni en el práctico pueden admitirse como verdad tormentas que duren meses, ni el efecto de que arrastren embarcaciones por innumerables días en una dirección constante; y ese absurdo es una de las bases de la leyenda.

Pues en estos fundamentos se ha ido apoyando la novela de Alonso Sánchez, tan novela y tan inverosímil como la más fantástica del Vizconde Ponson du Terrail. Ni un documento, muchas veces lo hemos dicho; ni una mención de tal piloto, ni comprobante de ninguna especie. Y no continuaremos citando otros escritores, porque todos acuden como precedente, unos indicándolo y otros sin expresarlo, al Inca Garcilaso y á sus invenciones. Ecos, repeticiones más ó menos ligeras y adulteradas de los falaces conceptos del Inca Garcilaso son las referencias que hacen incidentalmente en obras de muy distintos asuntos los eruditos del siglo siguiente. El Dr. Bernardo Aldrete, en las *Varias antigüedades de España y África* (1614); Rodrigo Caro, en las *Antigüedades de la ciudad de Sevilla* (1634); D. Fernando Pizarro y Orellana, en los *Varones ilustres del Nuevo Mundo* (1639), no hacen más que copiarse unos á otros;

y no hay necesidad de examinar manuscritos inéditos que relatan los primeros viajes de Colón con inexactitudes notorias, como el de Fray Antonio de Aspa (1), ni de descender á los escritores del siglo XVIII que tan poca autoridad merecen en sus apreciaciones; aunque sí mencionaremos el *Compendio ó abreviada historia de los descubrimientos* que hizo D. Bernardo de Estrada, por la especialísima circunstancia que en él concurre; pues teniendo por principal objeto defender que el descubrimiento del Nuevo Mundo debe atribuirse á Alonso Sánchez y no á Cristóbal Colón, la Real Academia de la Historia, consultada por el Consejo de Indias, informó que tal libro no era digno de la publicidad, y por ello se negó la licencia para imprimirlo en el año 1786 (2). Sirva este dato para apreciar el concepto de tan doctas corporaciones al finalizar el siglo anterior, acerca de la fábula que nos ocupa.

Veamos ahora el reverso de la medalla. No habló de semejante tradición, ya que así quieren llamarla, el Bachiller Andrés Bernáldez (3), ni la admitió el Padre Juan de Torquemada en *Los veintyun libros rituales y Monarquía Indiana*, como tampoco la refiere Antonio de Herrera en el cap. 3.º de la *Década primera*, libro 1.º, entre las causas que movieron al Almirante para creer que había nuevas tierras. D. Juan Bautista Muñoz (4) y D. Martín Fernández de Navarrete (5), hi-

(1) Aspa: *Relación de los dos primeros viajes de Cristóbal Colón*.—MS. en la Biblioteca de la R. A. de la Historia. Est. 27, grada 3.ª; E. 93.

Bibliografía Colombina.—Madrid, Fortanet, 1892: un tomo en 4.º—Sección III, núm. 100.

(2) *Compendio ó abreviada historia de los descubrimientos, conquistas y establecimientos del Nuevo Mundo*..... Escribiólo D. Bernardo Estrada.—MS. en la Biblioteca de R. A. de la Historia. Est. 27, grada 2; E. 54.

(3) *Historia de los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel*, escrita por el Bachiller Andrés Bernáldez. Sevilla, Geofrín, 1870. Dos tomos en 4.º

(4) *Historia del Nuevo Mundo*. (Loc. cit.)

(5) *Colección de los viajes y descubrimientos*. Introducción.

cieron caso omiso de ella como de hablilla despreciable; el célebre Alejandro Humboldt (1) la juzga, como nosotros, enteramente desvirtuada por los hechos averiguados de los anteriores estudios de Colón; Washington Irving, Cladera, Próspero Peragallo, D. J. Arias Miranda, Henry Harrisse, D. José María Asensio, Rodolfo Cronau, D. Juan Pérez de Guzmán (2) y otros muchos publicistas contemporáneos, rechazan seriamente la historieta, ó se burlan de ella como Pinheiro Chagas, exponiendo los absurdos que contiene. Tal es el aprecio que hoy merece cuanto se refiere al viaje y muerte del piloto Alonso Sánchez de Huelva.

Para mí yo lo tengo por falso. Estas palabras que estampó Gonzalo Fernández de Oviedo hace tres siglos y medio, son las mismas que actualmente consagrará la crítica imparcial después de haber examinado bajo todos sus aspectos *la conseja del piloto que murió en casa de Cristobal Colón*: que de esta manera y no de otra alguna es como puede nombrársela.

Pero hoy que todo encuentra patrocinadores, los ha hallado también esa fábula, y no porque se haya presentado nin-

(1) *Histoire de la géographie du Nouveau continent*, par Alexandre Humboldt. Paris, LeGrand, s. a. (1837) Tomo I. Sección 1.^a

(2) Washington Irving: *Vida y viajes de Cristobal Colón*. (Loc. cit.)
Cristobal Cladera: *Investigaciones históricas*. Madrid, 1794. Un tomo en 4.^o

Próspero Peragallo: *Cristóforo Colombo in Portogallo*. Lisboa, 1882. Un tomo en 4.^o

Henry Harrisse: *Cristophe Colomb, son origine, etc.* Paris, Leroux, 1884. Dos tomos en 4.^o

D. José Arias de Miranda: *Examen critico-histórico etc.* Madrid, Rodríguez, 1854. Un tomo en 4.^o

D. José María Asensio: *Cristobal Colón, su vida, sus viajes, sus descubrimientos*. Barcelona, Espasa y Compañía, 1889-91 Dos tomos.

Rodolfo Cronau: *América. Historia de su descubrimiento*. Barcelona, Montaner y Simón, 1892. Tres tomos.

D. Juan Pérez de Guzmán: *Precursores fabulosos de Colón. Ilustración Española y Americana*, 30 Marzo 1892.

gún documento, no porque se haya visto siquiera el nombre de aquel piloto en la relación de algún viaje del siglo XV, en algún contrato, en un papel insignificante de la época; nada de eso.

El escritor Luciano Cordeiro la defiende por espíritu de nacionalidad, porque hace portugués al soñado marino y quiere adornar á Portugal con las glorias que quita á España y á Colón (1).

El canónigo de la Colegiata de Jerez de la Frontera, Don Baldomero de Lorenzo y Leal, ha escrito un libro con el abusivo título de *Cristóbal Colón y Alonso Sánchez* (2), en el que, á vueltas de suposiciones, de hipótesis y vaguedades, se viene á deducir por conclusión, que el viaje de este último está más justificado que muchos de los actos de la vida del Almirante, y que se trata de un personaje histórico cuya existencia no admite duda. Pero no es lo más extraño que de hipótesis en hipótesis, de figuraciones en figuraciones llegue el autor á tan infundada consecuencia, que no sabemos si alguien habrá admitido; lo que verdaderamente maravilla es que al informar á la Real Academia de la Historia persona tan docta, tan conocedora de la época de los descubrimientos como el ilustre marino D. Cesáreo Fernández Duro, se incline á dar asenso á aquellos sucesos; él, que, concienzudo historiador, ha buscado siempre la comprobación de los hechos en los documentos, y sin ellos no los admite como ciertos.

Verdad que en el informe hay palpables contradicciones que dejan el ánimo indeciso, dudando de la convicción con que se escribían. No entra en la índole de esta Memoria el sa-

(1) *De la part prise par les portugais dans la decouverte du Nouveau Monde.*—Lisbonne, Rodríguez, 1892.

(2) *Cristóbal Colón y Alonso Sánchez, ó el primer descubrimiento del Nuevo Mundo*, por el Doctor D. Baldomero de Lorenzo y Leal, canónigo de la Colegial de Jerez de la Frontera.—Jerez, imp. de *El Guadalete*, 1892.

carlas y compulsarlas; mas no es posible dejar de llamar la atención sobre lo que, como última consecuencia, se desprende de aquel trabajo. Rechaza como inteligente perito el señor Fernández Duro, aunque sin decirlo, el relato de Gómara y de Garcilaso, téngase esto muy en cuenta, porque no puede aceptarse en el terreno de la ciencia, ni aun en el de la práctica: —«Ningún marinero—escribe—(1) admitirá en los movimientos de la atmósfera la verdad de borrascas que duren meses, ni el efecto de arrastrar embarcaciones por miles de leguas en una misma dirección». *Falsa* era, pues, por necesidad la antigua tradición... Pero á ella opone el docto Académico una serie de hipótesis, de cosas que *podrían* haber sucedido, que, aun siendo posibles, no se saben, ni ocurrieron, teniendo todas las condiciones, apariencias y color de fantasía ó ensueño. Trasladaremos siquiera una parte de esta verdadera novela, demostrativa de la fuerza creadora del escritor. —«Una de las naves (de las que salían con frecuencia en busca de islas imaginarias) *se dejaría* llevar por las brisas constantes del Este... y navegando *con mar bonancible* (desapareció ya la tormenta) llegó sin contratiempo á dar vista á la tierra, *en toda probabilidad* de Santo Domingo. Ansiosos de regresar á la patria, trataron de desandar lo andado.» Mas como habían de venir contra el viento... «*forcejearían días y días... acabados volverían* otra vez á Haiti para proveerse de lo que los insulanos poseían, *repetirían* dos, tres, acaso cuatro veces la tentativa...» Dejemos el cabo de la aventura, expuesto así entre verbos en tiempos dubitativos y condicionales, aunque en ella se ofrece la novedad de prescindir de la muerte del piloto y de sus compañeros en la casa donde habitaba Colón (que formaba con la tempestad las bases de la calumniosa leyenda), y aquel secreto, con que la

(1) *La tradición de Alonso Sánchez de Huelva*.—Informe del señor D. Cesáreo Fernández Duro.—*Boletín de la R. A. de la Historia*.—Tomo XXI, pág. 33.

favoreció, se convierte en comunicación hecha, *no precisamente al Almirante*, sino á las personas de relación ó trato con los náufragos; dejemos la aventura, para asentar una conclusión que deduce el Sr. Fernández Duro, y es tan exacta como importante: — «Colón, ¿quién lo duda?, aprovechaba »toda suerte de indicios en confirmación de sus cálculos y pre- »supuestos, pero formada como estaba su resolución sobre »más sólida base, no influían directamente en ella.» Esto es precisamente lo que afirmaba el inteligentísimo William Prescott.

La terminación del informe es sorprendente. — «Quien »supiere... que la ciudad de Boston, en los Estados Unidos de »América, ha erigido estatua, inaugurada con magníficas »fiestas, al northman Leif Eriksen, porque se presume que en »el siglo XI, al igual del perdonavidas de Cervantes, llegó »allí, fuese y *no hubo nada*, discurrirá que con más razón pu- »diera levantarla Huelva *al piloto humilde que honra, al mismo »tiempo que su nombre, el de la Marina española.*»

Si, como parece desearlo el eruditísimo americanista, el nombre de Alonso Sánchez debe ir unido al de Colón y han de erigirse monumentos á su memoria, dignos son también de conmemorarse y de que se le levanten estatuas, el marinero tuerto del Puerto de Santa María, Pedro Velasco el de Murcia, Pero Vázquez de la Frontera, y todos los demás que recuerda el P. las Casas en su Historia de Indias, porque estos existieron sin duda alguna, lo que no puede decirse de Alonso Sánchez, y ciertamente comunicaron á Cristóbal Colón noticias de sus viajes, aunque ninguna se refiera al Nuevo Mundo.



IV

Concluyamos, y demos al olvido por un momento, si es posible, todo cuanto hasta ahora va expuesto. Porque es de tal naturaleza esta cuestión, que todo puede concederse en ella.

Tengamos por no dicho cuanto asentado queda. Demos por demostrada la existencia de Alonso Sánchez de Huelva, y por justificados con documentos indiscutibles los hechos todos que á su viaje se refieren. ¿Sería gloria para Huelva, ni para ningún pueblo, el que allí hubiera visto la luz primera un vulgar, un *triste*, un *desventurado* piloto que por nada se distinguió y que tuvo la desgracia de que arrebataran su buque las corrientes del mar, llevándole, sin saber cómo, á un país desconocido y volviéndole de igual manera, y con la misma ignorancia, al punto de su partida? ¿Cuál era el mérito de aquel hombre? ¿Podría contársele nunca entre los descubridores? ¿Dejaría de ser un náufrago malaventurado é imperito, como tantos otros, pero siempre *inconsciente*, *casual* é *ignaro*, según le calificó en gráfica frase el Excelentísimo Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo en su conferencia del Ateneo de Madrid?

A lo sumo podría haber dicho el supuesto Alonso Sánchez, lo que con tanta razón exclamaba el protagonista de la graciosa comedia *El héroe por fuerza*: «si á mí me nombran coronel, que hagan general á mi caballo»; porque el piloto no puso nada de su parte, el huracán lo llevó y la tormenta lo trajo, sin que se diera cuenta de cosa alguna... *á tiento*, como escribiera el Inca.

La gloria de Huelva es Cristóbal Colón: consiste en unir su nombre al del genio; en tener cerca de sus muros el Monasterio de la Rábida, donde aquél encontró consuelo y pro-

tección; en haberle dado compañeros para su temerario viaje, y en que hubiera muchos hijos de la comarca entre aquellos audaces españoles que pisaron por vez primera las playas del Nuevo Mundo.

No pueden la ciudad, ni la Sociedad que lleva el simpático título de *Colombina*, mirar con buenos ojos nada que tienda á rebajar la fama de Colón, porque sería atentar á su propia fama, estando unida para siempre su gloria con la del inmortal navegante.

JOSÉ I. DE OSMA Y ARENAS.

EL PROGRESO INTELECTUAL

DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA

La oleada del progreso intelectual de la América que fue española, aunque crece y crece sin descanso, no llega enteramente hasta nosotros. Llega un eco sordo de las perturbaciones que en este progreso se intenta introducir, y pasa casi desapercibido en la postración inmensa que aniquila esta sociedad desfallecida, contra la cual se levantan sin descanso también, por todas partes, monstruos de famélicas fauces que anhelan suene la hora del festín para tragarnos. ¡Qué guerra tan insensata! ¡Nadie nos perdona, y menos los que no pueden arrancar de las páginas de la Historia los testimonios irrefragables de aquellos tiempos en que gimieron en nuestra servidumbre! ¡Si pudieran borrarlos enteramente de la geografía del planeta y aun de la memoria de los hombres! Pero al abrigar estos sentimientos de hostilidad contra España, cada cual procura apartar el espejo de su propio rostro. No es España la que decae, es toda la raza mediterránea, sobre la que España ejerció la hegemonía que le arrancaron las emulaciones de Francia y que Francia no ha ejercido durante dos siglos sino para devorar á sus hermanas y devorarse á sí misma. Es que al mar de la civilización lo ha anulado el Océano. Es que el porvenir que al cabo presenciara la lucha entre el Océano y el Pacífico, entre el Pacífico y el mar Boreal, relega

al Mediterráneo á una especie de lago Asfaltistes, á uno de esos mares interiores y cerrados, lagos grandes que no prestan camino ni dan salida á ninguna civilización. Si España sucumbiera, ¿cuál de las naciones mediterráneas tendría alientos para vivificar su papel? Si España sucumbiera todas sucumbirían con ella.

Sola España abrió los caminos del porvenir; sólo su nombre, aunque excluído enteramente de los dominios de América, conservará perpetua su resonancia desde el polo del Sur al polo que petrifican las nieves eternas del Norte. Envíe Italia, envíe Francia, envíen todos los pueblos envejecidos sus apiñadas multitudes emigradoras á renovar la sangre y animar la vida de aquel vasto continente. Allí perderán los signos etnográficos de las cunas de donde proceden. Allí amasarán su sangre con la nuestra, y cualesquiera que sean las vicisitudes y las transformaciones de la Historia, no quedará al cabo de ellas sino el signo de la sumisión á que se entregan. España en América será siempre la madre, y los demás que á ella concurrán serán eternos advenedizos.

Esta trasnochada emulación que se ha despertado contra la nación vivificadora de América, ha inducido á algunos espíritus incircunspectos á emprender en América una cruzada á muerte contra la lengua española, que es el fundamento de toda aquella nueva civilización. Esta campaña tiene dos centros de impulsión: el uno en Europa mismo; el otro en aquella parte de América que se constituyó del seno de todas las pira-terías septentrionales contra el país descubridor, y que implantando en toda la parte Norte de aquel hemisferio una raza secularmente rival de la latina, se ha engrandecido con los despojos de todas sus presas y con la avalancha de todas las escrescencias de la sociedad europea. Esta campaña á la vez se ha emprendido por la emigración italiana, cuyo mayor contingente ha fijado su tienda en la Argentina, y por la vecindad yanqui que ejerce sin descanso, así sobre Méjico, como sobre toda la vasta prolongación del istmo que enlaza los dos

continentes, y el vasto archipiélago que le antecede, aquel influjo tenaz y continuo del que aspira á una total dominación. Italia ha sacudido sobre la Argentina, en una emigración casi permanente, una masa muy considerable del proletariado, que la consume, hasta el punto de constituir casi la quinta parte de la población total de la citada República del Plata. La corriente de esta emigración tiene sus altas y sus bajas, pero nunca cesa. Entre su emigración temporal y su emigración permanente, la cifra total por año se halla graduada en el número de 350.000 emigrantes, que buscan asiento estable principalmente en la Argentina, en los Estados Unidos y en el Brasil. El Plata recoge casi los dos tercios de esta irrupción continua, que extiende por sus vastos territorios y forma con ella nuevas colonias agrícolas y nuevas poblaciones industriales. El espíritu de nacionalidad se conserva entre sus individuos por medio de las 350 sociedades de socorros mutuos que los ampara y los protege. Así en la capital de la República como en las de los demás Estados ó provincias, multiplican los Bancos, las Asociaciones de todo linaje. El culto de su idioma lo mantienen, no sólo en el lenguaje de familia, sino en sus periódicos escritos en italiano, en sus círculos literarios y artísticos, en sus teatros líricos y de declamación; y como á la emigración jornalera la acompaña la emigración del proletariado intelectual, esta emigración, infiltrándose en todos los círculos del Estado, ha logrado ser la encargada de fundar y presidir sus oficinas de estadística, el régimen de sus archivos y bibliotecas, gran parte del cuerpo docente en todos los Institutos públicos de educación y enseñanza, habiendo dado por mucho tiempo el tono á lo que puede llamarse toda la ciencia oficial.

Italia no solamente ha descargado sobre América su muchedumbre de labriegos inalfabetos del Véneto, de la Campaña, de los Abruzos, de Lombardía, del Piamonte, de la Calabria, de las Marcas, de Sicilia y de todas sus regiones y provincias, de donde, sin embargo, como en el libro de Luigi

Enardi se observa, han salido figuras de millonarios en competencia con los de los Estados Unidos, como el piamontés Guazzone, á quien, á estilo yanqui, se le ha dado el nombre de *el rey del trigo*, y que ha llegado á sembrar más de doscientas setenta mil hectáreas de este cereal; como Carlo Anolasco, que, cultivando alfalfa, cosechó el año último de 1898 trescientas mil toneladas de este forraje; como Antonio Tomba, que posee diez kilómetros cuadrados de tierra sembrada de viñas, y recoge un producto medio por año de cincuenta mil hectólitros; ó como el lombardo Enrico dell'Acqua, á quien se le denomina *el príncipe mercader*, que ha logrado ser el gran importador de los tejidos de algodón que se elaboran para él en toda Italia y consume en la Argentina, sin excepción, toda la numerosa colonia connacional. Italia, ya por la torpe dirección de los estudios académicos, ya por la creciente inoculación de las ideas socialistas y anarquistas entre todo su mundo literario, arroja también sobre América, y sobre todos los países que los quieren recoger, un número considerable de emigrantes intelectuales, de los que en la hermosa península del antiguo Lacio constituyen el proletariado indigente de la inteligencia ó el antagonismo con las ideas sobre las que la sociedad actual tiene establecidos sus ejes. César Lombroso ha lanzado un grito desgarrador de agonía por estas fuerzas nacionales continuas que Italia pierde y ha lamentado tantas ilustres proscripciones. «Entre nuestros estadistas y juristas, ha escrito, Pareto y Pantaleoni han tenido que pedir un refugio á Suiza; Pacchioni, Galanti y Sigele, á Austria; y en Suiza también vegeta nuestro gran médico Arnaldi, y en la América del Sur sus colegas Sanarelli y Grandis. Nuestros artistas no caben en nuestra patria: Pittari, Rossi, Boldini, De Nittis, Rafaelli, Rossetti, todos nuestros pintores más esclarecidos, prosperan fuera de Italia; y en el campo de las letras muchos de nuestros grandes escritores, apenas conocidos y apreciados dentro de un pequeño círculo en su patria, como Farina, Fogazzaro, D'Anunzio, encuentran fuera de Italia el radio de gloria y acción que en-

tre nosotros se les niega. No hablemos de los que gimen en la proscripción política, como Rondani, Treves, Vergnani, Cabirni, Chiesi, Monet, Sambuceo, ni de los que gimen en las prisiones como Turati, Nofri y Zavattari. Hemos tenido la gloria de haber dado la vida á Pacinoti, á Galileo Ferraris y á Ferri; ¿y no es una vergüenza para Italia que sus méritos no hayan sido reconocidos hasta el momento en que Alemania ó los Estados Unidos los han señalado con gran sorpresa, por no decir pesar, de nosotros? Entre las glorias italianas contra las que Italia se ha mostrado madrastra y refractaria están Florián, Cavalieri, Sighele, Viazzi, Fioretti, Balestrini, Maino, sólo porque en la ciencia penal que profesan son innovadores, y sus ideas chocan con los que viven atados al culto de lo que se va.»

¡Triste Italia! Ese país, que se pone de pantalla donde quiera que subsiste un rastr o de imperio, de influencia, de origen español, se halla corroída de vicios tan desoladores como los que aniquilan á España. No es la emigración de los hombres ilustres lo que la debilita, sino la desproporción que engendra su problema académico con sus fuerzas naturales, que crea ese vasto proletariado de la indigencia, que pasea su desnudez por todo el mundo. Ese proletariado, esencialmente europeo, común á Italia y á España, á Alemania y á Francia, á Austria y á Noruega, es el proletariado que lucha inútilmente, llevando como bandera un título universitario por conseguir un puesto en el banquete de la vida. Bismarck, señalando el punto negro que constituye en las sociedades decayentes de Europa, le llamó el *proletariado de los bachilleres*, proletariado de que sólo la Gran Bretaña ha sabido sustraerse en nuestro viejo continente. De las Universidades de Francia hay siempre en funciones, según el cálculo del Dr. Paul Ernest, 130.000 médicos; en Italia hay cerca de 80.000 y 30.000 en España. El Colegio de abogados de París consta de 3.000 individuos, de los que sólo 200 ganan más de 10.000 francos anuales. En España tenemos 40.000 abogados, de los cuales apenas la octava parte se halla en el libre ejercicio de su pro-

fesión, y un tercio pesa sobre el pensionato del Estado en las diversas carreras de la magistratura y de la administración. En Italia tampoco llega á 18.000 el número de los abogados que se emplean en algo, restando un número tres veces mayor que el de España, para las prostituciones de la miseria y la carne de emigración. Estas cifras, tan voluminosas que espantan, no acreditan, sin embargo, un progreso sólido en la cultura superior. Guido Bacelli, con cifras ha probado que la descuidada y aterradora producción de las Universidades profesionales acusa un descenso en la cultura intelectual superior en relación inversa al aumento de los títulos académicos que se expiden. España, Alemania, Francia, Austria, sin embargo, hallan forma de amortizar estos sobrantes de capacidades académicas sin destino; pero Italia todo lo convierte en paquetes de exportación para sus corrientes emigradoras, sobre todo al Brasil y la Argentina, donde la dificultad del idioma opone menos resistencia á su introducción que los Estados Unidos. Italia, por lo tanto, descarga anualmente sobre América, de su producción universitaria 500 abogados, 350 médicos, 100 farmacéuticos, 150 licenciados en filosofía y letras, y en esta proporción el sobrante de las demás carreras literarias. Lo que presta poco á la emigración americana son ingenieros y mecánicos, ninguno de los profesores que se forman en las Escuelas de estudios politécnicos, y que la América latina suele recibir para los empleos geodésicos, trazados de líneas y construcciones, escuelas especiales de cuerpos técnicos militares é instrucción militar, de Francia, de Alemania, de Inglaterra y últimamente de los Estados Unidos, que ya todo lo absorben.

Las dos bases de número é intelectualidad con que Italia contribuye al progreso de la población en América, donde aparte de sus colonias en la Argentina, los Estados Unidos y el Brasil, extiende la red emigradora de sus hijos por Méjico, Colombia, Venezuela, Paraguay, Uruguay, Bolivia, Perú y Chile, ha despertado, así en la península matriz como en al-

gunas de aquellas colonias y principalmente en la Argentina, ideas no sólo de supremacía en su influencia local, sino hasta de dominación material. Si se lee, bajo este punto de vista, á Lombroso, no parece sino que la América que fue española ha carecido de cultura intelectual hasta que Italia ha organizado sus emigraciones del presente siglo, y que su presencia en aquel hemisferio equivale á una nueva conquista por la inteligencia. «El colono italiano, dice á este respecto, ha sabido domar y cultivar la tierra, y ahora está transformando al pueblo que habita esa tierra;» y otros escritores menos prudentes y discretos que Lombroso, no se han recatado de expresar que si el predominio que Italia ha buscado estérilmente en el Mediterráneo es una utopia, que si más allá de los Dardanelos nada hay que esperar para Italia, y que, puesto que hace cuarenta años que á América envía las legiones de sus hijos, la sustitución de raza se impone en las comarcas donde éstos han levantado sus tiendas: de modo que, abandonando la tradición mediterránea que nada les ofrece, el pensamiento italiano debe girar sobre la *italianización* de aquel mundo á que el hecho referido les da cierto derecho político, y hacia cuya consecución hay que erigir esta idea como idea madre de toda una política y como dirección suprema de toda una nueva educación. En el examen de la raza sedentaria iberoamericana reconoce en ésta una inferioridad étnica, una deficiencia política y una nulidad económica, que no admite controversia: y así como los ingleses han suplantado á los holandeses en el África del Sur y á los franceses en el Canadá, Italia cree deber caminar en la América á donde envía el proletariado que le sobra á la misma extirpación de la raza iberoamericana que la puebla. «Todo permite preveer, añade el escritor á quien aludimos, que esas razas americanas del Sur, embastadas por el cruzamiento desfavorable con los españoles, desorganizadas, degradadas, haraganas, poco emprendedoras, poco activas, serán fácilmente dominadas por el elemento de la reciente emigración, cuyas masas, más hábiles y resueltas, sabrán

imponerse en la lucha por la existencia. La emigración italiana, solamente en la Argentina, representa el 70 por 100 de todo nuestro movimiento inmigratorio. Es necesario encaminar esa emigración á los fines expansivos que constituyen el pensamiento de Italia.» A este fondo de doctrina pone el mismo Lombroso el complemento. «El cambio de servicios útiles, los progresos por la inteligencia, serán los ideales que Italia oponga para su conquista, á los tristes y sanguinarios ideales de la espada: primero el número, después la atracción de la inteligencia, y entre tanto la sustitución inmediata de la lengua, que borre toda la literatura de la servidumbre y la barbarie.»

Esta propaganda cobra cada día mayores vuelos, y apoyada en Europa por periódicos de Turín, Roma y Génova, da un paso adelante más con su publicación periódica del *El pensamiento latino*, que proyectado y dirigido por Enrique Piccione, brinda á sociólogos, juristas, pedagogos, literatos, artistas de todas las lenguas neo-latinas en los dos mundos un campo de colaboración en el que ofrece al castellano el lugar más secundario, ya que no se atreve aun á proscribirlo.

Del lado de Méjico y del centro, el fin substancial de la dominación y de la sustitución es el mismo, pero por distintas influencias. «En el progreso científico del mundo moderno, escribe Alfred Boissié, la nación infuyente aun en América con su lengua representa sólo un signo negativo. Ninguna invención, ningún adelanto debe la ciencia, la mecánica, el arte al pueblo que ejerce todavía la superioridad de su idioma sobre este mundo lleno de vida, en quien residen las auras del porvenir. El motor y la luz eléctrica han transformado las celeridades y las irradiaciones que exige la vida de actividad en que se despliega el espíritu humano. El telégrafo sin hilos hará más fácil la comunicación hasta con los antípodas, y el automóvil y la bicicleta son el complemento de esta transformación. Los rayos Röntgen cristalizan todos los cuerpos opacos, y el cinematógrafo se constituye en una prolongación de la

vida y del movimiento. Las corrientes polifases harán una nueva revolución en la distribución de las fuerzas de la mecánica, y el motor de combustión interior será el procedimiento más económico para convertir el calor en trabajo. La fotografía de los colores depende de los últimos ensayos de Lumière, y la luz fría, el carburo de calcio, el aire líquido industrial, las corrientes repetidas son las conquistas incesantes de esos ensayos de laboratorio que dirige el pensamiento, iluminado por la ley de la ciencia para mejorar la condición del hombre en sus luchas con la naturaleza y en el disfrute de la vida. ¿Cuál de estos progresos lleva un nombre español? Ninguno. El mundo se ha transformado: la vida ha entrado en nuevos horizontes, y España ha perdido hasta la fábula de su heroísmo. ¿Por qué el idioma español ha de seguir reinando en mundos que con su poder ya no domina? ¿Por qué ha de imponer ese último estigma de su despótica existencia sobre un mundo que nada le debe en la labor ardua de sus incesantes adelantos? Por otra parte, en Méjico pueblan el 1.987.000 kilómetros cuadrados que forma su superficie 12.578.861 habitantes, de los que más del 20 por 100 son extranjeros que no hablan la lengua castellana. Otros países, cuya población es más densa, probablemente durante el siglo XX arrojarán sobre Méjico el exceso de sus habitantes, y el territorio de la República está destinado, antes de medio siglo, á duplicar su población actual con la emigración extranjera. Probablemente la corriente de esa emigración procederá del Norte, por ser ésta la única puerta terrestre abierta á la emigración; y para que el elemento anglo-sajón, que es el único que ha de realizarla, no sea un estorbo y fuente de perennes dificultades, la nacionalidad mejicana debe procurar irse identificando con él, rompiendo la primera valla que constituye el idioma. Las atracciones de vecindad ya imponen la posesión del inglés á todo hombre ilustrado en Méjico. Las bibliotecas particulares se nutren de libros escritos en inglés, y los periódicos ingleses de los Estados Unidos circulan en la capital, en Veracruz y

en otras ciudades, como en las ciudades norteamericanas de donde proceden. Toda la alta educación de las gentes opulentas se hacen en los establecimientos docentes de los Estados Unidos, donde se envían pensionados á los jóvenes ó se dirigen por profesores yankis en los propios liceos mejicanos. Todas las profesiones politécnicas se ejercen por norteamericanos, y estos han concluído por ser los dueños de las grandes empresas industriales del país, de las fuentes más opulentas de su producción y de casi todo su comercio marítimo. ¿Qué debe, por lo tanto, Méjico á España? ¿Por qué se ha de rendir el homenaje de su habla al raquíptico sostén de una literatura que se desvanece? Ningún americano de los que en Méjico se avecindan muestra empeño en aprender el castellano, cuya subsistencia en este hemisferio viene á ser un perfecto anacronismo.»

Como se advierte en las dos tendencias opuestas que dejamos reseñadas, en el Norte del continente americano, á fin de borrar todo vestigio de nuestro paso por aquel mundo que sacamos de la noche sombría de los siglos y redimimos con nuestra sangre, se pide con urgencia á Méjico cierta especie de anglosajonización, mientras que por el Sur los italianos demandan la italianización de aquel continente. Una y otra pretensión son las fases de una misma conquista: el idioma. Mas no es el idioma lo que se disputa, sino algo más importante, que el valladar y la unidad de idioma también defienden. ¿No hemos visto en esa misma Argentina recientemente, cuando, para apoyar los pensamientos atribuídos á Ricciotti Garibaldi, hallamos en su honorable comitiva italianos de antigua estirpe, como el príncipe Balthazar Odescalchi, poetas del timbre de César Pascarelli y estadistas como el senador Marqués Médici? También visitan la Argentina en son de conquista: la conquista á que equivale la colonización de la Patagonia, que á estas horas es el blanco á que se dirigen las miras de todos los expansivistas: en Londres, las de los protectores en los galenses del Chaco, y en Roma, las de los compañeros

ó impulsores del activo Ricciotti Garibaldi. Y entre tanto que estos expedicionarios miran con indiferencia las protestas solemnes levantadas contra su conocida intención, en Buenos Aires ellos procuran no perder el tiempo, ensayando el principio atractivo del fin que se proponen por medio de la seducción de la palabra en las conferencias en que Pascarelli aspira á ganar el terreno que ya de antiguo dejaron conquistado De Gubernatis y Edmundo de Amicis.

La lengua española, sin embargo, nacional en toda la América que fue de nuestro dominio y capaz de toda la Minerva literaria y científica de los siglos, es para los americanos que la hablan uno de los signos esenciales de su personalidad y de su independencia. Si recuerda nuestra conquista y dominación, también entraña el tesoro de todas las glorias que los americanos de nuestra raza mirarán siempre como propias. Comunes son para España y para América los triunfos alcanzados por ella en aquel mismo hemisferio. La Minerva española que con sello de propia originalidad no carece de ninguno de los signos supremos de la inteligencia en la coordinación y adelantos de todas las esferas del saber, en América reconoce uno de los principales fundamentos de uno de sus géneros literarios. La *épica* española es casi enteramente americana. Sus gloriosos rudimentos de América los trajo aquel D. Alonso de Ercilla en aquella primera parte de su *Araucana*, que el tejió, en el campo de los hechos, con su espada y en el palenque de la poesía y de la historia, en aquellas octavas llenas de la verdad de la vida, y que muchas se escribieron con sangre y no con tinta, con el filo de la daga y no con pluma, en los troncos de los árboles y no en papel ni pergamino. De América vino el *Arauco Domado*, de Oña; las *Armas antárticas*, de Miramonte Zuazola; los *Varones ilustres*, de Castellanos; *La Argentina*, de Barco Centenera; *El peregrino indiano*, de Saavedra Guzmán; la *Conquista de Nueva Méjico*, del capitán Villagrá; *El Bernardo*, de Balbuena; la *Conquista de Antequera*, de Carvajal y Robles; la *Cristiada*, de Ojeda; los *Cantos de la batalla*

Auxonia, de Acosta, y otras obras semejantes, de aquel tiempo en que España fundaba Universidades, Institutos y Academias docentes, lo mismo en la parte del Norte que en la del Sur, y que de todos los dominios españoles brotó el raudal de talentos esclarecidos de que carecieron hasta la emancipación los demás pueblos europeos de otras razas que buscaron en aquel mundo su coloniaje.

Pero, ¿á qué remontarnos á tan gran distancia? Los patriarcas del renacimiento de la independencia, ¿en qué fuentes se educaron? Si Bolívar es el representante y símbolo de la libertad hispanoamericana, Bello es el símbolo y la representación del génesis de su actual cultura; y Bello, que ejerció su magisterio sobre las nuevas generaciones, aunque abrazó todas las ramas de la ciencia, en dos bases cardinales fundó los cimientos de la cultura intelectual que renacía: el habla y el derecho. La cultura del habla ha proseguido siempre en progresión ascendente, á despecho de todas las influencias extrañas que se han ingerido después, á causa de las emigraciones extranjeras, y que han conspirado desde un principio á corromperla. Mas desde los estudios filológicos de Bello hasta nosotros, ¿ha cesado ni un solo momento el estudio científico de su depuración? Los estudios gramaticales de Baralt, Calcaño, Ramos, Rivodó y Urdaneta, en Venezuela; de Caro, Marroquín, César Guzmán y Bartolomé, en Colombia; de Amunategui, Barra y Cabezón, en Chile; de Zerolo, Izaga, Macías y Toro y Gómez, en Méjico; de Soldan Unanue y González de la Roca, en el Perú; de Monner y Sanz, Subirana, Donabich, Granada y Arenas, en la Argentina; de Llinás, en Santo Domingo, y de los cubanos Fernández de Castro, Carricaburu, Sánchez Giner, Marrón y Varona, Ventura, Guiterras, Sixto y Bobadilla, y Saenz y Saenz, bastarían á acreditar el alto sentido filosófico, pedagógico y lexicográfico del primer habla clásica que aun se habla por el mundo. A pesar de todo, las corrupciones del lenguaje no se han podido impedir: los barbarismos y extranjerismos han penetrado abun-

dantemente en ella en su contacto con las demás lenguas, y no sólo han influido en la adopción de multitud de términos nuevos de acarreo, sino en la consagración de todos los modismos locales que han invadido, no sólo el campo de la elocución tecnológica, sino la sintaxis, la composición fraseológica y todos los términos del lenguaje. Pero este hecho, ¿es nuevo, por ventura, en el castellano que en América se habla? Este hecho es de todos los tiempos y de todos los idiomas: el mismo castellano se inundaba de frases italianas bajo Garcilaso y Hurtado de Mendoza, de frases latinas bajo Fernando de Herrera y Góngora y del comercio que por dos siglos tuvimos con el francés, el flamenco y el alemán de los Países Bajos, recibimos un caudal de términos, de frases y de giros, que criticados en las censuras del tiempo, fueron á la postre sancionadas por el uso. Así sucederá en el castellano de América, sometido, como todas las cosas humanas, á las leyes perpetuas de la vida; pero de esta modificación que constituye la historia de todo lenguaje, á la suplantación violenta á que aspiran los italianizadores de la Argentina y los anglosajonizadores de Méjico hay una distancia insuperable.

¿Tan descontentos de su idioma consideran los innovadores de esta misión y pretendida conquista á los talentos distinguidos que cada día brotan con mayor abundancia en aquel mundo del cruzamiento en nuestra raza? ¿Por qué razón han de pretender los italianizadores del Sur imponer su lengua extraña á los que en Chile y la Argentina hablan como propio y natural el castellano, llevando los apellidos de *Vicuña Makenna, Valker Martínez, Brandam, Hunceus, Ronuart, Frere, Kiers, Howarts, Whitte, Williams, Nelson, Loix Klett*; ni los anglosajonizadores del Norte su lengua inglesa á los *Mitre, Guido Spano, Pellegrini, Alberdi, Londolpho, Magallanes, Moure, Peyró, Sylveira, Drago, Quiño Costa, Fragueiro, Murature y Schaffino* del Mediodía? Todos estos escritores, cualquiera que sea el origen de su raza, no serán sino hispano-americanos que no tienen por lengua natural sino la de España.

Después del culto de la palabra, la primera manifestación de toda cultura refluye en el campo de la imaginación y se exterioriza por medio de la poesía. Esta manifestación tan ingenua del espíritu nuevo acompaña siempre á toda evolución de la historia, y en ella vive perenne la fábula de Orfeo, que al ritmo armónico de sus cantos hacía surgir las murallas de Troya. La poesía, en estos momentos, tiene en toda la América española emancipada una importancia extraordinaria. No hablemos del arte que le da formas, sino del sentimiento que la inspira, y realmente, en la actualidad, no cuenta en la América española la unidad de raza, de fe y de destino un vehículo más poderoso ni más eficaz. Los poetas del Sur conocen á los del Norte y del Centro como hermanos, y esta familiaridad de afectos crea el más indestructible vínculo de familia. Berisso ha querido agrupar en un libro todos los multicolores del iris americano formando el rayo de unidad del pensamiento. Registremos su obra, que se reduce á apoteosis de americanos iluminados vivos y muertos. En su libro está el vocabulario de todas nuestras estirpes. *La Ley*, en Santiago de Chile, ha comenzado á publicar sus anexos literarios dominicales. Ellos reflejan la unidad de toda nuestra raza en todo el luminoso ambiente de la inteligencia. No es posible formar el inventario de todos los hijos ilustres de las Musas, cuyas generaciones se suceden y crecen sin tregua, conforme se amplía más el radio de la cultura intelectual. En esta falange inmensa, ¡qué nombres!, digo, ¡qué dioses! No temed que el rayo de la muerte destruya en la ley de la existencia á los que vence: otros les suceden, y siempre grandes. La Atenas de Colombia ha perdido algunos de sus inmortales: otros salen, y entre ellos Guillermo Valencia, el más joven de todos, el cantor de *Los camellos*, que amenaza ponerse á la cabeza del Parnaso americano. No ha entrado en la pasajera revolución del ritmo, ni ha herido la elocución poética con notas de prosaismo, ni ha desgarrado las blancas y elegantes vestiduras de la armonía, que son las formas que aderezan el ritmo y la cadencia. Conserva la

exquisitez del arte y el atildamiento del buen gusto. No llena de basofia la cláusula poética por buscar un consonante ó completar una rima. Se atiende al precepto. Se atiende á Horacio, que entre nosotros se traduce por los cánones de Herrera. Resulta clásico, sin presumirlo, y sin salir jamás de la estrecha religión del arte, sabe usar de todo el numerario del lexicón y vencer sin esfuerzos todas las dificultades del rimado. ¡Decid á Guillermo Valencia que someta las varoniles estrofas de su númen al afeminado habla del Pó ó al árido ritmo del Támesis ó del Potomac!

En la Argentina hay un poeta que aún le vence en forma, Calixto Oyuela, y en el Perú José Santos Chocano. Chile conserva el puritanismo clásico de Bello en todo, hasta el punto que en toda la América latina si ha de buscarse el severo classicismo característico de nuestro idioma, ha de buscarse en Chile, en Venezuela y en Guatemala.

Trocad el fondo de esta educación tenaz que ya produce frutos maduros, por la nueva norma que diera al pensamiento la introducción de un habla extraña, que arguye un modo nuevo de pensar y sentir! ¡Persuadid de las ventajas de esta transformación á toda esa juventud entusiasta que ya acendrará el fuego de su inspiración á la vez literaria, patriótica y nacional en la consagración de esos nombres ó ya laureados por el éxito ó para los que se disciernen las coronas del porvenir y que en Méjico se llaman Peza, Díaz Miron, Larrañaga, Portugal, Ansona, Alba, Fontaner, Valenzuela, Suarez Z., Baltruis Dávalos, Gutiérrez Nájera, Puga Acal, Izaga, Vázquez Tagle, Eguiluz, Gabaldon, Rebolledo, Lizardi; en Colombia Vernaga, Arciniega, Robledo Restrepo, Restrepo García, Arboleda C., Delgado Berbeo, Mogollon Carrizosa, Dolores Leig, Gómez Jaime, Vargas Tamayo, Cadena, Julio y Manuel Flores, Adolfo García, Dario Herrera, Enrique W. Fernández; en el Perú, Valdivia, Obligado, Alejandro A. Flores, Martínez Lujan, Neftalí García, Llona, Paz Soldan, Ricardo y Clemente Palma, Eugenio Chocano; en Chile Eduardo Barra,

Carlos Valker Martínez, Oscar Sepúlveda, Jorge Prieto Lassarria, Samuel E. Lillo, Félix Rocuart Hidalgo, Hipólito Medina Sing, Roberto Brenes Meseu, Augusto Ahumada, Maurrot Caamuño, Augusto García, Ramón Alberti Verdejo, San Martín, Horacio Garbarini, Enrique Vives; Zorrilla, San Martín, Olagüe en el Uruguay; Meany y Meany, Cristóforo García, Estrada Paniagua en Guatemala y todo el sin número de los demás poetas de la generación moderna, ya de la generación que se inicia y que llena de luz, de armonía y de esperanza todo el inmenso ámbito hispanoamericano.

Más si la poesía en su propia espontaneidad no es otra cosa que una preparación para entrar en los dominios supremos de la Minerva literaria y científica, el brillante prólogo por el que América atraviesa augura un día espléndido de completa madurez intelectual. Hasta ahora casi toda la ciencia cultivada en las escuelas americanas es exótica y postiza, menos en una gran rama del derecho, en el derecho internacional. La América española carece todavía de pensamiento científico propio, y hasta aquí no ha hecho sino aplicar á sus propias necesidades el pensamiento científico de los demás. El pensamiento científico político que informa sus Constituciones, sus Parlamientos, sus legislaciones y sus tribunales, es el pensamiento que los Estados Unidos tomaron de las antiguas Constituciones helvéticas y neerlandesas y que la Francia de 1793 buscó en los moldes clásicos del mundo antiguo. La democracia yanqui lo ha revestido de formas nuevas y así lo ha propagado por aquel mundo. El pensamiento económico aún no ha salido del molde británico, y la República mejor administrada en las de nuestra raza en América, es la de Chile en su científica economía, porque es la que se ajusta más fielmente al patrón de donde se deriva. Esta misma perfección se alcanza en Méjico, cuyas ideas se adaptan al tipo americano que de las británicas procede, y con mayor ó menor proximidad esta es la escuela que se impone sobre todo á las Repúblicas del Centro.

Las profesiones politécnicas todavía no han arraigado bien en ninguna de las Repúblicas hispanoamericanas, por faltarles objeto de aplicación. Cuando ha surgido un hecho nuevo, como la distribución orográfica é hidrográfica de los Andes entre Chile y la Argentina, con la excepción de este último país que atribuyó la parte directiva de su empeño á su propio geodesta Moreno, se recurrió á las reputaciones de Inglaterra, Alemania y Bélgica. Ingenieros ingleses, alemanes, franceses, belgas y americanos del Norte han dirigido el trazado y obras de todas las grandes vías, y en la parte relativa á la ciencia militar, oficiales alemanes aún sostienen el cuerpo docente del mayor número de las Academias científicas militares, lo mismo en Chile y el Ecuador que en la Argentina y Venezuela. Chile y la Argentina han creado un formidable poder naval y suyos son los jefes y oficiales que han presidido á la construcción de sus barcos, aunque no han trazado su arquitectura, y que los mandan y presidian; pero sus maquinistas han sido contratados en todos los puertos militares de Europa; los cascos de estos buques se han construído en astilleros de Inglaterra, Alemania é Italia, y en Alemania todo su armamento grueso y menudo, las pólvoras y los proyectiles.

A pesar de todo esto, el progreso intelectual de la América española puede jactarse de que el mundo político y sabio le deba ya una conquista. El *arbitraje* que cada día se infiltra más y más en los dominios científicos y en las reglas establecidas del derecho internacional, tiene su verdadera raíz y cuna en la América española, y puede decirse que esta conquista fue enteramente debida á los más esclarecidos campeones de la independencia americana, pues en las Repúblicas hispanoamericanas la idea jurídica del arbitraje nació asociada á la idea política de liga y confederación, y como complemento de ellas. Los progresos que desde el Congreso de Panamá en 1822, hasta el Congreso de El Haya en 1899, ha hecho esta feliz regla llamada con el tiempo á sustituir la razón violenta é in-

humana de la guerra, han sido debidos á la tenaz perseverancia con que los Estados hispanoamericanos han sujetado á ella la mayor parte de sus conflictos, acatando después con toda sumisión sus resoluciones. La concepción de esta idea puede decirse que constituye la evolución más sabia de todo el derecho internacional, desde que los principios de esta ciencia recibió sus primeros cánones, y el culto asiduo que á su perfección se ha consagrado, forma esa brillante escuela de estadistas americanos que ya han producido, principalmente en Colombia, sistemas de derecho que han entrado con alta frente en el torrente progresivo del saber humano. Todos esos tratados, que han recibido su primera luz del arranque instintivo de Bolívar, y se han convertido en savia y fuente de saber bajo la base docente de los principios de Bello, forman con el conjunto de las Constituciones políticas y con las Colecciones legislativas un monumento nacional para el habla común de todas las Repúblicas que han salido de nuestro seno, sólo comparable en la Historia á los que para los pueblos neolatinos constituyeron por muchos siglos los Códigos romanos, y para la España moderna los de Don Alfonso el Sabio. En el habla propia y común de esos pueblos de nuestro origen están escritos estos fundamentos nacionales de su existencia, y en la recolección de esos cuerpos jurídicos han alcanzado una autoridad indiscutible Quesada y López, en la Argentina, Lelcier y Bascuñana en Chile, Aranda en el Perú, Echazo y Gutiérrez en Bolivia, Benete en el Paraguay, Pérez-Pinto en el Brasil, Peralta en Costa Rica, Salazar en Venezuela, Reyes en el Salvador, y Seijas en Venezuela, habiendo creado además en Colombia la escuela que presiden en nuestros días los Caro, los Uribe, los Becerras, los Borda, los Marroquín y otra multitud de escritores eximios, que elevan por los dos mundos el concepto del progreso intelectual tan manoseado por interesados émulos en esa parte de América, que aún se agita en el crepúsculo matinal de su organización definitiva.

Donde el derecho crea tales fundamentos de subsistencia, todos los demás progresos están asegurados, y no importa que aquellas sociedades, todavía en la infancia, no hayan madurado completamente el pensamiento con que han de contribuir á los apogeos del saber y á la consumación de los altos destinos de la Historia. Aun siguiendo las líneas del magisterio europeo en otras ramas de la jurisprudencia civil y penal, en todos los dogmas de la pública instrucción, en la biología, en la sociología; en todo el vasto campo de las ciencias filosóficas, morales y políticas y aun en las de observación y número, sus progresos crecientes cada vez se determinan más y más, como los del joven alumno que ante el caballete y el lienzo, con el tiento y la paleta en la mano, se limita á copiar las imágenes del maestro, antes de abrir puertas á la expansión del propio ingenio. A pesar de esto, todo este capital que ya la ciencia progresiva aumenta en la América que fue española, y que forma la base del patrimonio nacional de cada uno de sus pueblos, se funda en la herencia del habla hermosa que con nuestra sangre castellana les dimos, y por numerosas y audaces que sean las corrientes emigratorias que de otras partes concurren á aquel mundo, jamás tendrán fuerza suficiente para proscribir el primero ya de los elementos étnicos de las nuevas nacionalidades, quedando reducidos á utopias sin valor los sueños de la italianización del Mediodía y los sueños de anglosajonización del Norte.

Es evidente que las luchas interiores que han constituido la historia de esos nuevos pueblos desde su emancipación, han sido causa de la rémora del progreso intelectual y científico que en ella hubiera podido prosperar durante tres cuartos de siglo. Pero las aguas turbias de las pasadas tormentas, con ligeras excepciones, por todas partes se sedimentan, y aunque el progreso intelectual no es tan sólido y tan vasto que baste á ocurrir á todas las necesidades, él se impone ya con tan poderosa energía, que no ha de ser maravilla ver desafiar en él hasta á las naciones más adelantadas, de seguir el impulso

que ya lleva, en menos de otro cuarto de siglo. La América española, para asegurar su propia independencia, ha de procurar de dotarse de horizontes más vastos, de modo que ella misma se baste á sí misma en todas las esferas y en todas las ocasiones.

Indudablemente el impulso hacia la organización más sabia y providente y hacia la difusión más completa, es el trabajo á que con predilección se entregan la mayor parte de los poderes que tienen la alta representación de aquellos Estados. Los nombres de Díaz en Méjico, Estrada Cabrera en el Centro, Piérola y Romaña en el Perú, Errázuriz en Chile y Roca en la Argentina, van unidos al impulso de este movimiento educativo de que ha de proceder la mayor prosperidad y la mayor suma de autoridad y poder de los pueblos que gobiernan. En su discurso, al hacerse cargo del poder que representa, vertió Roca hace dos años ideas muy oportunas sobre este tema: «El Estado en América, como en todas partes, tiene el deber de proporcionar á sus súbditos todos los medios posibles, á fin de educarlos é instruirlos de modo que puedan ser á la vez útiles á sí mismos y provechosos á la sociedad en que viven.» El general Roca no se resolvió ni por la enseñanza politécnica, ni por el sistema británico de las escuelas, ni por el sistema alemán, francés ó italiano: lo que dijo terminantemente es que él procuraría que en la Argentina la educación que se diese á la juventud fuese tal, que bastase á formar hombres que pudiesen vivir de sí mismos, y no pensionados obligados é indigentes del Estado. Un sistema de educación fundado en estas bases no se improvisa; necesita el ensayo de toda una generación, y ese ensayo no ha podido hacerse en dos años; pero realmente de esos métodos de enseñanza dependerá que los nuevos Estados de la América que fue española, caminen por las vías del sólido progreso intelectual que necesitan, y lleguen á formular en los dominios de la ciencia el rumbo del pensamiento propio que ya se impone á sus intereses. Hasta ahora, puede decirse, no existe sino un mar de poe-

tas. No son baldíos. Ellos, en su confraternidad internacional, mantienen el fuego santo de unidad y cohesión que es en estos momentos la primera necesidad que se impone á la personalidad é independencia de aquellos jóvenes pueblos salidos de nuestra sangre.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DE
INVESTIGACIONES

LA LITERATURA MODERNA EN FRANCIA

I

No ha visto la luz en España, que yo sepa, libro alguno sobre el interesante asunto que compendiosamente voy á tratar. De vez en cuando se publican artículos sobre autores franceses; pero tienen carácter de noticia ó de impresión: á lo sumo, de estudio fragmentario. Los contados trabajos dignos de mención que podrían citarse comprenden sólo determinados períodos, considerándolos desde puntos de vista especiales. Aquí me propongo abarcar en su conjunto el arte literario francés desde fines del siglo pasado—momento en que se transformó, rompiendo el ideal clásico el empuje del romanticismo—hasta nuestros días.

Si bien reconozco que es artificiosa la división por siglos, en este caso el hecho inmenso de la Revolución y sus consecuencias marcan una línea divisoria tan profunda, que se impone. En descomposición la sociedad antigua y en formación la actual, aparece la nueva literatura, fruto de los nuevos tiempos, creación de la historia. Francia recoge una corriente internacional, la del romanticismo, y por el ejemplo y las armas envía otra corriente revolucionaria y política á Europa y al mundo.

Cien años de literatura son los que aquí reseñaré; ¡y qué centuria! No la conozco de vida más intensa, ni en que más rápidamente se sucedan las transformaciones, no ya del gusto, del ideal estético—aunque bajo el aspecto del cambio, y aun de la oposición, se escondan las consecuencias de un mismo principio y el desenvolvimiento de un mismo germen. ¡Siglo magnífico! Otros habrán producido figuras literarias más sólidas en su grandeza: ninguno tan rica y varia colección de poetas, pensadores y *sentidores*—pase el neologismo.—Otros siglos, en determinada dirección, habrán volado más alto; ninguno caminado en todas tan infatigablemente. Otros siglos han tenido musculatura más recia, salud mental más robusta; ninguno tan delicada nerviosidad, ni psicología tan complicada y honda. Injusto era el poeta francés que calificó á su siglo de caduco, y á su edad de tardía: el romanticismo indica, por el contrario, el brote de una juventud enfermiza si se quiere, pero ardiente y soñadora como no habrá otra jamás.

Si por lo que mueve á intentar una labor el no haber sido de nadie emprendida tiene excusa suficiente mi empeño, acaso podría este trabajo calificarse de útil, mirando á la influencia que en España ejerce desde el siglo pasado la literatura francesa. Aquí el clasicismo y el enciclopedismo habían encontrado favorable acogida en las clases ilustradas y pudientes; el romanticismo se extendió más, y, cundiendo como la mancha de aceite, lo empapó todo. La plenitud de acción de la literatura francesa sobre la española se ejerció de principios á mediados de este siglo. Acaso hoy va disminuyendo, pero sin que ninguna otra influencia de cultura general la reemplace, y sin que tampoco este fenómeno de minoración del influjo francés tenga por causa un florecimiento de casticismo superior al que hace veintitantos años, con la Restauración; antes fue último destello del sol poniente que aurora de un día glorioso.

Todavía puede afirmarse, sin embargo, que de la producción extranjera, apenas conoce España sino lo que viene de

Francia. Quien lo dude, gire una visita á las librerías españolas, y, si á tanto alcanza, registre también las inteligencias y observe de qué jugo están nutridas. Y no hablemos de la América española, donde el culto y la imitación de los maestros de la literatura francesa han llegado á extremos lamentables, viciando y corrompiendo en las producciones de los escritores jóvenes la forma y hasta la esencia. Quizás para esa generación, subyugada por sus admiraciones hasta sacrificarles la independencia, prenda á todas superior en el orden intelectual y también en los demás órdenes de la vida, ofrezca algún atractivo y provecho un estudio sereno y breve de las escuelas novísimas y de sus orígenes. Tal es el fin á que he mirado al recoger, coordinar y completar estos apuntes, base de mis lecciones en la Cátedra de Literatura extranjera moderna en la Escuela de estudios superiores del Ateneo científico y literario de Madrid.

EL ROMANTICISMO

I

ORÍGENES.—JUAN JACOBO ROUSSEAU.—BERNARDINO DE SAINT-PIERRE.
ANDRÉS CHÉNIER.—CHATEAUBRIAND.

Si la palabra *romanticismo* se ha definido de mil modos, y en todos ellos hay su parte de verdad; si para unos es la juventud en el arte, para otros la infracción de las reglas, para Víctor Hugo el liberalismo, para la Stäel la sugestión de las razas del Norte, y para un crítico moderno—perogrullescamente—lo contrario del clasicismo, con la historia en la mano no puede negarse que, al menos en su primer período, el romanticismo en Francia representa, entre otras secundarias, tres direcciones capitales: la apoteosis y sentimiento de la naturaleza, el individualismo y el renacimiento religioso.

Es un fenómeno muy complejo y no cabe en él la coexistencia del soñador romanticismo alemán, del tradicionalista romanticismo español, del aristocrático y altanero romanticismo inglés, del romanticismo patriótico italiano, y dentro de cada uno de esos romanticismos nacionales, de centenares de romanticismos individuales, acaso los más legítimos, transmisibles á la colectividad por modo misterioso. De puro sabido es vulgar decir que el romanticismo literario moderno apareció en tierra sajona antes que en los países latinos; pero en Francia se dió el caso de que, mientras los que indagan las condiciones peculiares del genio francés estiman que son opuestas al romanticismo y de molde para lo que llama Brunetière la formación del ideal clásico, los hechos demuestran cómo la tradición literaria y artística francesa en la Edad Media, desde las canciones de gesta y los libros de caballería hasta las iglesias góticas, es romántica pura, y los afiliados al Cenáculo romántico, al ir á contemplar á la luz de la luna las torres de Nuestra Señora, no hacían más que eslabonar el presente al pasado.

La corriente del Renacimiento arrolló el romanticismo medioeval, y al salir del período de imitación clásica y erudita, aparecieron en Francia de realce ciertas cualidades, por las cuales ha solido caracterizarse la nacionalidad literaria francesa. Dotes de claridad, de exquisito gusto, de amabilidad, de buen sentido, de equilibrio, disciplina y orden en la composición y trabazón de las obras; condiciones que podemos llamar *antirrománticas*, brillaron en la literatura francesa durante sus siglos de oro, el XVII y la primera mitad del XVIII. La agitación intelectual que precedió á la tremenda crisis revolucionaria, vino á romper la majestuosa armonía de aquella noble y elegante literatura, y en parte alguna el romanticismo llegó tan á su hora como allí, brotando sobre el terreno candente, removido y empapado en sangre.

No falta hoy en Francia quien pretenda derivar el romanticismo de los propios clásicos del siglo XVIII, encontrando

en la delicada psicología de Racine, en el nihilismo cristiano de Blas Pascal, en el sentimentalismo de la *Calipso* de Fenelón, en la solemne melancolía de Bossuet, anillos de la cadena. Para el que ve desde afuera y sin prurito de amor propio nacional, el romanticismo francés nace en el siglo XVIII, con Juan Jacobo Rousseau, Bernardino de Saint Pierre, y una novela del abate Prevost, *Manon Lescaut*. No olvidemos una influencia prerromántica, insinuante como el olor de la violeta, y más moderna de lo que se cree, porque exaltó la sensibilidad en una época de seca galantería y helada corrupción: me refiero á las *epistolistas*—del género de la señorita de Lespinasse—(1), autoras de cartas apasionadas, mujeres que presintieron el código moral de toda la dilatada progenie de Rousseau: la consagración del sentimiento, la santidad de la pasión, el lirismo individualista que hace de un corazón eje y centro del mundo.

La Enciclopedia, ó con mayor exactitud, el espíritu enciclopédico, que es centrífugo, irradiando fuera de la nacionalidad, servía de puente entre la época gloriosa de los últimos clásicos y la naciente ebullición romántica. Si á primera vista parece lo más opuesto al romanticismo, realmente no hay salto: es transición perfectamente caracterizada la Enciclopedia. El instinto de independencia del escritor, reprimido bajo la protección de la monarquía, se revela en la empresa enciclopédica, y desde entonces las letras son un poder social, una fuerza libre. También desde entonces la cultura europea las penetra y las modifica profundamente. El pensamiento literario y científico de Inglaterra se enseñorea de Francia por medio de los enciclopedistas.

A su generación pertenece el que por unánime parecer de los críticos puede gloriarse de haber iniciado el romanticismo: el influyentísimo y contagioso Juan Jacobo Rousseau (2).

(1) Las cartas de la señorita de Lespinasse no vieron la luz hasta 1809.

(2) Juan Jacobo Rousseau. Nació en Ginebra en 1712. Murió en Ermenonville en 1778.

No cabe aislar en Rousseau los escritos y el carácter, porque nadie se retrató y tradujo al escribir como el autor de las *Confesiones*. No se le puede leer con desinterés; se le ve en cada párrafo. No infunde estimación, y á veces la misma simpatía se trueca en repugnancia; otras subyuga y persuade á fuerza de elocuencia y de esa ingenuidad que atrae irresistiblemente, aunque subleve al llegar á los límites del cinismo. Sus miserias físicas y morales ayudaron al desarrollo de su genio; por tal procedimiento forma la naturaleza las perlas, hiriendo y enfermando el nácar de la valva perlífera. Plebeyo en una sociedad linajuda; pobre en una época de sensualismo; vagabundo, envilecido, depravado, aquí lacayo, allí dómine, casi siempre vago sin oficio ni beneficio; mortificado en su amor propio, magullado en su ingénita soberbia, enfermo desde la cuna y con una mente que envenenaba los goces aun no gustados; presa del delirio de persecución y las negras sospechas que engendra la vesania, diríase que nació Juan Jacobo para enseñar á todo un siglo la triste ciencia de devorarse el corazón y para suscitar la juventud *que no ríe*, los aburridos, los fatales, los frenéticos y los suicidas. Con tanto como se ha hablado de la carcajada estridente y del gélido excepticismo de Voltaire, es preciso reconocer que, descartada la broza de sus ya caducas impiedades, Voltaire ofrece una lectura más sana y fortificante que Rousseau. Sin embargo, el heraldo de los tiempos nuevos en literatura no es el gran prosista autor de *Cándido*, sino el poeta en prosa autor de *La Nueva Heloisa*.

Uno de los procedimientos seguros para definir el papel y oficio que desempeñó Juan Jacobo es compararle á Voltaire, que le disputaba la dirección del siglo. Voltaire se lee con más gusto que Rousseau á sangre fría; pero adviértase que el siglo empezaba á perderla, y á sentir obscura y dolorosa gestación de impulsos y necesidades que Rousseau se encargaba de expresar. Voltaire tenía brillante ingenio, Juan Jacobo carecía de él; Voltaire reía de todo con efusión maliciosa, Juan Jacobo tomaba en serio hasta los detalles grotescos de la comedia

humana y de la patología; Voltaire resplandecía de sentido común, Juan Jacobo no llegó á sospechar su existencia; en fin, y para no alargar desmedidamente el paralelo, Voltaire era un genio masculino, y Juan Jacobo, en un rasgo de lucidez crítica, dijo de sí mismo que tenía alma afeminada. Esa alma afeminada, tan pronto pasiva y resignada hasta la dulzura infantil como vehemente y tempestuosa hasta el delirio, es justamente el alma *romántica* por excelencia.

Hablo del alma de Juan Jacobo antes de hablar de sus escritos, porque sus escritos son puramente manifestaciones de esa alma turbia, á la vez acibarada y melosa; y el carácter de enérgica expresión individual de tales escritos ratifica su derecho á inaugurar el romanticismo. Un muchacho humilde, hijo de un relojero ginebrino, especie de Gil Blas de Santillana; un literato hambrón que vive de copiar música, llega á ser ídolo de su siglo, únicamente por haber sabido revelarse á sí mismo algunas páginas vibrantes de lirismo y sinceridad. En tanto que Voltaire, Diderot, d'Alembert, los Enciclopedistas, querían recorrer á galope la vasta extensión de los conocimientos humanos, crear la Suma moderna, Rousseau ahondaba en su propia alma y les vencía. La revolución política y social, anunciada y preparada por los Enciclopedistas, vino impregnada de Rousseau: ¿y qué diremos de la revolución literaria?

Un fenómeno moral provocante á risa, manantial de donaires para la musa cómica, fue, si no el único, el principal factor literario en Rousseau: la timidez. Temperamento muy combustible, espíritu sentimental—digan lo que quieran algunos críticos empeñados en negar á Rousseau hasta las cualidades de sus defectos,—sólo en la literatura acertó á revelarse. Cohibido siempre ante las mujeres, y más cohibido cuanto más prendado, buscó desahogo en la música y en la página escrita, y así, finalmente, pudo conseguir la completa expansión presentida en la juventud y ansiada con entera conciencia en la edad madura. «Hago—decía en sus *Confesiones*—lo que no hizo nadie: mi ejemplo es único; nuestro patente mi interior, tal

cual lo has visto tú, oh Ser Supremo.» Y es verdad: antes de Rousseau no existían *pelicanos*. Después sí: larga serie de poetas veremos desfilar, arrancándose las entrañas para ofrecerlas al público sangrando aún.

No queriendo citar de ningún autor sino las obras realmente significativas, de Rousseau señalaré las siguientes: *Discurso sobre las ciencias y las artes*—*Discurso sobre el origen y fundamentos de la desigualdad*—*Carta sobre los espectáculos*—*Emilio*—*La Nueva Heloísa*—*El Contrato Social*—*Las Confesiones*. Los cuatro últimos son libros fundamentalmente innovadores y disolventes: crean una época, barren la anterior. *Emilio* desbarata la antigua pedagogía; *La Nueva Heloísa* abre senda á la pasión y entierra la galantería caduca, con ritornelos de minué; *El Contrato Social* prepara la obra de la Convención y la declaración de los *Derechos del hombre*; las *Confesiones* fundan el subjetivismo romántico. No puede hacerse más con menos derroche de tinta.

Y cabe añadir: con menor cantidad de ideas. Contadas, —pero de extraordinario dinamismo en aquel momento,—fueron las ideas propagadas por Rousseau, ó si se quiere sus utopías. En distinta forma que Diderot, afirmaba la inocencia primitiva del hombre y un estado anterior á la civilización, en que todo era paz, pureza, armonía y virtud. La sociedad se encargó de pervertir á un ser venturoso y noble, muerto para la dicha y el bien desde que trocó la vida de desnudez en las selvas por la ignominia del traje. La cultura es el mayor enemigo de la verdad. Las ciencias y las artes, la literatura, los teatros, los museos, cuanto creemos que embellece el existir, lo corrompe y deprava. Tal fue la tesis de Rousseau, y no es mucho que Voltaire, con la ironía de su buen sentido, dijese que al leer tales lucubraciones entraban deseos de ponerse á cuatro patas.—La gente hizo más caso al utopista que al cuerdo. De esta concepción de los orígenes de la sociedad, que no parece sino inspirada en el que Cervantes llama inútil razonamiento de Don Quijote á los cabreros (tan acorde con las

doctrinas de Rousseau hasta en lo referente á moral sexual), se derivó la filosofía del derecho político del *Contrato*, el individualismo socialista, la negación de la autoridad y de la propiedad,—la protesta que lógicamente había de formular el ciudadano suizo contra el jerárquico Estado francés.—Debe tenerse en cuenta que Rousseau no era realmente lo que se llama un revolucionario; no aconsejaba que se destruyese, antes que se conservase, lo existente; bien se lo echaron en cara sus amigos de un día, los que entonces ostentaban el calificativo de *filósofos*, y que, al contrario de Rousseau, creían firmemente en la necesidad de la convulsión política, en el advenimiento de tiempos mejores y en el triunfo final de la razón, por la libertad, panacea soberana. La oposición entre la democracia y el socialismo estaba iniciada desde el disenti- miento de Rousseau y los enciclopedistas, y Proudhon no necesitó, para emitir su famoso axioma, sino empaparse en el Discurso sobre el *Origen y fundamento de la desigualdad*.

El *Contrato* supone que el hombre, al asociarse—con plena conciencia de sus derechos—ha pactado y estipulado condiciones. «Es — escribe Pablo Albert (1), severísimo censor de Rousseau—la supresión de la libertad en pro de la igualdad; la Esparta de Licurgo propuesta como ideal; la intolerable confusión de las sociedades modernas con las antiguas. Los ciudadanos espartanos tenían esclavos..... nosotros no; los esclavos sufrían el peso de la asociación, sin formar parte de ella.» A pesar de fundarse en una hipótesis gratuita, la acción de *El Contrato* fue inmensa y duradera, así en los hechos históricos como en el pensamiento científico. Un sabio profesor español, Dorado Montero, ha podido decir con exactitud que fue el influjo de Rousseau tan absoluto y visible, que no hubo pensador que se sustrajera á él, aun los que se proponían combatirlo; hallándose no pocos economistas y filósofos contem-

(1) *La littérature française au dixhuitième siècle.*

poráneos, no inspirados, saturados de la doctrina de *El Contrato social*.

En la misma tesis que los *Discursos* y *El Contrato*, hállase inspirado el *Emilio*. Puesto que el hombre nace bueno y es la sociedad la que le pierde, la mejor pedagogía será la que más le aproxime á la naturaleza. Dejar al niño entregado á sus instintos; suprimir castigo y premio; no darle enseñanza religiosa, ni científica, ni literaria. Al lado de tan extraño sistema, que convertiría al alumno en un Segismundo, criado como las fieras, hay en el *Emilio* algo muy provechoso á la generación que tan ávidamente leía y con tal fanatismo se dejaba guiar por la novela pedagógica de Rousseau. No me refiero á los preceptos concernientes á la lactancia materna, al aprendizaje de un oficio manual (1), ni á la enseñanza intuitiva— aunque nadie pueda negarles originalidad en aquel momento: —aludo al sistema de fomentar el desarrollo físico y las energías vitales en el alumno; porque si bien se mira, y descartando afectaciones hoy candorosas, lo que se deduce del *Emilio* es la obediencia á las leyes naturales, y la máxima de que la *institución humana* debe anteponerse, y en último caso, sobreponerse á la *institución científica*. No he menester añadir que este principio late y predomina ya en los sistemas de educación de los países más vigorosos, por ejemplo, Inglaterra, y que en muchos respectos Spencer es discípulo de Rousseau.

Considerando que el talento de Rousseau está más condicionado por los impulsos de la voluntad (en cuanto sentimiento) que por el raciocinio, no parecerá extraño que los libros suyos que conservan mayor frescura, sean aquellos en que ni aun pretende filosofar: una novela y una autobiografía: *La*

(1) Puede parecer curioso, como señal del eco prolongado que despertaron los escritos de Rousseau, que todavía las doctrinas del *Emilio* hayan sido causa de que el conde de Pardo Bazán, padre de quien esto escribe, á la vez que estudiaba Derecho, aprendiese el oficio de encuadernador.

Nueva Heloisa y las *Confesiones*. Aunque el lirismo sensual de Rousseau asoma su oreja de fauno en otros escritos, en estos se ostenta con indecible seducción agitadora, más peligrosa cuando el romanticismo iba á caer como rocío de fuego. Los que hoy leemos á Rousseau, estamos, por decirlo así, vacunados mediante una sueroterapia de lecturas sugestivas, y antes que á contagiarnos propendemos á notar y satirizar el énfasis risible, la fraseología anticuada, la declamación, todo lo que marchita y encanece á un libro recargado de las sensiblerías de la época que, entre apologías de la inocencia y la virtud, iba á recibir de los Saint Just y Robespierre, lectores de Rousseau, el bautismo de sangre; y con todo eso, en ciertos pasajes, por ejemplo, la Carta XIV y la XXXVIII de la primera parte de *La Nueva Heloisa*, ó los recuerdos de la infancia en las *Confesiones*, nos sentimos subyugados y comprendemos la fascinación. La novela psicológica y pasional, que ha llegado actualmente á perfección intachable, no tiene el calor y la sinceridad íntima de *La Nueva Heloisa*, sin duda utopia extravagante y quimérica, pero, en su primera parte, filtro. La vivacidad de las pinturas, que nunca rayan en impudor ni menos en grosería, debió de parecer, y era, decencia y delicadeza, en aquel siglo acostumbrado al desenfreno del estilo y á los madrigales eróticos; y Julia y Saint Preux trajeron una ráfaga ideal.

Es verdad trillada que á un escritor no se le comprende si no se le coloca en el ambiente de su época. Juan Jacobo, dado el tiempo en que vivía, no fue libre en la frase, si exceptuamos algunos pasajes de subida crudeza que se encuentran en las *Confesiones*. Su estilo revela, por el contrario, prurito de elevación y nobleza. A no ser así no se explicaría que subyugase la imaginación de las mujeres, encontrando en ellas rendidas admiradoras, sectarias incondicionales. Y no eran las mujeres del siglo de Rousseau ovejas del dócil rebaño, sino seres inteligentes y apasionadísimos. De Rousseau aprendieron el romanticismo de la maternidad, y las dos más ilustres

de Francia en este siglo, la Stäel y Jorge Sand, en Rousseau se moldearon, sin hablar de aquella animosa Roland, que reprodujo fielmente el tipo de *Julia*.

El estilo de Rousseau, musical y pintoresco, sujeto á la retórica de su época, la sufre impaciente y se desborda. Él hizo de la prosa y de la poesía dos hermanas siempre en litigio: la que llamamos prosa poética, con sus bellezas y defectos, es creación de Rousseau; la veremos llegar al límite de la sonoridad y del colorido en la pluma de Chateaubriand.

El ansia de expresar afectos y sueños que en la vida real la timidez comprimía dolorosamente; la protesta contra una sociedad á la cual oponía el estado primitivo, la idílica edad de oro, y el deísmo exaltado, el culto del *Ser Supremo* contra el de la *Diosa Razón*; estas tres formas del sentimiento y del pensamiento de Juan Jacobo, se reúnen para crearle iniciador del culto de la naturaleza, cuya vista y contemplación le causaba transportes semejantes á los transportes amorosos. También la afición al campo, para decirlo llanamente, se ha vulgarizado, y ha llegado á ser patrimonio del último burgués; pero entonces la jardinería, como la pedagogía, se encerraba en un conjunto de reglas para recortar, alinear, desfigurar en suma la obra de Dios, y no era dogma establecido que el paisaje más hermoso es el más intacto. Sentir el campo como se siente la música, que arrulla y excita, que produce simultáneamente languidez y embriaguez, tampoco era entonces costumbre ni aun de los que se pasaban la vida rimando mitológicas simplezas. Rousseau trajo la llave de oro de un mundo mágico. Por vez primera un paisaje escrito fue un estado de alma. Sobre el lienzo Watteau había dado esta nota de profunda poesía: Rousseau la dió en el papel, abriendo la misma senda á pintores que habrían de sobrepujarle en fuerza descriptiva y en resonancias del alma de las cosas: Bernardino de Saint Pierre y Chateaubriand. No fue en Rousseau un lugar común de retórica aquel sentimiento de la naturaleza que comunicó á la literatura. Hay críticos que señalan como fecha memora-

ble para la renovación literaria la del día en que madama de Warens dijo á Juan Jacobo, señalando á una florecilla azul: «¡Pervinca!» grito que Juan Jacobo repetía enajenado muchos años después. Y es que para su imaginación era un sortilegio la naturaleza. Él nos lo dice, en uno de sus momentos de plena sinceridad: «Mi fantasía, que se exalta en el campo y bajo los árboles, languidece y sucumbe en la habitación, bajo los pontones de un techo. Muchas veces he lamentado que no existiesen Driadas; de seguro que entre ellas me hubiese fijado yo».

Bernardino de Saint Pierre nació en el Havre en 1837; murió en Evagny en 1814. Aunque menos influyente que Juan Jacobo, el autor de *Pablo y Virginia* es tipo expresivo como pocos; en él se ve con claridad la transición del siglo XVIII al XIX. He aquí la fácil genealogía literaria de *Pablo y Virginia*: esta novela es hija de *Robinson*, madre de *Atala* y abuela de *El casamiento de Loti* y *La señorita Crisantelmo*. En las letras, como en la naturaleza, no hay generación espontánea ni saltos: todo libro nace de otro libro, toda idea de otra idea, sin detrimento de la verdadera originalidad, que consiste en el *carácter individual* de las obras.

Bernardino de Saint Pierre aplicó al amor la utopía de Rousseau, pintando el amor en el seno de la naturaleza, lejos de la sociedad, que todo lo marchita y corrompe. Los criollos Pablo y Virginia, inocentes capullos acariciados por la brisa de los trópicos, cargada de aromas de limonero en flor, al ponerse en contacto con la sociedad sucumben. Tal es el asunto del idilio que hizo derramar lágrimas al oficial de artillería que se llamaba Napoleón Bonaparte. El autor traducía en el tierno episodio, entresacado de los *Estudios de la naturaleza*, sus propias aspiraciones: toda la vida soñó Bernardino poseer una isla desierta como la de *Robinson*, fundando en ella una colonia para refugio de las gentes desgraciadas, *virtuosas* y *sensibles*—la jerga de entonces,—y ejerciendo la dictadura; quimera que estuvo á pique de convertirse en rea-

lidad cuando esperaba de la gran Catalina de Rusia, enamorada de él según dicen, una concesión de terreno á las márgenes del lago Aral, donder enovar la edad de oro é instituir el Edén. Aunque misántropo y alucinado como Juan Jacobo en la segunda mitad de su vida, no fue tan amargo ni tan receloso Bernardino; conoció afectos de familia sinceros y dulces, y su inspiración pastoril, oreada por el soplo de la musa de Virgilio, hizo de él un incomparable paisajista. Sus paisajes son sobrios, finos de color (como diríamos hoy), dulces, blandos; sus comparaciones siempre felices y apropiadas, y su fantasía casta, melancólica y riente á la vez. Modelo de belleza tomada directamente de la naturaleza misma es aquel encantador pasaje referente á la niñez de Pablo y Virginia, aquella intimidad en la cuna que les predestina, por decirlo así. Todavía hoy se lee con delicia la comparación de los dos brotes de árbol y el medallón de miniatura de los dos niños «desnudos, que apenas pueden andar, cogiditos de la mano y por los brazos, como suele representarse la constelación de Géminis».

Del que escribió un idilio tan tierno y supo despertar la sensibilidad y hacer derramar más lágrimas por la criolla Virginia que nunca fueron derramadas por la griega Ifigenia, se ha dicho lo mismo que de Rousseau: que su vida estaba en abierta contradicción con sus escritos, su estilo con su verdadero carácter. Apologista del amor puro y desinteresado, Bernardino de Saint Pierre, por cuenta propia se pasó la mocedad y aun la edad madura buscando boda fastuosa, mujer rica é ilustre. Sus viajes, su hermosa presencia, le prometían en tal aspiración feliz suceso; pero lo cierto es que Bernardino de Saint Pierre consiguió triunfos de galantería, sin lograr el casamiento brillante con que soñaba. Si la princesa rusa María Miesnik accede á santificar ante el ara unas relaciones secretas, es probable que los *Estudios de la Naturaleza* jamás hubiesen visto la luz.

Lástima grande sería, porque Bernardino de Saint Pierre, cuyo mal sino literario — dice con razón un eminente crítico

—ha sido llegar á la palestra después que Rousseau y antes que Chateaubriand, es superior á aquél por la precisión y acierto del pincel, y á éste por la suavidad y delicadeza del sentimiento. Muy olvidado está hoy, y hasta puede decirse que una capa de ridículo ha recaído sobre las deliciosas escenas de la historia de *Pablo y Virginia*; pero ¿acaso se lee más la *Nueva Eloisa*? ¿Acaso el ardoroso episodio de *Veleda*, acaso los amíos y la muerte de *Atala* no duermen en el mismo cenotafio, donde, excepto algunas obras contadas y señaladísimas del humano ingenio, paran todos los libros que un día agitaron el espíritu y concretaron el ensueño de una generación? Cada libro eficaz produce un movimiento, hace pensar ó sentir, ó las dos cosas á la vez, y, causado lo que causar debía, va primero á la penumbra, luego á la sombra. Su efecto continúa, manifestado en otros libros, en la impulsión general de una época. La primer prolongación visible de la escuela de Saint Pierre, son Chateaubriand y Lamartine.

Lo mismo que Rousseau, Bernardino de Saint Pierre era deísta, admirador de la obra divina, convencido de su finalidad, que predicaba sin descanso: y estos deístas de fines del siglo XVIII, de un racionalismo optimista y reverente, fueron precursores de la gran reacción católica, que trajo de la mano el romanticismo. En sus *Estudios de la Naturaleza* Bernardino de Saint Pierre fustigaba á los ateos, y esta obra, demostración sistemática del orden providencial en lo creado, vino á su hora, antes del *Genio del Cristianismo*; no es extraño, sino característico de aquel momento, que, por ella, el clero pensase señalar á Saint Pierre una pensión, considerándole el mejor apologista y el mejor argumento contra los Enciclopedistas y Buffon.

Entre los precursores del romanticismo hay quien cuenta á Andrés Chénier (1): yo no veo en él, salvo el espíritu de inde-

(1) Andrés María de Chénier. Nació en Constantinopla en 1762; murió en París en 1794.

pendencia, elemento romántico alguno (1). En los parnasianos modernos podría comprobarse influencia suya: no en Chateaubriand, ni en Lamartine, ni en Vigny, ni en Hugo. A pesar de la autoridad de Sainte Beuve, que no se equivocó en esto sólo, y que por otra parte multiplica los distingos; á pesar del culto que algunos románticos consagraron á la memoria de Chénier sin imitarle, el autor del *Oaristis* no es sino el último clásico, si esta palabra no se toma en un sentido estrecho y no se reduce á lo que significaba allá por los años de 1830, entre el fragor de la batalla. El error de afiliár á Chénier en la falange romántica tal vez nace del dramático fin del poeta. Precursor nunca podría haberlo sido: sus poesías no vieron la luz hasta un cuarto de siglo después de su muerte; y antes de su publicación se escribieron las *Meditaciones* de Lamartine. Que se recibiesen con admiración las poesías de Chénier, nada tiene de extraño; al fin picaba más alto que el criollo Parny y que Delille: era justo saludar á aquella musa semi-helénica, vigorosa, estatuaría, joven con la eterna juventud de la hermosura y de la serenidad griega, graciosa y tierna al estilo de la antigüedad, y vibrante además, como moderna al fin, como impregnada, á pesar de un ideal de tranquila moderación, de las esperanzas y los dolores de su edad. Mas de esto á que influyese en el romanticismo, de esto á que apareciese renovando la poesía francesa, va gran distancia, aun consideradas sus innovaciones rítmicas y reconocida en él más libertad de forma que en el mismo Lamartine. Lo romántico de Chénier fue su muerte. Cada período literario tiene sus modas, y así como en tiempo de Rousseau y Bernardino de Saint Pierre se llevaban las islas desiertas ó pobladas de virtuosos salvajes, en 1820 se estilaban los poetas incomprende-

(1) La opinión que aquí formulo sobre Chénier es la misma que figura en mis Lecciones del Ateneo, profesadas hace más de tres años. Me ha confirmado en ella ver que es la del eminente Brunetière, en obras recientes como el *Manual* de Historia de la literatura francesa.

dos y sacrificados: Chénier se convirtió en el «cisne que asfixia la sangrienta mano de la revolución:» Así le pinta Alfredo de Vigny, en su novela simbólica *Stello*. Y es el caso que el cisne, según refieren sus biógrafos (1) era un hombre asaz feo, atlético, robusto; que la Revolución no le arrancó de su nido para acogotarle, pues él estaba metido hasta el cuello en la batalla, y era punto menos revolucionario, aunque no fuese terrorista, que los que le enviaron á la guillotina. Bella es la muerte de Andrés Chénier, y digno de un contemporáneo de Leónidas el modo como la arrostró, despreciándola; pero en nada se parece al lánguido cisne del romanticismo el que escribe desde la prisión: «Sólo siento morir sin revolcarles en el fango, sin vaciar la aljaba.» «Oh mi tesoro, pluma mía, hiel, bilis, horror, númenes de mi existencia! ¡Sólo respiro por vosotros!»

Si el vino poético de Andrés Chénier procede de un ánfora antigua, su pensamiento es de su tiempo, y lo es hasta en los resabios y amaneramientos, marca indeleble del siglo XVIII; late en él el espíritu de la Enciclopedia. Chénier era, dice Chênedollé, *ateo con delicia*; uno de aquellos ateos estigmatizados por Bernardino de Saint Pierre y Rousseau. La fe le parecía superstición, los sacerdotes embaucadores de oficio; y para que no le falte ningún requisito de su época, uno de aquellos ardientes metales que Chénier tenía preparados con el fin de fundir campanas rivales del trueno; era un poema condenando las tropelías y atrocidades de los españoles en América, por lo cual debemos congratularnos de que tan denigradora y calumniadora campana no haya llegado á fundirse, y repetir, por distinta razón, las palabras de Alfredo de Vigny: «Me siento consolado de la muerte de Andrés Chénier, ahora que sé que el mundo que se llevaba á la tumba era un poemazo interminable titulado *Hermes*. Iba á desmerecer; allá arriba lo sabían, y le pusieron punto final.»

(1) Paul Albert: *La littérature française au XIX^e siècle*.

Baste á la gloria de Andrés Chénier, más que el dudoso título de precursor del romanticismo, el legítimo dictado de gran palafrenero del caballo Pegaso en el siglo XVIII. A no ser por Chénier, tal siglo podía calificarse de prosáico; Chénier le redimió de la nota de esterilidad y sequedad en la poesía rimada. El siglo, considerado en sí mismo, en su hervor de ideas, de quimeras, de utopias, encerraba materia poética suficiente. Aislado Chénier entre sus contemporáneos por el anhelo de buscar la antigüedad en sus veneradas fuentes, y de coser, como él declara, retazos de ajena y noble púrpura á su manto, se enlaza con su época, pasando por el Renacimiento, por la íntima complexión de su alma. Los horizontes que se abrieron al arte después de la Revolución, ni sospecharlos pudo Chénier.

Aunque en Francia existía, desde la Edad Media y desde la pléyade ronsardiana, fuego escondido de romanticismo, Dios sabe cuánto tardaría en producirse la erupción del volcán, á no ser por los cataclismos políticos y sociales que cuartearon la tierra. Para reconocerlo, es preciso recordar el estado de Francia antes de 1793, y cómo lo que después se llamó *antiguo régimen* había formado á su imagen y semejanza la literatura. Cierto que en los últimos años del reinado de Luis XV y en el de Luis XVI principió á disolverse la unidad y á alterarse la armonía; pero, con grietas y todo, estaba en pie el sólido edificio, y pasmaba la regularidad de sus columnatas, la grandeza de sus pórticos, la elevación de sus techos de cedro, la majestad de sus cúpulas de mármol y la elegancia de sus estatuas y vasos de alabastro, enredados de floridas guirnaldas. Sin figuras: Francia, antes de la Revolución, era coherente, redonda, católica, monárquica, académica, cortesana, culta, sujeta naturalmente al principio de autoridad en los diferentes órdenes de la vida; su literatura, fruto de semejante estado social, tenía, por lo mismo, hondas raíces, era nacional y orgánica. Las revoluciones no se cuidan de renovar las letras, y ellas se renuevan sin embargo; los revolucionarios

rios en política suelen ser conservadores y hasta reaccionarios en literatura, y no les vale; si la república roja trajo una literatura nueva, fue por casualidad, á despecho del clasicismo y del arcaísmo á que rendían parias los terroristas; pero lo que sólo pudieron anunciar Rousseau y Bernardino de Saint Pierre, lo trajo por fin la Revolución con las matanzas, el regicidio, la proscripción de la nobleza, las guerras civiles y de la frontera, la mascarada del Directorio y la epopeya del Imperio.

Este período histórico de la Revolución es sobrado conocido en su grandeza y en su puerilidad, en sus rasgos sublimes y en sus abusos detestables, para que lo reseñemos. Ni importa á mi asunto más que una consideración: la del estado moral de Francia cuando, desangrada y rendida, se entregó sin condiciones á Bonaparte. Que lo explique un elocuente párrafo de Lamartine: «Los terremotos causan vértigo: el pueblo, viendo derrumbarse á la vez el trono, la sociedad, los altares, creyó que venía el fin del mundo. El hierro y el fuego habían devastado los templos; la impiedad había renovado las persecuciones; el hacha había herido al sacerdote; la conciencia y la oración tuvieron que ocultarse como crímenes; *Dios era un secreto* entre el padre, la madre y los hijos; la persecución hizo al sacerdote simpático, la sangre santificó el martirio; escombros de templos cubrían el suelo y parecían acusar de ateísmo á la tierra. El mundo estaba triste como suele estar después de un gran sacudimiento; inquieta melancolía reinaba en la imaginación, y se esperaba un oráculo que revelase al género humano el porvenir.» En sazón tan propicia apareció el vizconde de Chateaubriand con el *Genio del Cristianismo* (1).

¡Cuán lejos de nosotros está ya el memorable libro! El autor mismo pudo presenciar su caída y lamentarla. «Publiqué

(1) Francisco Renato de Chateaubriand. Nació en San Malo en 1768; murió en París en 1848.

el *Genio del Cristianismo*—exclamaba, con mal reprimida amargura—entre las ruínas de los templos. San Dionisio yacía abandonado: Bonaparte no pensaba aún en que necesitaría sepultura. No se veían más que escombros de iglesias y monasterios, y se tomaba á diversión ir á pasearse entre los derribos..... Estos tiempos han pasado; veinte años han corrido; vienen nuevas generaciones; gozan de lo que otros prepararon, y no recuerdan lo que costó la lucha. Han encontrado á la religión libre de los sarcasmos de Voltaire; á los jóvenes atreviéndose á ir á misa; á los sacerdotes rodeados de respeto; y creen que el milagro se hizo solo, que en esto no intervino nadie.....»

Notemos, antes de proseguir, un rasgo de la figura de Chateaubriand. O mucho me equivoco, ó Chateaubriand es el primer ejemplo de un tipo que después ha cundido bastante, *el apóstol láico y obispo de levita*. Aún no he acabado de decirlo, y ya recuerdo diferencias marcadísimas entre Chateaubriand y los obispos de levita que conocemos; y me apresuro á corregirme á mí misma, declarando que Chateaubriand fue únicamente el primer escritor láico que tuvo carácter de apologista del cristianismo, y que el papel de *obispo de levita*, inadecuado á su condición, quisieron encomendárselo las pasiones de partido, ávidas de estrujar hasta la última gota aquel talento poderoso, que hizo en un solo día, con un puñado de hojas impresas, obra más universal que Napoleón volviendo á abrir al culto el templo de Nuestra Señora. No pudo Chateaubriand desempeñar el papel: no tenía las virtudes de un santo para confundir á sus enemigos, que tampoco eran santos; de aquí el descrédito inmediato de su obra apologética. Triste suerte la de estos libros de circunstancias, que, pasada la sazón, ni se les agradezca la oportunidad.

Recordemos de dónde venía el nuevo Padre de la Iglesia Chateaubriand, que cuando publicó el *Genio* tendría, poco más ó menos, la edad de Cristo, era un hidalgo bretón, de familia más rica en blasones que en hacienda, y por supuesto,

legitimista y católica. Su niñez corrió á orillas de un mar donde arrulla la triste sirena del Norte, ó bajo los centenarios árboles del castillo de Comburgo, residencia llena de nostalgia, al borde de un lago. Una de sus primeras lecturas fueron las de Juan Jacobo, que le calaron hasta los huesos: por mucho que renegase después de tal influencia, nunca pudo echarla de sí.

Predispuesto por la raza, la familia y el medio á la melancolía, y organizado para cultivarla, Chateaubriand aparece atacado,—desde el vientre de su madre, dice él, pero seguramente desde la pubertad—de ese padecimiento que se ha llamado *el mal del siglo*, aunque se encuentra bien diagnosticado en el Eclesiastés: el tedio, el hastío, la convicción de lo inútil y vano de la existencia, que Salomón conoció después de agotar placeres y grandezas, y Chateaubriand, más desgraciado, probó cuando apenas empezaba á vivir. Analizando el alma de *René*—dice su mejor biógrafo—se encontrarían tres resortes ó móviles esenciales: (1) el hastío, insaciable y tenaz, el deseo, rápido como un relámpago, y el honor caballeresco, que se traduce en orgullo. El que iba á reconciliar á su patria con el Cristianismo, empezaba por donde había acabado Rousseau; tenía ya sobre su conciencia una tentativa de suicidio,—además de un sueño incestuoso.

Cuando se embarcó para América, llevaba, ya que no las ilusiones saturnianas de Bernardino de Saint Pierre, por lo menos una viva esperanza de inventar tierras, de desflorar comarcas, de saludar, como admirador entusiasta de *Pablo y Virginia*, una naturaleza vírgen, que le brindase líneas y colores para su paleta. Inverosímil parece que Chateaubriand sólo pasase en el Nuevo Mundo, que tanto lugar ocupa en sus obras, ocho meses á lo sumo. Una noche, á la luz de la hoguera del campamento, leyó un pedazo de periódico que refería el

(1) Sainte Beuve: *Chateaubriand et son groupe littéraire*.

cautiverio de la familia real y los progresos de la revolución. Sin vacilar, el hidalgo legitimista regresó á Francia y se presentó en el cuartel general de los príncipes. Llevaba en su mochila el manuscrito de *Atala*. Enfermo, extenuado, poco faltó para que sucumbiese en una marcha forzosa; y Sainte Beuve, aunque severo para Chateaubriand, al relatar este episodio se pregunta á sí mismo, sobrecogido de respeto involuntario, ¡cómo sería el siglo XIX á faltar tal eslabón de la cadena, á perecer hombre tal antes de que el mundo le conociese!

Mal restablecido pasó Chateaubriand á Londres, donde escribió un libro, el *Ensayo sobre las revoluciones*, que era la escoria depositada en su mente por el siglo XVIII, escoria que necesitaba echar fuera; uno de esos libros exteriores á su autor—por decirlo así—que no revelan la personalidad, sino la presión atmosférica. La muerte de su madre, la de una hermana, le hirieron en el corazón; lloró y creyó, son sus palabras. Alguien ha negado la sinceridad de esta conversión nacida del sentimiento; yo la encuentro, dado el carácter altanero de Chateaubriand, mucho más verosímil que una hipocresía y una comedia repugnante. Que su fe no pudiese parangonarse con la de un San Agustín; que su catolicismo estuviese picado del gusano; que fuese muy débil y muy pecador *René*, nadie lo negará; sin embargo, su imaginación y su voluntad de artista pertenecen al catolicismo, y no hay medio de ver calculado embuste en protestas tan enérgicas hechas por tal hombre. «No soy—exclama—un incrédulo con capa de cristiano; no defiendo la religión como un freno útil al pueblo. Si no fuese cristiano, no me tomaría el trabajo de aparentarlo: toda traba me pesa, todo antifaz me ahoga; á la segunda frase, mi carácter asomaría, y me vendería. Vale poco la vida para que la rebocemos en una farsa. Y ya que por afirmar que soy *cristiano* hay quien me trata de *hereje* y de *filósofo*, declaro que viviré y moriré *católico, apostólico, romano*. Me parece que esto es claro y positivo. ¿Me creerán ahora los traficantes en

religión? No; me juzgarán por su propia conciencia.» Por lo menos, le creyeron críticos que no se pasan de candorosos, y la caridad nos mandaría que le creyésemos también, si la razón no bastase para enseñarnos que, á pesar de ciertas aleaciones sospechosas, la obra literaria de Chateaubriand cristiana, es, en conjunto, no pagana ni racionalista. Cristiana, como pudo serlo en la hora que Dios señaló á su aparición, providencial en cierto modo; y tan cristiana, que sólo por el cristianismo llegó al romanticismo, siendo así que en estética Chateaubriand no soltó nunca los andadores clásicos, ni vivió un minuto en la Edad Media, cuya belleza no comprendía.

De vuelta en Francia Chateaubriand, preparó la publicación del *Genio del Cristianismo*, y antes la del episodio de *Atala*, del cual luego hablaremos, y que todos los que escriben acerca de Chateaubriand comparan á la paloma del Arca portadora del ramo de oliva, así como el *Genio* representa el arco iris, señal de alianza entre lo pasado y lo porvenir. Fue la aparición del *Genio* un maravilloso golpe teatral; anuncióse al público la obra el mismo día en que Napoleón hizo que bajo las bóvedas de Nuestra Señora se elevase el solemne *Te Deum* celebrando el restablecimiento del culto. En aquella ocasión Chateaubriand llamaba á Bonaparte «hombre poderoso que nos saca del abismo»; verdad que entonces no había fusilado al duque de Enghien. El efecto del libro fue inmenso: ni había más oportunidad ni más acierto en la hora de lanzar una apología completa, poética y brillante de la religión restaurada. Con el *Genio del Cristianismo* Chateaubriand sentaba la piedra angular de aquel magnífico renacimiento religioso que se extendió á toda Europa, y que, por no citar más que nombres familiares, produjo en España la filosofía de Jaime Balmes y el genio de Donoso Cortés. Del gran impulso de Chateaubriand procedieron especies sociales que hemos conocido aun hace poco en España: de 1868 á 1875, pulularon aquí los *neocristianos* y los *católicos de salón*, y aún ruedan por el mundo, entre los literatos frustrados y los desesperanzados

artistas, muchos tataranientos de *René* atacados del mal salomónico. La supervivencia de estas especies demuestra qué prolongada vibración, qué enorme círculo en las aguas propagó el *Genio del Cristianismo*.

Como ya este libro no se lee, diré que es una apología ó demostración de las creencias religiosas por medio del esplendor de su hermosura. Divídese en cuatro partes. La primera trata de los misterios y sacramentos, de la verdad de las Escrituras, del dogma de la caída, de la existencia de Dios demostrada por las maravillas de la naturaleza—asunto favorito para un paisajista incomparable—y de la inmortalidad del alma, probada por la moral y el sentimiento. La segunda abarca la poética del cristianismo, de las epopeyas, de la poesía en la antigüedad, de la pasión, de lo maravilloso, del *Deux ex machina*, del Purgatorio y del Paraíso. La tercera trata de las Bellas artes: escultura, arquitectura y música; de las ciencias: astronomía, química, metafísica; de la historia; de la elocuencia; de las pasiones; la cuarta del culto, de las ceremonias, de la liturgia, de los sepulcros, del clero, de las órdenes religiosas, de las misiones, de las órdenes militares, y, en general, de los beneficios que al cristianismo debe la humanidad.

No cabe plan más vasto ni más alta ambición: es el mismo ideal de la Edad Media, la gran Suma, la Enciclopedia católica opuesta á la Enciclopedia negadora é impía; y en verdad que si Chateaubriand hubiese llenado este cuadro inmenso, en relación á nuestra edad, como Dante llenó el de la Divina Comedia en relación á la suya, Chateaubriand no sería un genio, sería un semidiós.

Si hoy recorremos las páginas de ese libro que removié á su época, que fue «más que una influencia», dice Nisard,—nos cuesta trabajo comprender su acción: sólo vemos sus defectos, la estrechez de sus juicios estéticos y literarios,—cuyo mezquino clasicismo demuestra hasta qué punto Chateaubriand era ajeno á las teorías del romanticismo, é inconsciente al fundarlo,

—la endeblez de las pruebas, la frialdad del estilo, lo trillado de los razonamientos, lo superficial de la doctrina. Es preciso, para que nos pongamos en lo justo, recordar que el *Genio del Cristianismo*, menos duro de roer que la *Divina Comedia*, no ha cesado de servir de texto fácil, y de ser diluío y saqueado en el púlpito y en la prensa católica, como advierte el mismo Chateaubriand; por eso nos parece que está atiborrado de lugares comunes, sin fijarnos en que no lo eran, sino, al contrario, novedades originalísimas, cuando aún enturbiaba el aire el polvo de las demoliciones de los templos. Una labor más fina, una dialéctica más acerada y altiva, una erudición sobria, pero más segura; una crítica más honda, un soplo más directamente venido de las cimas y del cielo, no conseguirían entonces lo que consiguió la obra de vulgarización religiosa de Chateaubriand.

Recibiéronla sus contemporáneos como la tierra seca recibe en estío el riego: la absorbieron con avidez. No hubo al pronto disidentes, ó si los hubo, no se atrevieron á levantar la voz; las críticas, algunas justas, fueron ahogadas; el *Genio del Cristianismo* armonizaba tan bien con las necesidades del momento, con las miras de Napoleón y con el temple conciliador del Concordato! La catolicidad de la obra cooperó á difundirla y á convertir un acontecimiento literario en acontecimiento religioso: cuando Chateaubriand, nombrado secretario de Embajada, pasa á Roma y solicita del Papa una audiencia, encuentra al Vicario de Dios leyendo el *Genio del Cristianismo*.

Nótese bien que un triunfo de esta clase no se parece á los triunfos literarios que presenciamos hoy. Ningún escritor moderno puede esperar que su mejor obra sea recibida como el maná; bien insensato el que soñase con el doble lauro de restaurar ó vindicar la religión y á la vez renovar la poética y las corrientes literarias. No se reproducirá probablemente el caso del *Genio del Cristianismo*: al contrario, según el siglo adelanta, la literatura va especializándose y aislándose hasta

convertirse en lo que califica un donosísimo escritor (1) de mandarinato: camino lleva de que lleguen á leerla sólo los que la escriben. El mismo Chateaubriand no podrá jactarse de conseguir dos veces en su vida tan feliz conjunción de astros. Siete años después de la publicación del *Genio*, da á luz la que cree su obra maestra, una epopeya concebida entre los esplendores de Roma, en el seno del catolicismo; una composición sin género de duda superior al *Genio*, aplicando las teorías expuestas en él: no incoherente como los *Natches*, sino armónica, depurada, fruto de una madurez todavía juvenil: el poema de *Los Mártires*, embellecido por los castos amores y las gentiles figuras de Eudoro y Cimodocea, enriquecido como diadema de oro con una perla única, con el episodio de *Veleda*, breve y admirable; saturado de esas comparaciones y de esas imágenes que Chateaubriand rebuscaba en Homero, y conseguía engarzar en su estilo con encanto, si no con la sencillez augusta del inimitable modelo; poema en suma que marca el apogeo de un talento y la plenitud de una manera elevada y brillantísima. Pero el filtro ya no actuaba, el círculo mágico se había roto; las críticas fueron acerbadas y crueles, tibio el entusiasmo; el público, según el dicho de Chênédollé, se venga en las reputaciones adultas de las caricias que les prodigó cuando estaban en la niñez. Hubo quien calificó á *Los Mártires* de «necedad de un hombre de talento», y Chateaubriand, con el corazón ulcerado, se despidió de las musas en las páginas del *Itinerario*. Resolvió consagrar la segunda mitad de la vida á la política y á la historia.

No nos despedamos nosotros todavía de lo que verdaderamente inspiraron á Chateaubriand las musas: *Atala*, *René* y el episodio de *Veleda*. Ni *Los Natches*, aquél largo poema destinado á rivalizar con *Los Incas* de Marmontel; ni el *Genio del Cristianismo*; ni *Los Mártires*, ni el *Itinerario*, conservan su

(1) Lemaître.

ascendiente; pero la amante de Chactas; el mísero hermano de Amelia; la druidesa de la isla de Sen y el último Abencerraje, viven con esa vida singular que el arte comunica á sus creaciones, más duradera que el soplo fugaz prestado por la naturaleza al organismo físico de las criaturas. El romanticismo, como escuela literaria, ha pasado, aunque dejando raíces; pero hay, y es preciso que lo reconozcamos hasta los más prendados de la realidad, un romanticismo natural y eterno, que nos permite comprender y saborear lo mismo el episodio de Ugo-lino en la *Divina Comedia*, que los funerales de Atala ó el cuadro de Veleda pasando el lago en su barca entre el fragor de la tempestad. El juicio crítico puede reconocer los errores, los anacronismos, las inverosimilitudes de los episodios de René y Atala; puede condenar severamente que una apología del Cristianismo incluyese la perturbadora historia del corazón de René, corazón amasado de orgullo y de miseria, dice el mismo autor; puede enterarnos de que Chateaubriand, que tan arrebatadora descripción hace del río Missisipí, no lo había visto nunca, pues á lo sumo habría descendido en parte la corriente del Ohío; puede dar por imaginarios los osos beodos de tanto comer racimos, los papagayos verdes con cabeza amarilla, los flamencos rosa; puede asombrarse de que un salvaje como el Sachem ciego haya visto representar tragedias de Racine y escuchado las oraciones fúnebres de Bossuet; todo ello no importa: la verdad de Atala y de René, sobre todo de René, está más adentro, en la imaginación, en el sentimiento lírico, en la correspondencia del alma con la voz del poeta. No hay que negar á Chateaubriand este dictado porque escribiese en prosa: una prosa como la suya tiene derecho á desdeñar el verso, pues lo eclipsa. Su fantasía es un miraje en el mar; su estilo rico en colores, musical, sugestivo, va directamente á los nervios, y de los nervios al alma,—especie de Roma, en cuanto se puede ir á ella por todas partes.

Cuéntase que Bernardino de Saint Pierre, molestado por la fama de Chateaubriand, como éste más tarde por la de La-

martine, dijo en cierta ocasión: «No es extraño que se le vea más que á mí; yo sólo usé el pincel, y él usa la brocha.» Así cada generación reniega de la que le sigue; á su vez Chateaubriand detestaba á sus descendientes, legítimos representantes del romanticismo, devorados por el buitrc de Prometeo. No tenemos para qué seguirle á la arena política, en que entró desnudando aquel puñal que, según frase de Lamartine, llevaba cosido al forro de su ropa, y que según el dicho de Luis XVIII valía por un ejército: la terrible invectiva titulada *De Bonaparte y de los Borbones*. Dejémosle luchar y envejecer de mala gana y contra todo su talante, siempre altanero y melancólico, asociando su prestigio de ex-rey de las letras al de una ex-reina de la hermosura, hasta que las olas del mar que de niño le entristecieron el alma, al azotar su tumba abierta en un escollo y señalada por una cruz, arrullen su eterno sueño.

EMILIA PARDO BAZÁN.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO BARCELONÉS

POETAS AMERICANOS

I

EN EL TEATRO

¡Qué hermosa estabas en el teatro anoche!
Entreabierto el vestido que te escuda,
Eras la rosa que rompió su broche
Para quedar á plena luz desnuda.

Te ví sumida en abstracciones hondas,
De las que sólo tu mirar arranca,
Surgiendo audaz de tus nevadas blondas
Como otra Venus de la espuma blanca.

Contemplé tu garganta cimbradora,
Con la que siempre mi pasión asedias;
Tu negra cabellera onduladora;
Tu henchido seno descubierto á medias;

Tu hombro tallado por artista griego;
Tu brazo escultural, hecho de nieve;
Tus labios rojos como el mismo fuego;
Tu esbelto talle que á estrecharle mueve.

¡Qué hermosa estabas, como nueva Gracia,
Entre oleadas de luz y de perfume,

Despertando un amor que no se sacia,
Que en anhelos sin nombre se consume!

Al mirarte en tu palco tan radiosa,
Envuelta en claridades de alboradas,
Con tus formas espléndidas de diosa,
Siendo blanco de todas las miradas;

Yo, que te adoro, entre la sombra oculto,
Dulce objeto de todos mis desvelos,
Viendo á la luz lo que formó mi culto,
¡Perdona que lo diga!, tuve celos.

¿No te sentiste de vergüenza roja,
Cuando al llevar tan atrevido escote
Escuchaste con íntima congoja
Torpe lisonja ó flagelante mote?

¿No sintieron tus carnes de alabastro
Bocanadas de fuego, por ventura;
Ni te ha quedado el asqueroso rastro
De tantos ojos de mirada impura?

Cuando agitaste el abanico inquieto
Para que nadie tus pudores vea,
¿Fue porque al descubrir tanto secreto
De rubor la mejilla se caldea?

¿A qué viene ese afán de profanarte,
De estar contigo misma en cruda guerra,
Cuando no necesitas desnudarte
Para ser la más linda de la tierra?

Si quieres conservar limpio el tesoro
Que hoy el mundo sensual te mancha y roba,
Tiene la castidad su llave de oro
Para el tibio recinto de tu alcoba.

Allí, arropada en vaporosas nubes,
Despliega sin temor tus níveas galas;
Y cuando te adormezcas, los querubes
Bajarán á arrullarte con sus alas.

Oculto y sola bajo tu almo broche

Se posarán sobre tus hombros tersos,
En vez del cieno que sentiste anoche,
Las aladas caricias de mis versos.

No sentirán tus carnes de alabastro
Bocanadas de fuego calcinantes,
Ni tus mejillas llevarán el rastro
De tus rojos pudores vergonzantes.

Y yo, que formo de tu nombre un culto,
Dulce objeto de todos mis desvelos,
Al adorarte, entre la sombra oculto,
Jamás tendré de los querubes celos.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO BARCELONÉS

II

EN EL BAILE

Mientras las luces del salón se cuajan
Matizando la hirviente pedrería,
Y los trajes, crujiendo, se desgajan,
Oye á la musa triste, vida mía.

Suspende el vals que, en su impetuoso giro,
Turbó el fulgor de tu mirar sereno;
Ven á mi lado, y brotará el suspiro
Que llevas preso bajo tu almo seno.

Jamás, ni en horas en que ví en tus ojos
Temblante y pura la pasión uraña,
Vivió como hoy entre tus labios rojos
Risa tan voluptuosa y tan extraña.

Al agitar tu blanca cabellera,
Cubres la alfombra de marchitas flores,
Llevas los tintes que por vez primera
Miré en tu faz cuando te hablé de amores.

Estoy ligado con tan fuertes lazos
A esa hermosura, que me vuelve loco,

Que en celos ardo, cuando extraños brazos
Ajan los tuyos, que ni en sueños toco.

Te diré, si lo ignoras, que el perfume
Sólo en el cáliz virginal es bueno,
Y que el lirio se enferma y se consume
Con una gota nada más de cieno;

Que la luz que te baña en los salones
Ciega con tantas deslumbrantes ondas,
Y que se ajan allí las ilusiones
Como tus margaritas y tus blondas.

Y después, cuando la urna del acorde
Vuelque sus notas y en las almas vibre,
Y en las copas el vino se desborde
Y hable la lengua desenvuelta y libre;

¡Cuántas torpezas que el licor arranca
Tenaces te herirán con sus murmullos,
A tí, mi bien, que, cual paloma blanca,
Sólo entiendes de amores y de arrullos!

Tal vez, sin que lo digas, te entristece
Ver en mis versos magnitud que abisma;
Pero, al fin de la fiesta, me parece
Que, al acercarte á mí, no eres la misma.

Me parece que lleva tu mirada
Algo muy negro en su esplendor impreso;
Que en tu boca de púrpura y granada
En vez de la oración palpita el beso.

Que tu voz melancólica ha perdido
Su tierno acento de inflexión tan grave;
Que al llegar al vergel do está tu nido
Olvidas todos tus encantos de ave.

Ven á mi lado, pues, mientras se cuajan
Las luces en la hirviente pedrería;
Porque las almas en el baile se ajan
Lo mismo que los trajes, vida mía.

RODOLFO FIGUEROA.

CRÓNICA LITERARIA

LA CAMPAÑA DEL MAESTRAZGO y LA ESTAFETA ROMÁNTICA, por D. Benito Pérez Galdós. — Libros recibidos. — Una edición económica del DICCIONARIO DE LA LENGUA.

Como son mensuales estas «Crónicas», no se puede en ellas perseguir á la actualidad al paso acelerado de los periódicos diarios. A lo más, se la puede seguir de lejos, dado que no fuera mejor desistir por completo de ir en su seguimiento. De ahí que no se haya hablado aquí todavía de los dos últimos *Episodios Nacionales* del Sr. Pérez Galdós: *La Campaña del Maestrazgo* y *La Estafeta romántica*.

A mi parecer, cada nuevo volumen de esta larga colección, supone más trabajo y mayores dificultades vencidas que los precedentes, aunque sólo sea por la razón de venir detrás de un número mayor de tomos anteriores. Mantener el interés en los veinte tomos de las dos primeras series, sin que decayeran los *Episodios* ni se hastiase el público, fue ya obra magna. Empezar una nueva serie de diez habría podido calificarse de temerario, si la confianza del escritor en sí mismo y en su público, que tal intento supone, no apareciera justificada por la ejecución de los seis volúmenes ya publicados de esta serie y por la buena acogida que han tenido. Hay que confesar, no obstante, que el escribir una semejante colección de novelas,

que tiene ya veintiséis tomos y ha de tener treinta (si al maestro Galdós no se le ocurre acometer la cuarta serie), es decir, igual ó mayor número de libros de los que forman la biblioteca de muchos españoles que han saludado, aunque sea de lejos, á las letras, es obra que merece la nota de valor acreditado, en el terreno literario. Tanto más, cuanto que esto sucede en un pueblo en que hay pocos que lean, y los que leen suelen leer poco, cosa no ciertamente propia para servir de estímulo á que se redacten obras ó colecciones de obras de crecida extensión.

Es verdad que el asunto de cada una de estas series de á diez volúmenes, es, en realidad, diferente, hasta cierto punto, en su doble aspecto de cuadro histórico y de intriga novelesca. La guerra de la Independencia y la revolución pacífica de los doceañistas, las reacciones absolutistas de 1814 y 1823 interrumpidas por la revolución de 1820, los comienzos del reinado de Isabel II con su guerra civil y sus nuevas luchas políticas, son, en rigor, aunque muy enlazadas entre sí, tres fases diferentes de nuestra historia contemporánea. Mas no está en el asunto la dificultad de estas colecciones. Aun contando con tal variedad de sucesos como la que ofrece el período histórico que viene describiendo Galdós, es inevitable ó difícilísimo de evitar que el autor, en el curso de tantos volúmenes, se repita algo, ya en el giro de la acción novelesca, ya en las situaciones, ya en los caracteres de los personajes. De ahí que estas series de novelas adolezcan casi siempre, al final, de monotonía.

Aunque Galdós ha procurado evitar este defecto, y en gran parte lo ha conseguido, todavía hay en la nueva serie de los *Episodios* reminiscencias de las anteriores. La acción novelesca de la tercera, ofrece, por ejemplo, algunos rasgos comunes con la segunda. Pero, ¿qué es esto al lado de la enorme dificultad que supone la creación de tantos personajes diferentes, de tantos y tan varios episodios novelescos, de tantas descripciones y relatos de acontecimientos históricos como comprende la larga colección de los *Episodios*?

Los dos últimos se asemejan muy poco entre sí hasta en su

forma externa, pues mientras *La Campaña del Maestrazgo* está escrita en la forma narrativo-dramática, que generalmente se usa en las novelas, *La Estafeta romántica* va toda en forma epistolar. Tras esta diferencia, que es la más exterior y puede decirse que la más material, hay varias otras que fácilmente habrán observado los lectores de uno y otro libro. La más señalada de ellas es, á mi entender, que mientras en *La Campaña del Maestrazgo* predomina ó desempeña papel preferente el elemento histórico, en *La Estafeta romántica* casi no existe, y en cambio, la parte novelesca avanza más, y adquiere mayor desenvolvimiento. En los volúmenes anteriores hemos visto esbozarse y progresar varias acciones novelescas distintas, aunque relacionadas entre sí: la misteriosa protección de que es objeto Fernando Calpena, y el secreto de su incógnita protectora, la dama de las discretas cartas; los románticos amores de Calpena con Aura, la boda de ésta, el conocimiento del protagonista con las señoritas de Castro Amézaga, son otros tantos cabos sueltos que ha ido dejando el novelista al tejer la urdimbre de su ficción novelesca. En *La Estafeta romántica* se descubre ya el secreto de la protectora de Calpena, y aparece el héroe de la novela como fruto de secretos amores de una gran dama, que es quien con solicitud maternal le viene protegiendo; Aura vuelve á ser la heroína romántica que vimos en *Mendizábal*, sin que quede aclarado si es ó no la desconocida que muere al ir en busca de Calpena: episodio misterioso y lúgubre, muy apropiado á la atmósfera de romanticismo de esta parte de la novela. Al mismo tiempo, se insinúa ya claramente el *destino manifiesto* de Calpena y Demetria de Castro Amézaga, que acabarán casándose en el último episodio de la serie (que se titulará por cierto *Bodas reales*) si D. Benito Pérez Galdós no dispone otra. En suma, la acción novelesca avanza considerablemente en este volumen, y se determina y concreta en diversos puntos que quedaban vagos é indecisos en los tomos anteriores.

*
* *

La Campaña del Maestrazgo tiene por asunto la parte más legendaria y más típica de la primera guerra civil: las sangrientas hazañas de Cabrera—el *tigre del Maestrazgo*, como se le llamó entonces—y de sus adversarios, también feroces é inhumanos, también *tigres*. Al leer esas páginas, escritas sin pasión y sin odio, en que pinta Galdós, no obstante, con enérgicas pinceladas, todo el horror de aquella *guerra inexpiable*, se aprecia de cerca la acción neutralizadora del tiempo, que, al llevarse á los hombres y las cosas, arrastra también en su curso las pasiones, el amor y el odio, dejando sólo, á los que vienen después, memorias de lo pasado, de las cuales no puede derivarse más que un débil simulacro de los afectos que despierta el choque con la realidad.

La generación presente no ha conocido, ni puede representarse apenas como cosa contemporánea, aquel furor insano de las contiendas civiles que pinta Galdós de un modo tan dramático en su libro. Todo eso nos parece mucho más lejano, mucho más remoto de lo que en realidad está, en la sucesión del tiempo. El Cabrera que hemos conocido no era el guerrillero feroz del Maestrazgo, era el Cabrera *rallié*, domesticado y pulido por el ambiente de una civilización superior y antitética de lo que él había representado, como la inglesa. De ahí que la imparcialidad del escritor corresponda, sin duda, al estado general de ánimo de los lectores ilustrados.

Quedan, en verdad, entre nosotros las etiquetas, los nombres y las divisas de los dos bandos, á cuya lucha nos hace asistir el novelista en los *Episodios* de esta nueve serie; pero la tolerancia ó el escepticismo que ha entrado en las costumbres de todos, varía por completo la situación de las cosas y la manera de ser de los hombres. Quizás sea este apaciguamiento moral, simple resultado de los años de paz, de la supresión de la lucha á mano armada, que representa siempre un salto atrás, una resurrección atávica de instintos salvajes; pero hay que reconocer que, en el ambiente moral presente, apenas cabe otro punto de vista que aquel en que se coloca Gal-

dós con tanta fortuna para el efecto estético de su obra, á la cual ese mismo desapasionamiento parece poner el sello de la serena contemplación artística, ajena á todo interés y á todo subjetivismo, elevada sobre las disputas que dividen á los hombres.

La Campaña del Maestrazgo es, á mi juicio, una de las obras mejor concebidas y mejor planeadas de Galdós, singularmente por el acierto con que ha sabido compendiar en algunas pocas situaciones y escenas culminantes, lo característico de los hechos que describe, y cuya larga y minuciosa narración, además de haberle llevado fuera de los límites de la novela histórica, no daría acaso al lector una representación tan viva y apropiada del asunto como los cuadros trazados por el novelista.

En este sentido, la descripción del parador de Viscarrues, y, sobre todo, las patéticas conversaciones con los *escarmetados*; la presentación de Cabrera con su flotante capa blanca, cargando al frente de los jinetes carlistas, y gritándoles en valenciano: *per así fills meus..... seguidme..... els destrosarem*; así como la pintura del banquete de Burjasot, especie de bacanal de tribu guerrera, son, por su colorido y movimiento dramático, verdaderos cuadros plásticos de la guerra.

Uno de los personajes de la novela caracteriza con una frase exacta el ambiente de la obra: «Entramos en plena Edad Media—dice cuando se prepara á penetrar con su acompañante en el teatro de la guerra», y, en efecto, tienen algo de medioeval, por una parte, las sangrientas ferocidades de ambos bandos, y, por otra, la exaltación mística de Marcela y las peregrinaciones y andanzas del noble D. Beltrán de Urdaneta en busca de tesoros que le rediman de sus apuros de Grande tronado.

No hay en esto ficción arbitraria del novelista; la nota medioeval aparece como consecuencia lógica del estado de la lucha sin cuartel que describe Galdós. Ante el espectáculo del dolor y de la muerte, de la crueldad y el exterminio, surge

como reacción psíquica contra los horrores de la vida real, el despegó de las cosas terrenales, tan bien representado por la excitación mística de Marcelo y sus acompañantes. Produciendo causas análogas, efectos semejantes, se comprende que el retorno á la inseguridad de la vida, á la ferocidad y al reinado de la violencia, propio de los tiempos medios, produzcan en cualquier momento consecuencias también semejantes en la exaltación de los espíritus, y determine la aspiración á una existencia mejor, *que no es de este mundo*.

Esto, que como observación psicológica es exacto, como efecto artístico contribuye sobremanera al interés dramático y á la novedad del libro, dando ocasión á algunos de sus más originales episodios. Para los lectores asiduos de Galdós es sabida la afición de éste á pintar personajes y estados psicológicos anormales: alucinaciones, sueños, apariciones, locos y maniáticos que en ocasiones discurren con extraordinaria clarividencia. Marcela es una de estas originales figuras, y no la peor de las que comprende la extensa galería de personajes de esta clase que pueden sacarse de las obras del autor de *Angel Guerra*.

En *La Campaña del Maestrazgo* adquiere singular relieve la figura de D. Beltrán de Urdaneta, á quien ya vimos aparecer en alguno de los anteriores *Episodios*, si bien como personaje todavía secundario. Sin vacilación pueden calificarse de las mejores páginas del libro las pláticas de D. Beltrán cuando, puesto en capilla para servir de víctima de unas bárbaras represalias, se cree próximo al último trance, y traza casi una filosofía de la historia de España en los consejos y advertencias que dirige á los que le consuelan y asisten en aquel instante. En estos pasajes, D. Beltrán se nos presenta como una figura *tolstoiana*, no porque Galdós plagie al gran escritor y moralista ruso, sino porque expresa su personaje las mismas ideas de aversión á la violencia y al derramamiento de sangre, de repulsión hacia la barbarie secular de la guerra, que con tanta elocuencia y convicción tan profunda ha sabido ma-

nifestar el autor de *Ana Karenine*, hasta el punto de ser sus escritos el prototipo de esta tendencia.

De la misma especie son los *escarmentados* que presenta Galdós en las primeras páginas de su novela: hombres rudos que sienten, sin embargo, por rectitud nativa el horror de las crueldades de la guerra y que, desengañados de la sugestión belicosa por los actos de barbarie de que fueron testigos, víctimas ó ejecutores, huyen como Joreas del teatro de la lucha para buscar un pedazo de pan que no les sepa á sangre.

El episodio de Marcelo y Nelet recuerda un tanto el de *Angel Guerra* con *Lulú*, pero la semejanza es, sin embargo, parcial. La primera de estas acciones, ó sea la que se desarrolla en *La Campaña del Maestrazgo*, es meramente episódica, mientras la segunda es, en *Angel Guerra*, la parte principal de la novela.

*
* *

Por razón de su asunto y hasta de su misma forma (pues se trata, como queda dicho, de una novela escrita en forma de cartas), la *Estafeta romántica* tiene mucho menos movimiento dramático que el anterior *Episodio*. La forma epistolar suele hacerse algo pesada en la novelas; pero la maestría de Galdós ha salvado este inconveniente, consiguiendo dar variedad al relato por la diversidad de los corresponsales y de las materias tratadas en sus cartas. Aparte de algunas descripciones, que ocupan en esta obra lugar secundario, como la de la muerte y entierro de Larra, que da ocasión al novelista para trazar un bosquejo, ó si se quiere una *instantánea*, de lo que era la bohemia de entonces, el elemento histórico entra por muy poco en este volumen, dedicado principalmente, según se ha dicho, á atar cabos sueltos de las diversas acciones novelescas que había ido iniciando el autor en los tomos anteriores.

Representa, pues, este *Episodio* como un descanso ó com-

(1) *heré*

pás de espera antes de reanudar la descripción de los sucesos públicos, descanso que aprovecha el novelista para poner en claro las vicisitudes particulares de sus personajes, que habían quedado inexplicadas ó interrumpidas en los anteriores tomos. Hasta tal punto parece acesorio lo histórico en la *Estafeta romántica*, que el autor apenas saca partido de acontecimientos que se prestaban á viva y dramática pintura, como la aproximación de la expedición de D. Carlos María Isidro á Madrid ó las negociaciones secretas entre las dos Cortes, cristiana y carlista, limitándose á referencias incidentales que sólo dan á estos sucesos proporciones accesorias en el plan general de la novela.

Casi todos los personajes de la *Estafeta romántica* nos son ya conocidos por los anteriores *Episodios*; mas la principal figura de éste es un personaje nuevo: la desconocida protectora de Calpena, que aquí se nos descubre, saliendo del incógnito que hasta entonces la envolviera en una misteriosa penumbra. Galdós, al retratar á esta doña Pilar de Loaysa, ha hecho un primoroso estudio de mujer que por sí solo bastaría para dar interés al libro. El verdadero asunto de la *Estafeta romántica* es la novela de esta dama, el misterio de su *Jardín secreto*, como ha llamado Prevot á aquel rincón del alma y de la vida que permanece cerrado é incomunicable para todos los extraños; *íntimo*, en la acepción más estricta de la palabra. En las cartas de Pilar á su amiga Valvanera, se describe la vida de zozobras y de ficciones que ha tenido que llevar la madre de Calpena para velar de lejos por aquel hijo de una falta por todos ignorada, cuya existencia deben ignorar todos, empezando por el celoso y autoritario marido de Pilar de Loaysa.

Pero llega un momento en que el amor maternal se sobrepone á todas las consideraciones sociales y domésticas, á las imposiciones del recato, al temor al esposo, á los respetos del qué dirán. Pilar quiere constituir á su hijo una posición y un nombre, quiere ponerle en condiciones de aspirar á la mano

de Demetria de Castro Amézaga, arrebatando la encantadora mayorazga al marquesito de Sariñán, hijo de la antipática medio hermana de Pilar, Juana Teresa.

Las cartas en que se describe la revelación del terrible secreto al esposo de Pilar, son de las más dramáticas del libro, y la rivalidad entre las dos hermanas Pilar y Juana María, de naturalezas tan opuestas, apasionada y audaz la una, hipócrita y tenaz la otra, ambas empeñadas en conquistar por medios diferentes cada cual para su hijo, la mano de la mayorazga de Castro Amézaga, da motivo al autor para señalar muchas observaciones atinadas y sagaces de psicología femenina. En los subsiguientes episodios asistiremos probablemente al desarrollo de la lucha entre ambas, que se inicia en *La Estafeta Romántica*.

*
* *

Antes de terminar esta crónica citaré varios de los libros recientemente publicados, que he recibido, y de los cuales me propongo ir hablando en LA ESPAÑA MODERNA.

Los Hidalgos, del Sr. Martín Ruiz, es un folleto en extremo sugestivo, de brillante estilo, y que acredita bien elegidas lecturas y criterio histórico. Al género histórico también pertenece la notable obra del Dr. Konrad Haebler, sobre la prosperidad y decadencia económica de España en el siglo XVI, que acaba de publicarse vertida á nuestro idioma y con un buen prólogo del Sr. Laiglesia, tan competente en asuntos económicos y de Hacienda. Merece asimismo atención la versión española de las obras completas de Montaigne, el gran *ensayista* francés, que ha publicado el estudioso escritor D. Constantino Román y Salamero.

Del folleto de D. Miguel de Unamuno *De la enseñanza superior en España*, nada quiero adelantar por tratarse de firma tan conocida para los lectores de esta Revista.

Por último, la nueva edición del Diccionario de la Lengua (que es la décima tercera) requiere también capítulo aparte.

Sólo diré á propósito de este último libro, que la Academia debería hacer una edición popular de su Diccionario en tamaño más manuable y á precio económico. El Diccionario cuesta 22 pesetas y media, lo cual le hace inasequible para el uso de las escuelas, colegios, Institutos, etc. Como la Academia es la autoridad oficial en materia de lenguaje, una edición barata, de vulgarización, de su Diccionario es más que conveniente, es necesaria.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEU BARCELONÉS

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—FILOSOFÍA: «La verdadera vida», de Tolstoi.—HISTORIA: La tragedia de Meyerling.—LITERATURA: Historia de la literatura japonesa.—CIENCIAS POLÍTICO-SOCIALES: La centralización y el regionalismo.—HERMENÉUTICA: Los testimonios humanos.—IMPRESIONES Y NOTAS: Pronunciación de la palabra «boer».—El hambre crónica.—El pueblo español juzgado por Fouillée.—El tratamiento de la pereza, la cólera y la tristeza.—Ganancias de los escritores de París.—El mareorama de la Exposición.—Españoles é hispanoamericanos.

FILOSOFÍA

«LA VERDADERA VIDA», DE TOLSTOI.—La *Nouvelle Revue Internationale*, de París, ha tenido la singular fortuna de hacerse con el manuscrito de *La verdadera vida*, obra inédita que Tolstoi no pensaba publicar hasta después de su muerte, y en la que ha recogido, día por día, sus pensamientos sobre los más altos problemas que pueden preocupar á la humanidad. *La verdadera vida*—como dice la genial Señora de Ratazzi en el prefacio que la consagra—encierra todo el pensamiento, toda la moral, toda la doctrina de ese hombre extraordinario á quien se tacha de revolucionario y anarquista, y que no ha hecho, sin embargo, tras los incesantes tanteos de su inquieto espíritu, sino recoger uno por uno los actos y las frases de Cristo, tal como su elevada cultura los comprende. La obra es de suyo harto trascendental para merecer que dediquemos

unas páginas á reproducir sus más salientes conceptos, á título de información documentada é imparcial, sin entrar en discusiones que nos llevarían demasiado lejos.

«He vivido—dice Tolstoi—cincuenta años en la creencia de que la vida del hombre, del nacimiento á la muerte, es toda su vida, y que, por consiguiente, el objeto del hombre es hallar la dicha en la existencia terrenal. He buscado esa dicha, y cuanto más he vivido, más he podido observar que no existe ni puede existir. La que perseguía no la podía alcanzar, y la que poseía dejaba de serlo. En cambio, las desgracias se multiplicaban, y el pensamiento de la muerte me asediaba cada vez más; comprendí que esta vida insensata no puede tener más término que el sufrimiento, la enfermedad, la vejez y el auquilamiento final; y me he preguntado: ¿á qué todo eso? No he podido encontrar respuesta, y la desesperación se apoderó de mí.

Pensé entonces que mi pena podía resultar de mi temperamento particular, y que los demás hombres, sabiendo muy bien por qué viven, no se afligen. Me puse á observar, y pronto ví que los demás no sabían más que yo del por qué de su vida. Unos, en el torbellino de la vida cotidiana, no se inquietaban de esta ignorancia, pero en realidad era imposible compartir su fe, tan tonta era; por lo demás, para muchos, era puro fingimiento. En cuanto á mí, yo no podía ya tener fe en la religión que me enseñaron de niño y que desapareció en cuanto fuí dueño de mi pensamiento. Cuanto más estudiaba y observaba, más veía la hipocresía é interés de los engañadores, y la estupidez, la terquedad y el temor de los engañados.

Además de las contradicciones interiores de esta religión (la rusa ortodoxa), su bajeza y su crueldad, puesto que nos representa á Dios como inexorable para los hombres, la principal razón que me ha impedido aceptarla era la existencia simultánea con nuestro cristianismo ortodoxo, del cristianismo católico, luterano y anglicano, cada una de cuyas religiones afirmaba ser la única verdadera, sin contar con el budismo,

brahmanismo, mahometismo, confucismo, etc., que hacen también las mismas afirmaciones. En ninguna de estas creencias hallaba respuesta á mis preguntas ni alivio á mis sufrimientos. Mi desesperación iba á llevarme al micidio (1).

Entonces vino la salvación. El sentimiento vago de que la solución buscada estaba en el Evangelio, persistía en mí desde mi infancia. Entonces hice la última tentativa: rechazando todos sus comentarios teológicos, me puse á estudiar el Evangelio y á desentrañar su sentido. A medida que lo leía, mis ojos se abrían á algo absolutamente nuevo, que en nada se parecía á lo que enseñan las Iglesias cristianas, pero que respondía perfectamente á mi cuestión vital. Y acabé por encontrar la solución clarísima.

Y no sólo era clara, sino también cierta, porque correspondía perfectamente á las deducciones de mi razón y á las aspiraciones de mi corazón ante todo, y porque habiéndola comprendido, noté que no resulta en modo alguno de mi interpretación personal del Evangelio, ni aun de la revelación exclusiva emanada de Cristo, sino que es la respuesta á la cuestión de la vida dada con más ó menos precisión por los mejores hombres antes y después del Evangelio: Moisés, Isaías, Confucio, los antiguos griegos, Budha, Sócrates, Pascal, Espinosa, Fichte, etc. Lejos, pues, de estar solc, me he encontrado de acuerdo con los mejores hombres del pasado y del presente. Me he afirmado así en mi convicción, he recobrado la paz y hace veinte años que vivo feliz y me acerco con alegría á la tumba.

Esta solución del problema de la vida es la que quiero transmitir á los demás hombres. Por mi edad y el estado de mi salud, me acerco al fin, de modo que los cálculos é intere-

(1) Pásese el neologismo, pues aunque lo corriente es decir *suicidio*, en este caso, hablando en primera persona, sería un solemnisimo disparate. «Me voy á suicidar» es expresión sin sentido, como lo es «te vas á suicidar» y como lo son «estoy ensimismado», «estás ensimismado» que emplean, sin embargo, personas de no vulgar cultura.

ses humanos no tienen ya valor para mí, siendo además muy probable que este estudio no se publique hasta después de mi muerte. Ruego, pues, á cuantos lean este libro que busquen su sentido rechazando, como yo, toda consideración mundana, no teniendo otra mira que el eterno principio de verdad y bondad en virtud del cual existimos en esta tierra y reflexionando sin apresuramiento ni irritación sobre lo que digo, y si no piensan como yo, corrigiéndome con bondad y afecto, no con desprecio y odio.»

Tras este proemio, comienza Tolstoi la primera parte de su trabajo, que titula «Las antiguas doctrinas religiosas y la nueva concepción de la vida».

«En todo tiempo—dice—han sentido los hombres la miseria, inestabilidad é insanidad de su existencia, buscando su salvación en la fe, en Dios ó en los dioses que pudieran defenderlos de los sufrimientos de esta y de la otra vida, dándoles la deseada felicidad. Pero, con el tiempo, las doctrinas que al efecto surgieron, satisfacían cada vez menos las necesidades del alma humana, y á medida que la ciencia progresaba, las creencias religiosas se desmoronaban y se hundían. El conocimiento, por otra parte, de la existencia de otras religiones, cada una de las cuales afirmaba ser la única verdadera y pretendía probarlo con revelaciones y milagros, sumía al hombre sensato en la mayor perplejidad, poniéndole en la precisión de elegir entre unas y otras sin elementos decisivos de juicio.

Sin embargo, la necesidad de dar un sentido á la vida y de resolver la contradicción ante la aspiración á la felicidad y el convencimiento de lo inevitable de las miserias humanas y de la muerte, se hacía cada vez más imperiosa. Cuando esta contradicción fue comprendida por la humanidad y se le hizo más dolorosa, le fue dada la solución por la doctrina cristiana en su verdadera significación. Las antiguas doctrinas religiosas trataban de ocultar las contradicciones de la vida afirmando la existencia de un Dios creador, providente y salvador de todos. El Cristianismo, por el contrario, hace sentir á los

hombres esta contradicción en toda su fuerza, y de su reconocimiento deduce su solución.

La contradicción consiste en que el hombre es realmente, por su cuerpo, un animal, y no puede dejar de serlo, y por otra parte es un sér espiritual que niega todas las necesidades materiales del hombre. Al principio de su vida el hombre existe sin saberlo; de tal modo que quien vive no es él, sino por él, esa fuerza vital que existe en todo lo que conocemos. El hombre sólo empieza á vivir cuando sabe que vive, cuando siente la necesidad de la dicha y se despierta su razón. Pero, al saber esto, sabe que la dicha á que aspira le es inaccesible y que la vida no le promete más que dolores y muerte. El hombre entonces busca una solución á contradicción semejante: quisiera seguir viviendo como antes del despertar de su razón, con vida completamente animal, ó bien transformarla en vida puramente espiritual; quisiera ser una fiera ó un ángel, y no puede ser ni lo uno ni lo otro. Entonces aparece la solución dada por la doctrina cristiana, que hace comprender al hombre que sin ser ángel ni fiera, es un ángel nacido de una fiera, un sér espiritual nacido de un sér animal, y que toda nuestra residencia en la tierra no es más que este continuo nacimiento.

En cuanto se despierta la conciencia en el hombre, aparece el deseo de felicidad individual; pero la misma conciencia muestra que este deseo es irrealizable.—¿Dónde está, entonces, la verdadera vida?—se pregunta el hombre.—Y ve que ni él ni cuantos le rodean viven de la vida verdadera; y entonces deja de reconocerse una existencia corporal y efímera, aislada de los demás seres, viéndose, como ser espiritual y por consiguiente inmortal, inseparable de los demás hombres. En esto consiste el nacimiento en el hombre del ser espiritual.

En los comienzos del despertar de su razón, el hombre creía que su deseo de felicidad se refería solamente al cuerpo; pero cuanto más lúcida y firme se hacía su razón, más com-

prendía que el verdadero sér, el *yo* consciente del hombre no es el cuerpo mortal, y que el deseo de felicidad es impersonal, refiriéndose á todo lo existente. En cuanto al deseo de felicidad colectiva, es el principio vital del conjunto de las existencias, es lo que llamamos Dios. El sér que se revela al hombre por su conciencia, el que nace en él dando vida á todo, es Dios. «Dios es el Amor—como dice el Evangelio,—el deseo de felicidad, extendido á la humanidad entera.»

Teniendo conciencia en su cuerpo individual del sér espiritual é invisible de Dios, y viendo la presencia del mismo Dios en todo lo que vive, el hombre debe preguntarse por qué Dios, sér espiritual, uno é indivisible, se ha encerrado en cuerpos aislados. No hay más que una respuesta: existe una voluntad superior, cuyos designios son impenetrables al hombre; esa voluntad es la que ha instituído el estado actual de las cosas, siendo la causa primera el Dios que siente el hombre en sí, y reconoce fuera de sí. Dios, según la doctrina cristiana, es el Padre que envió á la tierra á su Hijo, en todo semejante á él, para cumplir su voluntad: el bien de todos los seres vivos.

Dios se revela en el hombre razonable por el deseo de la dicha colectiva, y en el mundo por la tendencia de cada sér aislado á la dicha individual. La observación, la tradición y el raciocinio revelan al hombre que el objeto de la vida es la unión, obra divina, á la que debe cooperar por la aspiración del ser espiritual que en él existe: el amor. Sólo el amor puede ayudar á la realización de la unión y la concordia, concurriendo así al establecimiento del reinado de Dios, indicado por la doctrina cristiana.

Por su nacimiento, el deseo de felicidad tiende á difundirse sobre todo lo existente: familiar al principio, se extiende luego á los amigos, á la patria y á la humanidad. La diferencia entre la vida animal y la vida verdadera es la siguiente: la primera tiene por objeto aumentar el número de placeres y prolongar la vida terrestre, objeto que nunca es alcanzado; la

segunda tiene por objetivo ensanchar el dominio del amor, y nada puede impedir su realización, pues todas las causas anteriores, la violencia, las enfermedades y los dolores que dificultan la vida animal, concurren á la realización del fin de la vida espiritual, de la verdadera vida.

La segunda parte de su libro la titula Tolstoi «Los pecados.»

«Para cumplir su misión—dice—debe el hombre ensanchar en sí mismo el sentimiento del amor y manifestarlo en torno suyo.» Pero, ¿cómo debe manifestarlo? Simplemente apartando los obstáculos que se presentan en su camino, pues el amor se revela por sí mismo, sin necesidad de esfuerzo alguno. ¿Qué obstáculos son estos? Los resultantes de su encarnación corporal, de la separación de sus semejantes.

El deseo de felicidad para todo lo existente, ó el amor, encuentra, en sus tendencias á manifestarse, serios obstáculos en el cuerpo humano, y sobre todo en su razón, que sólo se despierta cuando el hombre ha adquirido ya hábitos animales. ¿Por qué el sér moral—el amor—está encerrado en la individualidad humana? Las doctrinas pesimistas pretenden que el aprisionamiento del ser moral en el cuerpo humano es un error que debe corregirse por el aniquilamiento del cuerpo ó de la vida animal; otras doctrinas enseñan que el error está en la suposición de la existencia del sér espiritual; unas niegan el cuerpo y otras el espíritu. Sólo el cristianismo da la solución, resolviendo las contradicciones de la vida, no por el aniquilamiento de la forma individual que reviste, ni sometiendo á las exigencias de la vida animal, sino sirviendo á Dios bajo la forma en que está encerrado el verdadero *yo* del hombre.

La vida verdadera de todo hombre y de la humanidad entera está en la emancipación del ser espiritual de su envoltura animal. El amor, oculto en todo individuo y en la humanidad, podría compararse con el vapor comprimido en una caldera que, al querer escapar, agita el pistón y lo hace traba-

jar. Para que el vapor pueda ejecutar su obra necesita encontrar obstáculos, como el amor tropieza con los límites del cuerpo en que está encerrado.

Durante su infancia y su adolescencia, y aun después, el hombre vive como animal, sin conocer ninguna otra vida; más tarde, consciente ya, sigue sintiéndose egoísta y ejecuta actos por su propio bien, contrarios al amor altruista, y cometiendo así pecados que son los obstáculos naturales á la manifestación del amor, y que aumentan por la herencia del hábito de pecar adquirida por nuestros antecesores.

Los pecados que se oponen al desarrollo del amor son de tres clases: 1.^a Los resultantes del deseo del bien personal; estos son innatos, individuales. 2.^a Los procedentes de la tradición de costumbres é instituciones; estos son hereditarios, sociales. 3.^a Los que provienen de la tendencia en cada cual al aumento de su felicidad egoísta.

Hay seis pecados que impiden la manifestación del amor: 1.º La sensualidad, que consiste en inventar placeres resultantes de la satisfacción de nuestras necesidades, como cuando el hombre come ó bebe sin tener hambre ni sed, ó se pone vestidos con otro objeto que el de librarse del frío, ó construye una casa para algo más que para defenderse de la intemperie. 2.º La ociosidad, que consiste en emanciparse del trabajo indispensable á todo hombre para la satisfacción de sus necesidades, como cuando obliga á los demás, por astucia ó por fuerza, á que satisfagan esas necesidades, aprovechándose del trabajo de los demás sin trabajar por sí mismo. 3.º La apropiación (1); que busca el medio de satisfacer las necesidades del porvenir, quitando de este modo á los demás hombres una porción de sus medios de existencia para asegurarse goces futuros y organizando así lo que se llama la propiedad, la adquisición personal de bienes ó cosas para su exclusivo

(1) El original dice la *venalidad*; pero este término nos parece poco adecuado para expresar lo que Tolstoi indica.

provecho. 4.º La ambición, consistente en esclavizar á sus semejantes, como cuando el hombre lucha por aumentar sus riquezas, por conquistar derechos ó títulos para alcanzar más elevada posición ó para mantenerse en la posición personal ó hereditaria á que ha llegado á costa de los demás. 5.º La lujuria, que hace un placer de las necesidades sexuales, ó busca en ella otros fines que la propagación de la especie. 6.º La embriaguez, que produce una excitación ficticia de las fuerzas musculares y cerebrales, como cuando come manjares pimentados, bebe líquidos fermentados, baila ó juega, bebe, fuma, inventa espectáculos que le excitan y debilita de cualquier modo el trabajo de su razón para dar gusto á sus sentidos.

Todos estos pecados, innatos, hereditarios ó inventados, impiden el nacimiento ó el desarrollo de la verdadera vida, sin alcanzar el fin que persiguen, pues todo aumento de necesidades hace menos posible su satisfacción y debilita el placer que de esta satisfacción resulta. Cuanto más se harta de manjares, menos placer siente al comer; cuanto menos trabaja, menos disfruta de su holgazanería; cuanto más sube, más peligro corre de caer y más esfuerzos necesita para mantenerse en el puesto conquistado; cuanto más se entrega á los goces sexuales, menos placer encuentra en ellos; cuanto más se sobreexcita, más gasta sus nervios y su sensibilidad.

Además de ser obstáculos á la manifestación del amor, los pecados causan al hombre las mayores miserias, haciendo sufrir á quienes los cometen y á los demás hombres. Los pecadores, en efecto, sufren la molicie, la saciedad, el aburrimiento, la languidez, la apatía, el cuidado, el miedo, la desconfianza, el rencor, el odio, la exasperación, los celos, la impotencia y toda clase de enfermedades físicas. Los demás sufren el robo, las brutalidades, el asesinato.

Si no hubiera pecados, no habría pobreza, ni saciedad, ni desorden, ni robos, ni asesinatos, ni suplicios, ni guerras. Si no hubiera sensualidad, no habría que gastar fuerzas inútiles en defender los goces de los ricos contra los pobres, ni relaja-

miento moral de los necesitados, ni envidias y odios en unos y desprecio y temor en otros, desapareciendo esa animosidad que de tiempo en tiempo revelan las violencias individuales ó sociales, los asesinatos y las revoluciones.

Si la ociosidad no existiera, no habría hombres que sucumben al peso del trabajo frente á monstruos de haraganería, y desaparecerían los dos campos hostiles, los hartos y los hambrientos, los extenuados de placer y los extenuados de trabajo.

Sin el pecado de apropiación, no habría las violencias que se cometen para adquirir y conservar bienes; no habría robos ni cárceles, destierros ni ejecuciones.

Sin el pecado de ambición, no se gastaría inútilmente la fuerza en combatir y mantenerse en el poder; no habría divisiones en las familias, en las sociedades ni en las naciones, ni conflictos, luchas, asesinatos y guerras.

Sin el pecado de lujuria, tampoco existiría la esclavitud de la mujer ni las adulaciones que la pervierten; no habría discusiones ni riñas, ni dramas de celos, ni la mujer se rebajaría al papel de ser carne de placer; no habría multitud de vicios, ni reblandecimientos físicos ni morales, ni niños abandonados ó asesinados.

Si no se usara vino, tabaco ni opio, ni se recurriese á espectáculos excitantes ó movimientos exagerados, gran parte de las disputas, riñas, desórdenes y asesinatos desaparecerían; no se gastarían energías en actos, no sólo inútiles, sino perjudiciales, y hombres, que con frecuencia son los que están mejor dotados, no se verían embrutecidos y mutilados moralmente, sin provecho para nadie.

HISTORIA

LA TRAGEDIA DE MEYERLING.—Interesantísimo es el trabajo que sobre las verdaderas causas de la muerte del Príncipe

Rodolfo de Habsburgo, publica en la *Revue des Revues* la Princesa Odescalchi.

Diez años han pasado desde la trágica muerte del heredero del trono de Austria-Hungría, y es hora ya de levantar el velo de tan triste drama, cuyo verdadero desenlace sólo es conocido por algunas personas del séquito más íntimo del desventurado Príncipe.

El Príncipe Rodolfo, de hermosa presencia, de amabilísimo trato, de exquisita educación, noble, franco, liberal, reunía todas las seducciones. Su educación, dirigida hasta los diez y ocho años por el severo Conde de Gondrecourt, se ajustaba á los más sanos principios, y el Príncipe hasta entonces, no había conocido otros placeres que los de la caza, las ciencias y las artes. A los diez y ocho años eligió por ayo al Conde de Bombelles, y éste, espíritu ligero de costumbres frívolas, al saber que su joven señor no conocía nada de los grandes problemas de la naturaleza, quiso hacerle conocer la mujer y el amor.

Las dormidas pasiones del Príncipe se despertaron, y seducido por los nuevos goces de la vida, se entregó de lleno al más desenfrenado libertinaje, sin respetar clases ni condiciones, y sembrando la deshonor en el seno de las más ilustres familias del imperio. Alarmados los padres por las aventuras de su hijo, decidieron casarle, y después de pasar revista á las Princesas de las familias católicas reinantes, el Príncipe se decidió por Estefanía, de Bélgica, de dieciséis años de edad, y no desprovista de atractivos.

La boda, concertada, estuvo sin embargo á punto de fracasar á última hora. Rodolfo estaba entonces enamorado de la señora F....., hermosa morena, de gallarda presencia, y de origen judío, casada con un rico industrial, de quien se había separado para vivir de sus encantos; apremiado por sus padres para cumplir con el deber de etiqueta de visitar á su futura, el Príncipe tuvo el capricho de hacer el viaje á Bruselas en compañía de la señora F....., oculta en el vagón imperial,

donde no podía penetrar ninguna indiscreta mirada. Todo salió perfectamente, sin que nadie sospechara nada. El Príncipe visitó á su futura y se despidió de ella para volver á su vagón de gala; pero la Princesa Estefanía, prendada de su novio, quiso darle una prueba de su amor sorprendiéndole en la estación en el momento de partir, y logró convencer á su madre para que la acompañase. Las dos Princesas, sin advertir á nadie, llegaron á la estación y aparecieron en el andén cuando el tren imperial sólo esperaba la señal de la partida. ¿Cuál no sería su sorpresa al ver á través de las vidrieras al Príncipe Rodolfo en compañía de una mujer? La Reina volvió la espalda llevándose á la Princesa Estefanía llorando; el Rey, indignado, quiso romper los lazos de la proyectada unión, y sólo á costa de no pocos trabajos diplomáticos pudo lograrse dominar todos los escrúpulos y llevar á cabo el matrimonio, que se efectuó en Viena con la acostumbrada pompa.

El matrimonio marchó bien los primeros meses, naciendo una hija al cabo del año; pero el Príncipe no tardó en volver á su vida de soltero, haciendo sufrir horribles celos á su esposa, que no podía resignarse á verse abandonada, y que agoviaba de reconvenciones al Príncipe, sin conseguir otro resultado que apartarle cada vez más del cumplimiento de sus deberes conyugales. Muchas veces, el Príncipe, que iba en un coche de plaza á sus citas amorosas, se encontraba al salir de ellas, en lugar del coche que había llevado, la carroza de corte que la Princesa había dejado en su lugar, rodeada de curiosa multitud que esperaba la salida del miembro de la familia imperial que debía ocuparla. Estas imprudencias acabaron por apartar al Príncipe de su mujer, lanzándole más de lleno en la vida de desorden que llevaba y que minaba su delicada organización; para restaurar sus desfallecidas fuerzas se entregó á la bebida, y su constitución se resintió profundamente de estos desarreglos.

Por entonces vivía en Viena la Baronesa de Vétzera, de origen oriental, hermosa mujer de larga historia, viuda alegre

de un diplomático austriaco, acostumbrada á una vida de lujo y de derroche á que no podía atender ya con su escasa fortuna y sus perdidos encantos. Esta mujer tenía una hija de diecisiete años, María, de belleza arrebatadora, verdaderamente excepcional, y tan ambiciosa como su madre; había visto al Archiduque Rodolfo y, enamorada de él, se había propuesto conquistarle.

María de Vétzera estaba íntimamente relacionada con la Condesa Larisch, sobrina de la Emperatriz Isabel, muy querida de su tía, y que, de carácter ligero, no sólo perdonaba á su primo Rodolfo sus faltas conyugales, sino que se complacía en favorecer sus amores frívolos. María de Vétzera le declaró su pasión, mostrando el deseo de encontrarse con el Príncipe, y la Condesa de Larisch, encantada por aquella intriga, y ganosa de proporcionar á su voluble primo tan delicioso bocado de amor, organizó en su casa un baile al que fue invitada la sociedad más escogida de Viena, y al que suplicó que no dejara de asistir su primo Rodolfo, insinuándole que en aquella fiesta se encontraría con la más deliciosa sorpresa de su vida.

El Príncipe picó el cebo, vió á María Vétzera en un precioso saloncito donde la condesa le llevó, y quedó tan deslumbrado por aquella beldad extraordinaria, que entonces, y sólo entonces, supo lo que era verdadero amor. Aquella noche la pasó el Príncipe en casa de la Baronesa de Vétzera, y desde aquel momento quedó preso en el lazo que le habían tendido los seductores encantos de María y los interesados cálculos de su madre, que no tardó en poder pagar todas sus deudas y en volver á su vida de lujo y ostentación.

La enamorada pareja fue á ocultar sus amores en la quinta de Meyerling, llegando á inquietarse el Emperador al ver que no se trataba de uno de tantos caprichos pasajeros de su hijo, sino de una verdadera pasión que podía traer serias complicaciones. Ni su intervención, ni la de la Emperatriz, dieron resultado, y la Baronesa de Vétzera, comprendiendo todo el partido que podía sacar de la situación, mucho más al saber

que su hija estaba en cinta, declaró al Príncipe Rodolfo que en adelante no toleraría los extravíos de María, y que se la llevaría al extranjero, á menos de que el Príncipe prefiriese divorciarse de la Archiduquesa Estefanía y casarse con la mujer que adoraba.

El Príncipe recibió con estas amenazas un golpe cruel. Trató de calmar á la Baronesa ofreciéndola millones, pero ésta se había penetrado bien de todo y resistió todo género de ofertas. Apremiado por la hermosa María, á quien aguijoneaba su madre, el Príncipe se decidió á presentarse al Emperador suplicándole interviniese para que el Papa anulara su matrimonio. El Emperador se indignó, y declaró que jamás consentiría aquel divorcio. El Príncipe acudió entonces directamente al Papa, pero éste se indignó también, dirigiéndole severas amonestaciones, y recomendando al padre que usara de todo su poder para que el heredero de su trono cumpliera sus deberes de cristiano.

El Emperador, alarmadísimo ya al ver la demacración de su hijo, hizo llamar á su médico para que le informase sobre la salud del Príncipe. El médico declaró minada la vida del Príncipe por una fiebre lenta, rogando al Emperador que con todo género de precauciones emplease todos los medios para separar á su hijo del objeto de su amor, pues sólo el reposo más completo podía todavía conservar su vida. El Emperador hizo llamar al Príncipe, y éste se presentó armado de todo su valor, previendo reconvenciones amargas en consonancia con la respuesta del Papa. El Emperador quedó aterrado á su vista, y sin fuerzas para reprenderle, abrió llorando los brazos á su amado hijo, y le suplicó cuidase de aquella vida tan preciosa para su familia y para su Imperio, rompiendo toda relación con la mujer que le llevaba á la tumba. El Príncipe, emocionado, no tuvo fuerzas para resistir, y prometió y juró no volver á ver á María de Vétzera, y para que la reconciliación fuese completa, aceptó la invitación de su padre de comer aquella misma noche con la familia imperial.

María de Vétzera, atormentada por tristes presentimientos, había pasado la víspera de esta escena con su amiga la Condesa Larisch, á quien confió sus temores, mostrándose tan exaltada que llegó á proferir terribles amenazas que alarmaron á la Condesa, haciéndola escribir á su primo Rodolfo que desconfiara de su amiga si quería escaparse de ella, pues la creía capaz de la venganza más atroz.

El día de la entrevista del Príncipe con su padre, María, sabedora por sus espías del llamamiento del Príncipe, y ansiosa por saber el resultado, lo arrolló todo, y presentándose por la tarde en el palacio imperial, obligó al criado que la cerraba el paso á que la anunciase á su amo; el Príncipe, trastornado todavía por tanta emoción, manifestó su deseo de no recibir á nadie; pero María, no acostumbrada á verse despedida, había forzado la puerta, y precipitándose en la habitación, se arrojó á los pies de su amante, y supo por él, entre lágrimas y besos, que debían separarse para siempre. Tranquila y resignada al parecer, sólo pidió al Príncipe la última entrevista, la de despedida, en Meyerling, donde tan felices habían sido, y de donde ella saldría para no volver jamás; Rodolfo no tuvo valor para negarse, y quedó concertada la entrevista aquella misma tarde en Meyerling.

Eran las dos de la tarde del 29 de Enero, y la nieve cubría el campo. Con un ligero trineo contaba el Príncipe que tendría tiempo de ir á Meyerling, pasar la última hora al lado de su adorada, y estar de regreso en Viena para la comida de familia. Pero retrasos imposibles de evitar hicieron que el sol estuviera ya muy bajo sin que el Príncipe hubiera llegado á Meyerling.

En el camino se encontró con el trineo de su cuñado, el Príncipe de Coburgo, que volvía de Meyerling á Viena para asistir á la comida del Emperador. Sorprendido del encuentro, el de Coburgo rogó á su hermano político que volviese atrás, sin poderle convencer. Poco después, sin embargo, el sol desaparecía, y el Príncipe Rodolfo, comprendiendo la imposibi-

lidad de estar de vuelta á tiempo, y figurándose el dolor de su cariñoso padre ante semejante decepción, se decidió á volver sobre sus pasos, y ordenó á su fiel cochero, Bratfisch, que diese la vuelta. La fatalidad quiso que en aquel mismo instante apareciera el trineo de María de Vétzera que, impaciente en Meyerling, al ver que su amante no venía, había resuelto salir á su encuentro. La voluntad del Príncipe flaqueó; á la vista de María lo olvidó todo, y tomándola en su trineo entraron juntos en Meyerling cuando ya era de noche.

María fué á la habitación que ordinariamente ocupaba con el Príncipe, y éste fue á dar un apretón de manos á los amigos que habían ido á cazar á la quinta, y de los que se despidió enseguida con pretexto de una jaqueca, sin que nadie hubiera notado la presencia de María de Vétzera en el palacio. El Príncipe se hizo servir la comida en su habitación, y María tuvo cuidado de hacerle beber más que de costumbre; en fin, quebrantado, aniquilado por aquel día de tan diversas emociones, el Príncipe se durmió pesada y profundamente.

Despertado de pronto, sobresaltado «por la más atroz y execrable de las venganzas que mujer alguna pudiera imaginar», vió su vida destruída para siempre. Cogiendo un revólver, mató, ante todo, á la que le había infligido tamaño ultraje, y luego, volviendo el arma contra sí mismo, se saltó la tapa de los sesos.

Nadie había observado nada. Al día siguiente, viendo que el Príncipe no bajaba á la hora que había ordenado le tuviesen dispuesto el trineo, el conde de Hoyos subió, y habiendo llamado inútilmente á las habitaciones del Príncipe, se decidió á entrar, hallándose con el terrible espectáculo de María de Vétzera tendida en la cama con un balazo en las sienes, y á su lado al Príncipe Rodolfo con el cráneo deshecho.

Tal es la trágica historia del Príncipe Rodolfo, tal como la relata la princesa Odescalchi. Una persona de alta posición de Viena envía, sin embargo, á la *Gazzetta di Venezia* otra versión, asegurando que es la exacta. Según esta versión, María

de Vétzera tenía concertada su boda con el Conde de***, amigo y confidente del Príncipe Rodolfo. Este había visto á María y se había enamorado de ella; pero aunque el Conde de*** había oído hablar de los amores de su prometida con el Príncipe, no había dado crédito á tales rumores.

Un día el Príncipe le invitó á una cacería á Meyerling, donde pasaron el día. Después de cenar los dos solos, el Príncipe se retiró, y entrando el Conde en sospechas averiguó que en la cámara del Príncipe había una dama, cuyas señas coincidían con las de su prometida. Excitado por los celos, corrió á la habitación reservada, escuchó á la puerta y pudo convenirse de que sus sospechas tenían fundamento. Lleno de furor abrió la puerta y se precipitó dentro de la cámara.

—¿Qué haces aquí?—exclamó el Príncipe—incorporándose en el lecho, sorprendido por aquella irrupción, y cogiendo un revólver de la mesilla de noche.

Por toda respuesta cogió el Conde una botella vacía de Champagne, y asestando con ella tremendo golpe al Príncipe en la cabeza, le hizo caer pesadamente sobre la cama y soltar el revólver. Recogiéndolo furiosamente del suelo, el Conde disparó sobre el Príncipe y luego sobre María de Vétzera, que, presa de terror, se había cubierto con las ropas del lecho.

LITERATURA

HISTORIA DE LA LITERATURA JAPONESA.—El editor Heine-
mann, de Londres, acaba de publicar en su colección de *Literaturas del mundo* la *Historia de la literatura japonesa*, de W. G. Aston (1), cuyo libro analiza Guillermo Pasigli en *La Nuova Antología*, de Roma.

(1) Muy pronto verá la luz este precioso libro traducido al castellano, formando parte de la Biblioteca de LA ESPAÑA MODERNA, en la cual figuran ya las historias de las literaturas griega, francesa é italiana.—(N. del D.)

Según Aston, la historia de la literatura japonesa se divide en ocho períodos, llamados por los nombres de las ciudades residencia de la corte: Arcáico (hasta el 710), de Nara (710-800), clásico de Heian (800-1186), de Kamakura (1186-1332), de Nambokucho (1332-1392), de Muromachi (1392-1603), de Yedo (1603-1867) y de Tokio (1867, á nuestros días).

El período *Arcáico* se caracteriza por la introducción de la escritura y la propagación del budhismo por el Príncipe Chotoku, muerto en 621; en medio de multitud de leyendas se destaca como hecho histórico la invasión del país por un ejército procedente de la isla de Kinchu, cuyo jefe, Gimmu Tenno, fue el primer Mikado, estableciendo la capital siglos antes de Jesucristo en la provincia de Yamato. Como documentos literarios de ésta sólo pueden citarse los *Norito*, oraciones en prosa, recitadas con gran ceremonia por los *Nakatomi*, representantes hereditarios del Mikado en las funciones sacerdotales.

En el período de *Nara*, nombre de la residencia de la corte, se fundó una Universidad en la que se estudiaba la historia, los clásicos de China, las leyes y la aritmética. La producción más importante del período es la *Mañochu* ó *Colección de mil hojas*, que contiene unas 4.000 poesías entre *Taukas* y *Naga-utas*, clasificadas en poesías sobre las cuatro estaciones, amorosas, elegiacas, alegóricas y de argumento vario. La poesía épica falta, y no existen huellas de poesía didáctica, filosófica, política ni satírica; sólo la lírica aparece, consistente en versos amatorios, lamentos nostálgicos, loores al vino, cantos elegiacos y versos dedicados á la belleza de ciertos fenómenos naturales, el murmullo del arroyo, la nieve del monte Fugi, el rumor de las olas, los trinos de los pájaros, el zumbido de los insectos, la luna, las flores, el viento, la lluvia; es curioso notar que el esplendor del cielo estrellado no ha llamado la atención de los poetas japoneses, siendo también rarísimos los cantos bélicos. En cuanto al mecanismo de los versos es sencillísimo: no hay rima ni cantidad. La *tauka* ó «poesía bre-

ve» consta de cinco versos, dos pentasílabos y tres eptasílabos alternados, y es la más corriente; la *naga-uta* ó «poesía larga» es también una combinación de quinaros y septenarios, pero no limitada á cinco versos como la *tauka*; es género menos usado, y hoy casi del todo abandonado.

El período de *Heian*, «la ciudad de la paz», es el del más puro clasicismo: su monumento poético más notable es la colección del *Kochinchu*, poesías entre cuyos autores domina la mujer, estimada entonces al igual del hombre, pues la concepción oriental de su inferioridad fue introducida más tarde á imitación de la China; los hombres se dedicaban á estudios más serios, y dejaban á la mujer las frivolidades de la poesía y las novelas. En este período, en que se sustituyó en la escritura el sistema alfabético al silábico, la mayor parte de las obras del *Kochinchu* están escritas para concursos, y tienen por lo mismo poca espontaneidad y mucha afectación. La prosa, que empezó á cultivarse en el siglo X, se ve ilustrada por Kino Zurajuki, autor del *Prefacio del Kochinchu* y del diario de viaje *Tosa Nikki*. Los *Monogatari* son una colección medio novelesca, medio histórica; los *Taketori* se parecen á nuestras novelas de hadas; un recolector de bambú (*Taketori*) abrió un día una reluciente caña, y de uno de sus nudos salió una hermosa niña, que, convertida con el tiempo en bellísima doncella, propone á sus pretendientes difícilísimas empresas, cuyo relato forma el fondo de la obra, digna de sus semejantes en nuestras literaturas. Las dos obras maestras del clasicismo son, sin embargo, el *Guenji Monogatari*, de Murasaki (año 1000) y los *Makura Sochi*, de Sei Chonagon, dos escritoras geniales. La primera es una novela realista, cuyo argumento lo forman las aventuras amorosas del príncipe Guenji, y la segunda es una especie de colección de escritos de todo género, sin enlace alguno.

Tras este período de florecimiento viene el de decadencia de *Kamakura*, producido por el predominio del elemento militar y la ruptura de relaciones con China. La mujer deja de

cultivar la literatura, y sólo los monjes budhistas contienen el abandono de los estudios. La obra de mayor importancia del período es *Guempei Seisui ki*, primer ejemplo de producción histórica en el Japón, relato de las luchas internas del país en el siglo XII, argumento tratado también en los *Heike Monogatari*. El escritor más célebre del período fue Kamo Chomei, autor de los *Hojioki*, notable por sus descripciones, entre las que figuran las de un incendio, un ciclón y una carestía.

El breve período de *Namboku-cho* ó de las dos Cortes fue de escasa importancia literaria. En el de *Muromachi* las letras recobraron no poco del perdido brillo, figurando entre sus producciones en prosa dos obras casi históricas, el *Ginkochotoki* y el *Taiheiki*, y un gracioso volumen de pensamientos y bocetos titulado *Zure-Sure-Gusa*. En poesía aparece el drama lírico *O No*, de origen religioso, con tres personajes y el coro. La más célebre de estas composiciones es la *Takasago*.

En el período de *Yedo* la literatura, reservada á la aristocracia, se vulgariza, la cultura se difunde por todas las clases sociales, la producción literaria se extiende á los ramos todos del saber, y todos se interesan en la lucha filosófica de las dos escuelas rivales de los *Kangakucha* y los *Uagakucha*. La dramática, dividida primero en *No Chibai* (teatro clásico) y *Kabuki Chibai* (teatro popular), en el que el coro tenía muy secundario papel y los asuntos eran tomados de leyendas vulgares, llegó á su apogeo en el *Ayáhuri Chibai* ó teatro de fantoches, en el que se representaron los dramas de los mejores escritores, entre los que sobresalió Chicamazu, de quien puede decirse que fue el creador del drama japonés, siendo su obra maestra *Kokuseiya Kassen*, cuyo asunto lo forman las aventuras de un famoso pirata. En poesía, el afán de los japoneses de reducir á la mínima expresión el pensamiento del poeta produjo los *Haikai*, composiciones microscópicas de 31 sílabas (un eptasílabo entre dos pentasílabos), en cuyo género sobresalió Bacho á mediados del siglo XVII, y á su imitación surgieron en prosa los *Habun*. La novela, sin embargo, fue

cultivada con toda amplitud, revistiendo, como las producciones dramáticas, de donde generalmente nacía su argumento, caracteres pornográficos que el Gobierno tuvo que corregir, y llegando á su perfección con Kioden, Bakin é Ikku. Kioden fue el primero que se hizo pagar por los editores, pues antes éstos, ó no daban nada, ó convidaban á cenar al autor si la obra iba viento en popa, y concluyendo con el género pornográfico creó la novela sensacional, de que es tipo su *Inadzuma Hiosci*. El más grande de los novelistas japoneses fue Bakin, autor de unas 290 obras, entre las que sobresalen *Yumihari-Zuki* (*La luna nueva*) y *Hakkenden* (*Los ocho perros*), novela en 106 volúmenes, que comprende hoy no menos de 12.000 páginas de impresión. En cuanto á Ikku, célebre humorista, su novela más famosa es la titulada *Hisakurigue*, narración de cómicas aventuras de viaje.

El período de *Tokio*, ó contemporáneo, caracterizado en política por la caída del feudalismo y la introducción de la cultura europea, se caracteriza al principio por el gran número de traducciones, principalmente de Dumas, Cervantes y Verne, la aparición de los periódicos y revistas, y la imitación, en suma, de todo lo europeo. Las primeras figuras de esta época son: en la literatura dramática y novelesca, Zubuchi, Nansui, Nariyuki y Tocutaro; en ciencias políticas, Tokutomi é Ito; en poesía, Toyama. La influencia de la civilización europea se hace sentir en todas las manifestaciones literarias del Japón, habiendo ya producido una transformación completa en la vida de tan interesante pueblo.

CIENCIAS POLÍTICO-SOCIALES

LA CENTRALIZACIÓN Y EL REGIONALISMO.—D. Joaquín Sánchez de Toca es uno de los políticos más cultos de nuestro país, en el más amplio sentido de la palabra, y quizá por eso no ha llegado todavía á ministro, aquí donde tantas nulidades

hemos visto pasar por los Consejos de la Corona: polígrafo eruditísimo, elegante en el decir y profundo en el pensar, es un trabajador infatigable, y cuanto lanza al público es digno de seria meditación, y generalmente de merecido aplauso, siendo su última labor los artículos publicados en la *Revista Contemporánea* sobre la candente cuestión de *La centralización y el regionalismo ante la política unitaria de la patria*.

«La palabra *región*—dice Sánchez de Toca—apareció por primera vez en documentos oficiales, como denominación técnica de programas descentralizadores, en los proyectos de ley provincial y municipal presentados á las Cortes por el señor Moret el 6 de Enero de 1884, en el que se distribuía en 15 *regiones* el territorio nacional. El 25 de Diciembre del mismo año, Romero Robledo, que sucedió en Gobernación á Moret, presentaba otro proyecto, en el que figuraba un título entero bajo el siguiente epígrafe: «De la administración y gobierno *regional*.» La entidad *región* de este proyecto era, sin embargo, inconciliable con la de los anteriores, sembrándose con semejante contradicción en el programa de los partidos turnantes confusión peligrosísima para que el espíritu público se extraviara, siendo muy de celebrar que las reformas proyectadas en 1891, en vez de traducirse en leyes con las premuras corrientes en nuestras costumbres, tomaran vías de madurez, formulándose, como preliminar de las consultas por el ministerio de la Gobernación, una ponencia oficial que sirviera de base para recoger opiniones competentes.

El espíritu público aparecía entonces indiferente ante tales novedades, y sólo un año más tarde apareció usada la voz *regionalismo* como aspiración política, en la exposición que los catalanes presentaron en 1885 al Rey. Esta voz, sin embargo, era entonces tan vaga, y se tenía tan escasa conciencia de su sentido y alcance, que se empleaba para indicar la aspiración á que España se constituyera al modo de Inglaterra, Austria y Alemania, sin caer en la cuenta de que estas tres formas de descentralización responden á muy distintos ideales, y son real-

mente incompatibles entre sí. El llamado regionalismo despertaba entonces pasiones en reducido núcleo de intelectuales como materia de disertaciones lúcidas, y sólo años después se vió que la teoría regional conquistaba prosélitos fuera de los Ateneos, hasta estallar con explosión formidable al sobrevenir la tremenda crisis de nuestro desastre colonial.

En esta hora crítica, el regionalismo apareció como fórmula mágica para agitar hondamente el alma popular, y sin que la vaguedad del concepto haya desaparecido, el poder sugestionador de la teoría aparece irresistible, porque cuando las multitudes llegan á impresionarse por una de tales fascinaciones, la virtualidad de las palabras se hace independiente de su significación real. Así suena hoy la voz *regionalismo* como emblema de combate y solución de todos los problemas, enardecido pasiones dormidas, inspirando programas para que el Estado quede sin acción para cobrar por sí mismo los tributos, y resonando como fatídica voz que hace estremecer el patriotismo, como si sintiera el frío de acerada cuchilla en sus entrañas, mientras hace retroceder ante su propia obra á los gobernantes, asustados de haber lanzado tales fórmulas y palabras al torrente de la circulación sin haber medido el desarrollo que podían adquirir por las pasiones colectivas.

Lo más grave del problema consiste en los caracteres de vértigo pasional que el regionalismo ha adquirido, revelando temeroso estado moral de los ánimos en el momento crítico de la liquidación de nuestro desastre, y siendo urgente discernir, entre los factores de esta explosión, cuáles son los que quebrantan el sentimiento de la patria grande y cuáles los que representan fuentes de regeneración y energías aprovechables.

El síntoma de mayor relieve en la explosión del espíritu regionalista consistente en aparecer ante todo, no como encarnamiento doctrinal con instituciones muertas, sino como protesta vibrante contra el sistema centralizador, como sentimiento de odio invencible de las regiones contra el poder cen-

tral, simbolizado en Madrid. Esta protesta y este odio reviste caracteres tales de violencia, que se llega á sostener que, «de seguir viviendo como vivimos, sería preferible entregarnos á Francia ó Inglaterra, poniendo punto final á la historia de España»; y esto se dice y se aplaude nada menos que en la inmortal Zaragoza, emblema de patriotismo acrisolado. «Un organismo nacional degenerado hasta enloquecer con semejante vértigo—dice Sánchez de Toca—no se libra del suicidio sino con camisa de fuerza, y no puede aplicársele otro reconstituyente que el de infiltrarle, cueste lo que cueste, el sentimiento de la patria una indivisible é intangible.» Y no cabe distender las ligaduras sino cuando resulte vivificado tal sentimiento, que libertades y descentralizaciones sólo pueden florecer con nacionalidad sin envilecimiento, donde no se invoca el santo nombre de patria sin hallar muchedumbres dispuestas, á darle sin regateo vidas y haciendas. Por fortuna, tales síntomas de descomposición aparecen contrarrestados por otros reveladores de vigorosa vitalidad.

Fuera gran desvarío negar que la protesta regionalista carece de fundamento, apareciendo Madrid concentrando todas las iras, como sede y símbolo del organismo burocrático, político y parlamentario que ha gangrenado nuestra existencia nacional. Madrid, sin embargo, es á su vez víctima como quien más de desgobiernos y corrupciones, y participa, en desventuras, impuestos y sacrificios, más que ninguna otra parte de la nación. Los odios aparecen concitados contra ella, no por lo que es, sino por lo que tiene de símbolo como capitalidad del centralismo, según afirmó en uno de sus más elocuentes discursos el insigne Maura.

Aunque este regionalismo aparezca ahora imposibilitado para recurrir á medios violentos, urge que se anticipe por ley su desagravio en todo lo que es justo y necesario para que las energías que contiene se truequen en elementos de regeneración y vida y no en factores de disolución y muerte. Nada se destaca en el trabajo providencial del desarrollo histórico

desde hace diez siglos con tan vigoroso y persistente encadenamiento como la constitución de personalidades internacionales y soberanías de Estado en creciente progresión de fuerzas. Desenvuelta esta tendencia por los monarcas absolutos y llevada á su extremo desarrollo por la revolución francesa y por nuestra épica guerra de la independencia, la unidad nacional, sentida entonces como nunca, llegó á violentar para su más cumplida realización, instituciones y demarcaciones históricas, sacrificadas con gusto por el pueblo en aras del interés supremo de la patria.

El criterio de la política unitaria impuso una organización centralizadora y simétrica, creando por decreto corporaciones y provincias como unidades de artificio para administrar de real orden la vida nacional, y una vez enrasado el suelo por la centralización, pretendimos edificar instituciones parlamentarias, y como el poder quedó en posesión de la omnipotente máquina electoral, y secuestrado á su vez por la tiranía del pandillaje agremiado para vivir de los desmanes de la dominación, la nación entera quedó corrompida hasta la médula. Llámese como se quiera, lo que caracteriza al régimen parlamentario es el estar amasado en una continuación de despotismo y servidumbre. Las elecciones son mentira, los Municipios escuela de perversión moral, las provincias están á merced de cómitres puestos por los grandes corsarios, y la administración central es inepta y prevaricadora, con Consejos de Estado y jueces hechos al servilismo de condenar ó absolver por mandato.

La política unitaria necesita más que ninguna otra continua justificación de grandezas exteriores y glorias militares. Los pueblos aceptan como mártires todos los suplicios, mientras alientan fe viva en que con ellos se ataja el camino de la gloria; pero desdichada la nación, sofocada por los métodos centralizadores, el día de una triste liquidación que la arrebatase sus ensueños: perdido el respeto á sus clases gobernantes, desconfía de todo esfuerzo colectivo, y con este pesimis-

mo cunde en todos la idea mortífera de vivir cada uno para sí, atento sólo á su egoísmo.

Todo el alcázar de nuestro derecho constitucional está cimentado en falso: aparenta ser una construcción de parlamentarismo con sufragio universal, y su cimiento y argamasa es la más absorbente centralización, con instituciones montadas contra toda iniciativa independiente, resultando el régimen administrativo en inconciliable contradicción con el político. Así se ha visto que á raíz de la catástrofe colonial, se pasó sin transición de la fiebre patriótica al frío del escepticismo, y sin que el mecanismo constitucional se hubiera alterado en lo más mínimo, se tenía conciencia instintiva de que todos los aparatos de la política, conservando sus nombres y apariencias, no representaban ya el mismo poder efectivo.

En medio de este derrumbamiento, se percibieron, sin embargo, algunas vigorosas palpitations de opinión, primero como ayes lastimeros, y luego cual voces de delirio de una nación estremecida por dolores agudísimos en todos sus órganos vitales. En torno del fantástico alcázar constitucional, mantenido en equilibrio por artificiosos convencionalismos, y perdido ya el talismán de sus prestigios, surgen apariciones del mundo olvidado, como si en la raza brotaran impulsos atávicos para agitarla con las voces de los antepasados, cundiendo entre nosotros, hoy más que nunca, la idea de que el Gobierno, la administración y la justicia son nuestros mayores enemigos, y fermentando en el seno de tal desasosiego, como principales explosivos, los múltiples elementos de lo que se llama regionalismo.

La idea regionalista es quizá la única ilusión viva y con acción de entusiasmo sobre las colectividades; donde esas ideas centellean, á ellas van á afiliarse liberales y conservadores, republicanos y monárquicos, católicos y librepensadores, rompiendo sus respectivas disciplinas de escuela y de partido. Los ideales, resorte dinámico principal en la acción colectiva, aparecen en los partidos unitarios como ideas frías y muertas, mientras en las milicias regionalistas crean estados pasio-

nales de odio y de amor, y en política, como en religión, el creyente tiene más fuerza que el escéptico; porque una convicción enérgica no puede combatirse eficazmente sino con otra convicción de no menor energía.

Esta superioridad de convicciones constituye la principal ventaja que por de pronto lleva el regionalismo; y credo capaz de enfervorizar entusiasmos colectivos, aunque haya en él alucinaciones visionarias, requiere la atención del gobernante y exige que no falte previsión para preservar á la multitud de sus propios extravíos.

Las fundamentales diferencias entre la reivindicación catalanista del siglo XVII y la actual, indican cuánto difieren entre sí los problemas políticos planteados en ambas épocas. Estado y regiones resultan hoy en igual triste necesidad de amañarse en las artes de gobierno, y hasta grave es esta peligrosa novedad para que ante ella no se rindan los mayores miramientos de la mayor prudencia política, evitando principalmente los gobernantes el aparecer con actitudes equívocas y palabras generales llenas de duda ó artificio, y previniendo cuanto pudiera tener viso de provocación ó propósito de conducir los sucesos á tensión violenta.

Cuando todos los moradores de una tierra entran en tales inquietudes de espíritu, indicio grave es este de que allí existe algún gran maleficio que desagaviar. Oigase al agraviado y no se desespere al quejoso, y con razones y esclarecimientos será fácil llegar á un acuerdo, y se comprobará que muchos centralistas intratables son en el fondo regionalistas sin saberlo, y no pocos regionalistas intransigentes, en cuanto se enteren bien de lo que hay que hacer en villas y lugares para vivir vida regional, pedirán quizá mayores amparos de poder central que los que hoy existen. Eliminados del regionalismo sus elementos de utopía, puede ser base fecunda de gran política unitaria, procurando al Estado alivio de su agobiadora carga de administración y tutela y siendo para los pueblos medio de desagravio de insoportables opresiones.

El armatoste descompuesto del mecanismo centralizador resulta por otra parte de peligroso manejo, y cualquier descuido en su uso puede lanzar á este pueblo en caminos de perdición, sin siquiera apelar á la rebeldía armada, pues le bastaría ejercitar el veto, que ha sido siempre el poder mayor de las plebes. Las muchedumbres van teniendo conciencia de este poder, hoy más que nunca incontrastable por la rapidez de las comunicaciones, y quizá no hay en el mundo pueblo más apto que el español para este linaje de huelgas de obediencia.

Según la política que con él se siga, el regionalismo será explosivo de anarquía y furioso vendaval que nos lleve al naufragio, ó elemento valiosísimo de reconstitución. El tratamiento del regionalismo requiere ante todo desviarse de cuanto tienda á convertirlo en materia de violencia ó de improperios, respetando sus manifestaciones en letras y artes, y hasta sus enamoramientos de lenguas ó dialectos de regiones, evitando á toda costa que el conflicto se tramite por las vías de la indisciplina social y de las pasiones embravecidas, pues á tanto equivaldría cortarnos una mano con la otra.

Situando luego unos y otros su ideal en las realidades de la vida, descubrirán que la política unitaria y la regionalista se identifican en la solución de transformar el Estado y la región sus relaciones, para que cada centro, con su vida propia, provea por sí á su desenvolvimiento dentro de la unidad nacional. Pero los maniqués provinciales y municipales de un Estado centralizado no se convierten de improviso, por el mero desglose de servicio y jurisdicciones, en organismos vivos con iniciativas propias y fecundas. Al político que se atreva á semejante operación no le basta el concepto perfectamente claro de lo que conviene intentar; necesita además voluntad firmísimamente templada, perspicacia y decisión rápida, y ha de ser de los que sepan penetrar en el alma de las plebes interpretando sus sueños sin contagiarse de sus alucinaciones.

Aunque es destino y oficio del hombre de Estado vivir

afrentando siempre las responsabilidades de lo imprevisto, se comprende la ansiedad de su espíritu en estos instantes solemnes de una hora que ilumina en las almas el fulgor de todas las posibilidades. Quien no se sobrecoja en esta hora, ni teme á Dios ni ama á su patria.

HERMENÉUTICA

LOS TESTIMONIOS HUMANOS.—Los magistrados y jurisconsultos del último siglo,—dice en la *Nouvelle Revue internationale* Pedro Denis—desconfiaron del testimonio humano, por lo expuesto que es á error, y exigieron para condenar á un individuo pruebas sacadas de los hechos después de su ejecución, que pudieran ser por lo mismo examinadas con cuidado y con plena libertad de espíritu. Se necesitaban tres de estas pruebas para justificar una condena. Los jueces que hubieran castigado sin tenerlas, podrían ser perseguidos por el condenado ó por su familia y, en caso de error, la responsabilidad era á veces penal, pero siempre pecuniaria y considerable. Y no era esta responsabilidad puramente nominal, pues los casos de indemnización eran relativamente frecuentes, y en un asunto criminal de Melun, que había tenido por resultado la pena de muerte por deserción, fueron ahorcados tres jueces.

Los legisladores revolucionarios cambiaron esta tradición y estas instituciones jurídicas, reemplazándolas con el procesamiento criminal corriente, que hace de todo proceso de Audiencia un espectáculo preparado, arreglado por los jueces de instrucción, y sobre el que sentencian soberanamente doce ciudadanos sacados á la suerte.

Los legisladores revolucionarios, aunque volterianos, imaginaron para asegurar la sinceridad del testimonio el solemne ceremonial del juramento, que sólo tiene valor si quien lo presta cree en la existencia de un juez divino que ha de castigarle si miente; pero que, sin esa creencia, es una formalidad sin valor.

El testigo, por otra parte, puede con la mejor buena fe engañarse ó ser engañado. El valor de su testimonio resulta de la fidelidad y precisión de su memoria, de la exactitud de su espíritu, de sus hábitos de observación, de su sentido crítico y de la extensión de sus conocimientos, sin hablar de la perfección de sus sentidos.

En nuestros tiempos igualitarios, no se distingue entre la declaración de una vieja devota que cree en brujas, y la de un sabio acostumbrado á los experimentos de laboratorio; y hasta se tiene propensión á creer con preferencia lo que dicen gentes incultas, porque se las juzga más sinceras, cuando son frecuentemente más imaginativas, como se admite que el testimonio de los niños es el más leal, cuando los hechos demuestran que el niño, arrastrado por su imaginación ó repitiendo lo que le han enseñado, es sumamente embustero.

Desde muy joven—dice Denis—me he puesto en guardia contra el testimonio humano: he tenido aventuras que los periodistas han contado á su modo, y he podido convencerme de la inexactitud con que se contaban. No sé cómo son los hombres de los demás pueblos, aunque serán poco más ó menos como los franceses; pero el francés, sin ser novelesco, es novelista; en todo asunto el francés busca una novela, y si no la encuentra, la hace. La mayor parte de los procesos no son otra cosa. El juez trata menos de buscar la verdad que de forjar una novela, y la defensa se esfuerza por su parte en forjar otra, y el Jurado elige entre ambas la que más se ajusta á sus opiniones y preocupaciones.

Casi todos los hombres se conducen instintivamente como el juez de instrucción. Ante la puerta de una casa se ve un tropel de gente. Pasais y preguntais la causa.—Es un inquilino que ha pegado al portero, dice uno.—Es un hombre que quería pegar á su mujer, dice otro.—Es un ratero, dice el tercero. Y así, sucesivamente. Y cada cual vá contando á su casa la novela que se ha forjado.

Cuando el proceso Dreyfus, Mauricio Barrés quiso asistir

al acto de la degradación, y á su regreso contó á los redactores de su diario la actitud del condenado y su frenético grito, repetido sin cesar: «¡Soy inocente! ¡Soy inocente!» El gaceti-llero, por su parte, escribía su informe, repitiendo las palabras de Dreyfus: «¡Soy inocente! Bien sabe el Ministro que si he entregado documentos al extranjero, era para adquirir otros más importantes.» No cabía discutir la verosimilitud de estas palabras; las había dicho y había que copiarlas, y las reprodujeron todos los periódicos, como hecho positivo. Más tarde se supo que era imposible que los periodistas las hubieran oído; les habían sido dictadas. Y eso es lo que se llamó «la confesión de un traidor.»

El testigo cree que su memoria es exacta, pero nada lo prueba. Los más acostumbrados á ejercitarla, tienen que confesar que no pueden repetir con exactitud lo que han oído una sola vez; retienen sólo algunas palabras típicas, cuyo sentido no siempre comprenden. La inexactitud de las *interviews* es bien notoria para los interrogados, cuando no se toman la molestia de escribir por sí mismos, ó de dictar las respuestas más importantes ó las que requieren mayor precisión.

Como hay el daltonismo de la vista, existe el daltonismo de la memoria. Cuando se trata de repetir lo que se ha oído, se reemplaza la palabra que no se recuerda por otra que parece semejante, y así se deforman las frases por la misma ley de la deformación de las palabras. Cuando la palabra oída no tiene sentido para el que la oye, la sustituye por otra que tenga valor para él, y así se convierte la «rue de la Reynié» en «rue de l'Araignée». Si se trata de una frase obscura, el que la oye la repetirá, quitando, poniendo y modificando hasta darle su sentido, que las más de las veces está muy distante de coincidir con el verdadero.

En uno de sus más interesantes cuentos, *El asesinato de la calle Moigne*, cuenta Edgardo Poe que varios vecinos habían oído ciertas palabras pronunciadas con cólera: según uno, era en español; según otro, en alemán; y según otro, en inglés. El

magistrado les pregunta respectivamente si conocen el español, el alemán ó el inglés para hacer tales afirmaciones, y todos contestan negativamente; todos habían creído reconocer precisamente las voces de la lengua que ignoraban; al fin se supo que el autor del asesinato era un orangután, y que sus gritos guturales eran los que los vecinos habían tomado por voces extranjeras. Tal es la historia de multitud de testimonios.

Y lo mismo pasa con los hechos *vistos*. Un abogado ha tenido recientemente que defender á un muchacho acusado de hurto; este muchacho era pobre, pero amigo de instruirse, é iba con frecuencia bajo las galerías del Odeón á hojear los libros en venta; lo descuidado de su traje y lo frecuente y prolongado de sus paradas hizo sospechar al librero que trataba de robarle, y por eso no le perdía nunca de vista; una tarde, mientras el muchacho leía, un ratero escamoteó un libro, y el librero le hizo detener, pero acusando de complicidad al pobre muchacho, que resultó tener ideas anarquistas, cosa que le favorecía bien poco; llegada la vista de la causa, el librero indicó el modo de obrar del pretendido cómplice, tal como se lo había figurado, suponiendo que estaba allí para tapar el robo del otro, hasta que el abogado le obligó á precisar el sitio ocupado por cada uno, resultando que el ladrón se hallaba entre el librero y el anarquista, siendo imposible que éste cubriera á aquél; si por casualidad el robo lo hace el ratero más allá de donde estaba el anarquista, éste hubiera sido condenado sin la menor culpa.

Casi todos los individuos están sujetos á una doble sugestión: la del medio, ó colectiva, y la inconsciente del aparato cerebral. La primera les incita á pensar que un hecho confuso para ellos es de cierta naturaleza, que tiene cierta causa, que tales ó cuales podrían ser sus autores; y eso es lo que se llama opinión general, rumor público, que en tiempo de pestes ó de tifus hace creer en el envenenamiento de las aguas por los frailes ó por los judíos; y cuando esta sugestión colectiva ha despertado la atención, el individuo recuerda hechos, palabras,

gestos insignificantes á los que da el sentido que se acomoda con su sospecha, produciéndose la autosugestión. Como las gentes no tienen conciencia alguna de estos fenómenos psicológicos, se apasionan por su opinión, y así se hace la fe que crea los héroes, los verdugos y los mártires.

Los hombres que por su educación y sus hábitos profesionales debieran sustraerse más á esta forma de la autosugestión, que produce la idea fija en cierta categoría de enajenados, no se libran de ella. Los peritos, en efecto, que en la mayor parte de los casos en que son llamados actúan como verdaderos jueces, se consideran, en general, como auxiliares de los magistrados; su entendimiento toma la inclinación del de los jueces de instrucción, procuradores y sustitutos; creen servir á la sociedad descubriendo una culpabilidad cualquiera, sin pensar en que la servirían mucho mejor buscando y descubriendo la verdad.

La objeción á todo esto es muy general. Tenéis razón—se dice;—pero ¿cómo administrar justicia si no se concede crédito al testimonio humano? Pues reformando el procedimiento, la instrucción, las costumbres judiciales y la institución del Jurado; ante todo, no aceptando los testimonios sino como elementos de investigación, y no como pruebas ó elementos de convicción. Los mejores testimonios en la historia, los más verídicos, concluyentes é irrefutables, no son los de los hombres, sacados de las crónicas, de las memorias ó de los libros, sino los sacados de los hechos, de las cosas. Lo mismo ocurre en derecho procesal: sólo el atestado de las cosas que no tienen pasión ni sugestión, ó de los hechos mismos, que no mienten consciente ni inconscientemente, deberían servir de base para producir una condena, después de atento examen experimental, sin fundarse en testimonios cuyo valor es imposible conocer, porque no se puede penetrar en la conciencia ni en el entendimiento de los testigos. Si la justicia quisiera ser menos impotente, le bastaría ser menos rutinaria y más vigilante, siendo siempre preferible exponerse á dejar impune á un culpable que castigar como culpable á un inocente.

IMPRESIONES Y NOTAS

PRONUNCIACIÓN DE LA PALABRA «BOER».—Ahora que, con motivo de la guerra anglo-transvaalense, tanto se habla y se escribe del valiente pueblo *boer*, no está demás dar á conocer la verdadera escritura y exacta pronunciación de esta palabra, como lo hace J. Bastin.

La palabra *boer* no es otra cosa que la forma flamenca ú holandesa del *bauer* alemán, que significa á la vez *constructor*, *aldeano* y *labrador*, y tomándola en mal sentido, *rústico*, *villano* y *sota* (en el juego de cartas), en correspondencia con el verbo *bauen*, del que se deriva, y que significa *construir* y *cultivar*.

Los franceses y los rusos han dado en escribir esta palabra con diéresis (*boër*), pronunciándola equivocadamente en armonía con esta escritura inexacta. Debe escribirse *boer* y pronunciarse *bur*, pues la combinación holandesa *oe* se pronuncia *u*. *Boer* ó *bur* significa, como la forma originaria alemana, *aldeano*, *labrador*, *cultivador*, *campesino*, y en sentido peyorativo *patán*, *rústico*, *villano*. En la baraja se llama también *boer* á lo que nosotros llamamos *sota* y los franceses *valet*.

*
* *

EL HAMBRE CRÓNICA.—Para el año 1930 ha profetizado el sabio W. Crookes, en su discurso pronunciado en Bristol, un hambre general, haciendo notar que el campesino ruso sufre hambre crónica.

La Revue Scientifique y *La Nature*, dicen que, sin entrar en pormenores sobre las causas de estas hambres que todos los años castigan unas ú otras provincias del gran imperio moscovita, no pueden menos de reproducir el asombroso descubrimiento hecho por la oficina de estadística del Gobierno en Pskov, y publicado por *El Correo* ruso, demostrando hasta

qué punto el hombre en general, y especialmente el campesino ruso, sabe y puede acomodarse á las difíciles circunstancias de la lucha por la existencia.

En los distritos castigados por las malas cosechas, que revisten forma crónica, los habitantes han discurrido un medio para adaptarse á la falta de provisiones, medio que no es desconocido del resto del mundo, como dicen las Revistas indicadas, pero que no se practica en ninguna parte sistemáticamente ni con la persistencia en la duración que en el imperio ruso; este medio se reduce lisa y llanamente á meterse en la cama, dormir todo lo posible y moverse lo menos que se pueda. Á este sencillo recurso le dan el nombre de *lejka* (que quiere decir «acto de acostarse»). En cuanto un jefe de familia se da cuenta de que su provisión de trigo tiene que agotarse antes de recoger la nueva cosecha, empieza por disminuir la ración de comida de la familia; pero como la experiencia le enseña que necesita conservar su salud y su fuerza para los trabajos de primavera, y esto no puede conseguirlo ayunando, se entregan él y su familia al *lejka*, permaneciendo acostados cuatro ó cinco meses, sin levantarse más que para calentar la choza y comiendo un trozo de pan negro mojado en agua, tratando de moverse lo menos y de dormir lo más que pueden.

Así, tendido al calor del fuego, conservando la mayor inmovilidad y probablemente sin pensar en nada, el campesino ruso no tiene otro cuidado que el de gastar lo menos posible su calor animal durante el invierno, para lo cual come menos, bebe menos, se mueve menos y, en una palabra, *vive* menos. Cada movimiento superfluo repercute necesariamente en su organismo, ocasionando un gasto superfluo de calor animal, que produce á su vez una recrudescencia de apetito que no hay medio de satisfacer, siendo preciso evitar la causa para que no se produzca el efecto. El instinto le aconseja dormir más y más; en la choza reina la obscuridad y el silencio, y en los rincones más abrigados invernan, solos ó agrupados, los miembros de la familia.

Durante el hambre del año actual, la prensa rusa ha señalado varios casos de este género; pero hasta el presente se ignoraba que el *lejka* no es un hecho pasajero ó accidental, sino todo un sistema practicado por toda una serie de generaciones de campesinos, que se han acostumbrado á considerar la media ración como regla general, la saciedad como ideal irrealizable y el hambre como una molestia que puede soportarse por medio del sueño invernal.

*
* *

EL PUEBLO ESPAÑOL JUZGADO POR FOUILLÉE.—Este ilustre escritor consagra en la *Revue des Deux Mondes* un artículo al estudio del carácter español. «En todo español típico—dice—hay un Don Quijote idealista, soñador, y un Sancho Panza observador y amante de la realidad.» La religión es una de las influencias que más se han hecho sentir en la raza, y asociada al espíritu heroico de aventuras caballerescas y de dominación universal, se personifica en San Ignacio de Loyola y en la Compañía de Jesús, ó bien, místico, se encarna en Santa Teresa. La necesidad de sensaciones violentas hace de España la cuna del realismo romántico, que se afirma en la literatura, el teatro y el arte. ¿Cómo ha llegado España, habiendo sido tan grande, á su actual estado de postración? Fouillée lo atribuye á causas físicas que han atacado hasta la sangre de la raza, y á causas morales que, como la indolencia, el desvío del trabajo y la estrechez de conciencia, concurren á la ruina general. Cree, sin embargo, que esta postración es pasajera y que España sabrá apartarse de su desviación secular, volviendo al buen camino y recobrando su prosperidad.

*
* *

EL TRATAMIENTO DE LA PEREZA, LA CÓLERA Y LA TRISTEZA.—
En un interesante trabajo del Dr. Mauricio de Fleury, titula-

do *Introducción á la medicina del espíritu*, analizado por *Le Réformiste*, de París, se estudia la pereza, la cólera y la tristeza, y su respectivo tratamiento higiénico.

La pereza de los adultos—dice Fleury—procede de la atonía de los órganos. Tenéis perezosa digestión y circulación lenta, y vuestra fuerza nerviosa es menor y menor la aplicación del espíritu á determinado trabajo. El mejor régimen para un estómago y un espíritu perezoso es el siguiente: corteza de pan duro, huevos, carnes blancas, compotas poco azucaradas, pasteles y quesos secos, evitándose las grasas y salsas, y todo lo que es pesado; poca pimienta y algo de sal. Las menos drogas posibles, tónicos que no sean excitantes, una cucharada de valerianato de amoniaco en caso de enervamiento, poco ó ningún bromuro, algunas píldoras de pancreatina para ayudar á la digestión, y algunos sellos de naftol, es lo único que puede aconsejarse. Para evitar el insomnio, el intelectual debe acostarse con el bocado en la boca. Esto en cuanto al tratamiento fisiológico.

Por lo que hace al tratamiento psíquico, hay que someter el espíritu á un esfuerzo más intenso, para que la fuerza acumulada por los tónicos no se transforme en crisis convulsivas, lágrimas y accesos de cólera. Hay que inspirar al perezoso el deseo de consagrarse á una obra en relación con sus aptitudes, dándole una *idea fija* que le ocupe por completo, que le interese, que le recompense por el placer experimentado, y que sea relativamente fácil y de no lejana realización. Si se le puede dar un compañero de trabajo que le estimule y sea testigo de sus esfuerzos y progresos, el resultado será mejor. Y una vez inspirado el gusto por el trabajo, hay que sostenerlo por los medios siguientes: 1.º Ponerse al trabajo *desde el levantarse*; si se empereza uno, todo el trabajo del día se resiente. 2.º Trabajar *á las mismas horas*. 3.º Trabajar con preferencia *por la mañana*. 4.º Aumentar *progresivamente* la dosis del trabajo, dos horas al principio, luego tres ó cuatro al día; cuatro horas bien empleadas son suficientes; Víctor Hugo no trabajaba más, ni Zola tampoco.

Pasando á los coléricos ó irritables, estos pertenecen á dos categorías de temperamentos: los que tienen fuerza de más, sanguíneos y pletóricos, y los que se irritan porque no tienen bastante fuerza. Estos, los neurasténicos, de rostro pálido, ojos apagados y piernas cansadas, ganan mucho con inyecciones de agua salada. Evitad en los débiles la fatiga, de donde nace la irritación. ¿Habéis visto esa niña excitada, inquieta, nerviosa? Es que está fatigada. Dejadla un momento de descanso, fortificad su cuerpo con una ducha, un masaje, un baño salado, una carrera al aire libre, y será otra.

En los pletóricos de ojos relucientes, colorada tez, mano poderosa, músculos recogidos y apetito voraz, la irritación es el estado continuo, y este exceso de fuerza se mata con bromuro en alta dosis, suprimiéndose todos los tónicos y excitantes, carnes, alcoholes y vinos, estando indicada el agua y el régimen vegetal. En cuanto al régimen psíquico, hay que emplear estas energías en tareas útiles y regulares, dando salida por el trabajo al exceso de fuerza que nos oprime y atormenta. Si queréis impedir á un hombre violento que cometa actos lamentables, lanzad le en una carrera donde necesite gastar su energía.

La tristeza habitual procede del estado de debilidad, de depresión de nuestros órganos. Hay, por lo tanto, que tonificar nuestros nervios por los tónicos indicados del sistema nervioso. Dad música—dice F leury—á vuestros nervios acústicos y masaje á los nervios de vuestros músculos, hermosos espectáculos á los ojos, fricciones con guantes de crin ó chispas estáticas á los nervios de vuestra piel, aire vivo á vuestros pulmones, suero al torrente sanguíneo y un buen régimen á vuestro estómago, y aumentaréis vuestras fuerzas disminuyendo vuestra tristeza habitual.

*
* *

GANANCIAS DE LOS ESCRITORES DE PARÍS.—Camilo Manclair descubre en la *Nouvelle Revue* lo falso de las leyendas corrien-

tes sobre las grandes ganancias que en París proporciona la pluma literaria.

Los novelistas que publican sus obras en volumen obtienen por término medio 0'40 francos por cada ejemplar, y como la venta, en caso de éxito, no pasa de 900 á 1.000 ejemplares, su ganancia se reduce á 400 francos; los que llegan á vender 1.500 á 2.000 necesitan tener ya gran nombre, y pueden llegar en este caso, haciendo dos novelas al año, á un producto de 1.400 á 1.500 francos. Los que publican sus novelas en Revistas se ven mejor pagados y pueden obtener de 1.500 á 4.000 francos lo más, pues el precio varía de 10 á 25 francos la página de Revista, y la novela ocupa de 150 á 170 páginas. Esta fuente de ingresos es, sin embargo, difícil de obtener; no hay más que siete ú ocho Revistas importantes que publican en junto unas 25 novelas al año, y claro es que, no todos los que quieren y pueden tienen salida para sus creaciones novelescas.

Muchos se dedican á los artículos de Revistas para salir de apuros, recibiendo de 10 á 25 francos por página, y como cada artículo tiene por término medio 20 páginas, consiguen así 250 francos de honorarios. Un autor especialmente favorecido puede hacer insertar 30 artículos al año y ganar de ese modo 7.500 francos, añadiendo á los cuales otros 3.500 de novelas puede llegar hasta 11.000 francos al año como caso excepcional, pero se necesitan cualidades enormes de tenacidad y erudición, facultades enciclopédicas y un poder de trabajo extraordinario para escribir un artículo de 20 páginas cada quince días, forjar una novela original y vivir su vida personal, aparte de lo poco estable que por mil causas es esta clase de rentas; «no creo—añade Mauclair—que se encuentre en París un autor que figure 30 veces al año en los sumarios de las Revistas».

*
* *

EL MAREORAMA DE LA EXPOSICIÓN.—Como la torre Eiffel en 1889, el *clou* de la Exposición de 1900 va á ser, al decir de los que siguen de cerca los trabajos del Campo de Marte, el mareorama de Hugo de Alesi.

Se trata, según la *Grande Revue de l'Exposition*, de un panorama monstruo en el que se ofrecerá á los visitantes, cómodamente instalados en un verdadero vapor en marcha, el grandioso espectáculo de las orillas del Mediterráneo, de donde surgirán, evocadas por los genios combinados del arte y de la ciencia, las ciudades de Túnez y Nápoles, Venecia y Constantinopla, y mil pintorescos sitios que constituyen el encanto de las playas mediterráneas, desarrollados en telas de un kilómetro de largas por 15 metros de altas. Es una *tournée* deliciosa, hecha cómodamente con todos los detalles que pueden contribuir á que la ilusión sea completa, apareciendo el mar en primer término con las barcas y escuadras que lo cruzan, con sus días de calma ó de tormenta y sus noches estrelladas ó encapotadas, de donde brotan sucesivamente los magníficos panoramas de Venecia con sus cantos de gondoleros ó las espléndidas cúpulas de Constantinopla con el animado espectáculo del Bósforo.

*
* *

ESPAÑOLES É HISPANOAMERICANOS.—La *Revista de Chile* publica, con el título de *Mis confesiones de viajero*, los fragmentos del diario de viaje de Roberto Huneus, entre los cuales hallamos algunas impresiones dignas de ser recogidas por la sinceridad que en ellas resplandece.

«El inglés—dice—es el hombre-cálculo; el francés el hombre-nerviosidad; el español la mujer-corazón.

»He salido de Madrid con verdadera melancolía; amo ese pueblo. Estoy sobrecogido de admiración por la ciencia y sabiduría de Menéndez Pelayo. Posee tan á fondo las materias que trata, y conoce tan admirablemente los veneros y recur-

sos todos de la abundosa lengua castellana, que llega á aparecer como un coloso de la palabra. Me produjo tal entusiasmo cuando le oí en el Ateneo, que al tiempo de terminarle aguardé pacientemente en uno de los pasillos de la salida. Al enfrentarlo tuve la audacia de detenerle y decirle: «Señor, escúcheme usted; soy chileno, me llamo Huneus; me marchó de Madrid esta noche, y no he querido hacerlo sin antes darme la honra de conocerle y de obtener el favor de que usted me dé la mano.

«El Ateneo es un orgullo para España. Se ve que hay intelectualidad. Abundan las conferenciantes y los públicos que los estimulan y los comprenden. Hay sabios españoles que tratan de demostrar la riqueza intelectual de su patria durante los siglos XVI y XVII. ¿Por qué España, país tan rico de cerebros y de alma, habría de ser una excepción á la ley de la coincidencia del engrandecimiento político y social con el artístico y científico? Lo que hay es que España ha sido apática para hacer circular sus glorias, y sus negros fanatismos han retardado el paso triunfal de sus aspiraciones de progreso. España es, ha sido y deberá ser, un pueblo muy superior á la idea que de él se tiene.»

«Dato curioso: En Madrid, un muchacho que me señaló el camino de la estación del Norte, y que me acompañó hasta ella, no quiso recibir la propina que yo, naturalmente, le ofrecía. Actos como este son extraordinarios en Europa».

«Uno de los motivos que contribuyen á hacer juzgar desfavorablemente á España, es el mal servicio de sus ferrocarriles: son lentos, carísimos y desordenados. El extranjero ama su propia comodidad, y se retrae de trasnochadas y de retardos que se traducen en pérdidas de salud y de dinero.»

«Con profunda pena he salido de España. ¡Gloria á la madre!»

FERNANDO ARAUJO.

REVISTA HISPANOAMERICANA

SUMARIO.—I. La peste bubónica en el Paraguay.—Alarmas en el Brasil, la Argentina y Chile.—Medidas de contención—Declinación de la epidemia.—II. España en América.—Las Cámaras de Comercio.—Patriótica petición de la Argentina.—Lo que el patriotismo impone.—III. La alianza latinoamericana.—Su resonancia en los Estados Unidos.—El artículo del *Sun*.—Los expansionistas de Chicago.—Los contraexpansionistas de Nueva York.—Modificación de la política de Washington.—Reacción en Cuba—Los blancos y los negros y la bandera española.—Actitud de los Estados Unidos con motivo del fallo arbitral del conflicto anglovenezolano.—IV. Situación económica de los principales Estados hispanoamericanos.—Chile.—La Argentina.—Colombia. Guatemala.—V. Situación general política.—Los conflictos provinciales de la Argentina y la reforma constitucional.—Las montoneras del Perú.—El separatismo en Colombia.—El nuevo régimen político en Bolivia.—VI. En busca de Ibarrola.

Mientras en Europa, al parecer, pues hasta hace unos días el telégrafo internacional no nos lo ha comunicado, se ha desconocido la presencia de la peste bubónica en el Paraguay, la prensa americana que desde Agosto último hemos recibido no ha dejado de traer amplios informes de su aparición, desarrollo, examen y calificación, de los temores que en el Brasil, la Argentina y Chile han existido acerca de su propagación, de los medios que se han empleado para contenerla y de la existencia de algunos casos aislados en algunos pueblos del Chaco y en algunas poblaciones brasileñas fronterizas del territorio paraguayo, donde se dejó sentir esta calamidad casi simultáneamente que en Portugal en Europa y en el Egipto en África. Ni en estas últimas regiones, ni en la parte de Amé-

rica que la epidemia ha castigado, ha tenido el contagio pavorosa intensidad. Esta rara distribución simultánea del mal es la que presta motivo mayor de estudio á la observación científica, que el mismo procedimiento profiláctico de su prevención, el terapéutico y clínico de su curación y el de policía y desinfección contra su propagación, puesto que constituye un dato evidente con que entrar, en lo humanamente posible, en el análisis de las influencias ó de las corrientes que pueden producir las enfermedades epidémicas. La epidemia de las bubas apareció en la ciudad de la Asunción, capital del Paraguay, á los principios de Agosto. Aunque desde luego la ciencia procedió á sus estudios de observación, hasta principios de Septiembre no quedó clínica, bacteriológica, experimental, anatómica y epidemiológicamente calificada, después que el Gobierno argentino, siguiendo en todo la conducta del Gobierno de España respecto á la epidemia de Oporto, delegó al Dr. Malbran para que pasase á la Asunción á observar la naturaleza y el giro del mal y á informar acerca de él al Gobierno de Buenos Aires. En aquel tiempo la peste bubónica se hallaba como estacionada en el Hospital de la Caridad de la capital del Paraguay, foco principal de la invasión, y en aquellos momentos todos concordaban con la opinión del Dr. Stocklin, jefe de la oficina bacteriológica de Córdoba, de que la enfermedad existente pudiera ser la llamada *pestis minor*, que no es más que una forma benigna de la bubónica. En todas las fronteras de la República interior se tomaron inmediatamente las medidas profilácticas contra las procedencias del Paraguay; se registraron escrupulosamente en los puertos del Brasil, del Oriental y de la Argentina los buques de toda procedencia, y entonces se observó la presencia en algunos de ellos de la fiebre amarilla, con varios casos de muerte durante la navegación, y aun en Río Janeiro se contaron el día 7 de Septiembre trece casos de la misma fiebre, de los que ocho fueron fatales. Otros dos doctores argentinos, los señores Voger y Delfino, habían descubierto ya el baci-

lo de la peste en la Asunción, y ya no hubo vacilaciones ni dudas en decretar para los buques las cuarentenas de los reglamentos de Sanidad, y en establecer las estaciones sanitarias y organizar todos los servicios médicos. A pesar de las medidas adoptadas, el 26 de Septiembre el contagio en la Asunción adquirió mayores proporciones, tomando también la alarma más cuerpo á causa de la condición de las personas atacadas y el desarrollo fulminante de la enfermedad. En este día el primer atacado que murió fue el sirviente del Cónsul argentino, Sr. Alcorta. Contagiadas algunas personas de su familia, murieron también antes de poder ser conducidas al hospital. En este establecimiento murió el mismo día uno de los sirvientes, y á la madrugada una de las hermanas de la Caridad y un niño. Al día siguiente ocurrieron otros tres casos, del mismo modo fulminantes y con defunción. Este recrudecimiento sembró el pánico en la ciudad y el telégrafo lo propagó por los Estados vecinos, poniéndose en activo movimiento los Gobiernos de Buenos Aires, Santiago de Chile y Montevideo á fin de arbitrar perentorias medidas preventivas contra la propagación. Por fortuna el recrudecimiento de los días mencionados no se sostuvo, y la enfermedad entró en un período de tibieza semejante al que en Portugal se ha observado. Días de ninguna invasión, seguidos de otros en que acaecían casos aislados, pero siempre fulminantes y fatales, y así se entró en Octubre.

A mediados de este mes comenzaron á ocurrir casos aislados, pero bien definidos, en otras poblaciones paraguayas, en Villeta, Peribebui y Villa Rica, mientras de la Asunción parecía haber desertado el contagio, y el día 16 el telégrafo de Río Janeiro denunció tres casos sospechosos ocurridos en Santos; pero como las oficinas sanitarias de Montevideo se apresuraron á declarar sucias las procedencias de aquel puerto, el Gobierno del Brasil, con los informes del Dr. Nuño d'Andrade, hizo saber en la capital del Uruguay y de la Argentina que los casos ocurridos en Santos no eran de peste bubónica,

aunque sin determinar el diagnóstico de la ciencia. El 19 declaró que las infecciones sufridas eran de fiebre tifoidea; pero esto no obstó para que en las dos márgenes del Plata se consignaran como sucias, no sólo las procedencias de Santos, sino las de todos los puertos atlánticos del Brasil, imponiendo á los buques que de ellos llegaran quince días de observación, si á bordo no había ocurrido novedad, y el tratamiento que en cada caso se determinase para los que hubiesen tenido casos sospechosos ó comprobados de la peste reinante. Del mismo modo se prohibió en los puertos uruguayos y argentinos la introducción de los artículos del Brasil, que, como las plumas, cueros, cerdas, lonas, tejidos y mercaderías enfardadas ó embolsadas pudieran ser conductoras del contagio. Hasta á la correspondencia del Brasil se le impuso la desinfección en los mismos términos que se ejecutaba con la de Portugal. El 22 de Septiembre la peste volvió á aumentar en la Asunción, registrando nueve invasiones nuevas en aquel día. Con estas alternativas la epidemia bubónica ha continuado estacionada todo el mes de Septiembre y de Octubre, sin haberse modificado esencialmente hasta el 2 de Noviembre, á que alcanzan las últimas noticias telegráficas, sin desaparecer del todo ni tomar más serio incremento. La alarma ha denunciado en este tiempo casos aislados en Montevideo, en algunas estaciones del Chaco y en otros puntos de las regiones limítrofes; pero, en realidad, hasta ahora no se han confirmado. Lo curioso del caso es la disparidad de opiniones en que se ha encendido la prensa asunceña, así la profesional como la política, acerca del carácter de la epidemia. Esta controversia se ha hecho más viva en el seno del Consejo de Sanidad, y los Dres. Rubio y Olano, que conocen experimentalmente la fiebre bubónica por haber asistido en Filipinas enfermos que la han padecido, sostenían que la reinante en el Paraguay no era la bubónica, contra el parecer de los Dres. Voges, Delfino y Lofruscio, que así la definen. Los Dres. Rubio y Olano, á cuyo voto se adhiere el doctor paraguayo Sr. Velázquez, opinan que la epi-

demia reinante ofrece un cuadro sintomático de influencias locales, más que de influencias exóticas, y todos convienen que, de constituir el mal en realidad, la peste bubónica está en extremo degenerada, y que nada tiene de común ni en violencia, ni en intensidad, ni en erratividad, con las epidemias de este género que en 1720 fueron el azote de Marsella, en 1738 el de Viena, en 1742 el de Italia, en 1755 el de Kronstand, en 1770 el de Moscú, y en 1771 el de Polonia y Kiel. En Hungría la peste bubónica duró de 1785 á 1839; en Turquía y Grecia, por largo número de años tuvo un carácter endémico, hasta que desapareció enteramente. Por el Norte de África avanzó en los principios del siglo actual, y ocurrieron casos en Mallorca, en Malta y algunos puntos de Sicilia. En Asia ha estado localizada en la segunda mitad de este siglo, causando espantosos estragos, y con la misma extremada insistencia la han padecido también la China, la India, Calcutta y la zona de África llamada Uganda. Su aparición este año simultáneamente en Egipto, en la América del Sur y en Portugal, presta base sólida á la observación de las causas atmosféricas de que evidentemente procede y de las corrientes que la introducen en puntos tan diversos del planeta. Y es evidente que si los procedimientos preventivos que aconseja la ciencia no dejan de ser eficaces para contener su propagación, tal vez ésta no se ha determinado ni en Egipto, ni en Portugal, ni en el Paraguay, en virtud de las mismas influencias desconocidas que la han localizado en los lugares que ha invadido. Tal vez cuando escribimos estas líneas la capital del Paraguay se halla salvada ya del terrible huésped que desde Agosto último la pone en perturbación; pero interés de la ciencia y de los Gobiernos es ahora más que nunca vigilar sin descanso, pues si desde 1770 hasta 1839 la enfermedad no hizo más que girar errática, sin desaparecer, por toda la Europa Oriental, fácil es que el año próximo se recrudezca cerca ó lejos de las comarcas que en el actual ha azotado.

*
* *

La posición de España en América, á pesar de haber quedado desnuda de todo territorio propio en el hemisferio que descubrió, pobló y civilizó, es cada día más lisonjera. A los vínculos políticos contra los que se agitaron los pasados odios van sustituyendo las relaciones morales más íntimas de raza y las relaciones materiales que estrechan cada día más los intereses de la comunicación, el trato y el comercio continuo. Las Cámaras de Comercio de Buenos Aires, Montevideo y Méjico trabajan sin descanso en esta obra meritoria, y principalmente la de la capital de la Argentina se convierte en un instrumento poderoso de relación entre España y aquella República, que llegará á constituir una fuerza poderosa para el acrecentamiento continuo de los intereses que desarrollan estas relaciones. Así lo reconocen en Méjico los representantes de nuestro programa comercial en América, y la lectura de *El Correo Español*, que se publica en aquella capital, á este respecto, es la evidencia más palpable del respeto que en todas partes se conquista el activo patriotismo de nuestros connacionales establecidos en las dos orillas del Plata.

Pero, en medio de estos merecidos elogios, fácil es observar que, si la conducta de la Cámara de Comercio Argentina se hace para la de Méjico digna de esta admiración, no alcanza á imponer á su congénere del antiguo imperio de los Motezumas todo el ejemplo provechoso que de sus actos emana. El último número del *Boletín* de la Cámara argentina se enriquece con dos suertes de documentos enteramente ceñidos al fin de su institución, los cuales alegran y consuelan. Los primeros son la nota que la Cámara ha pasado al Ministerio de Estado de España sobre el proyecto de *Exposición de productos españoles y argentinos en Buenos Aires*, que está en el propósito de ejecutar. Los segundos, no menos patrióticos y lisonjeros, contienen otra nota al señor Marqués de Comillas, gerente de la *Trasatlántica Española*, para que, con motivo de la proyectada Exposición, organice un nuevo servicio de vapores al Río de la Plata para bien de la importante

Compañía naviera que gobierna, y especialmente para el del comercio hispano-platense, cuyo desarrollo y arraigo es de vitalísima necesidad para nuestra patria.

Es indudable que la Cámara de Comercio de Buenos Aires ha encontrado en el ministro de España, D. Julio de Arrellano, aquel colaborador eficaz de todos los pensamientos generosos y buenos que los mejores proyectos necesitan para llegar á una airosa ejecución y á un éxito victorioso. Mas de cualquier manera, el hecho en sí revela que nuestros connacionales establecidos en la Argentina, y singularmente los que constituyen el Consejo directivo de la Cámara, ilustran su pensamiento en el de la patria, consagrándose á su prosperidad y beneficios. De esperar es que las Cámaras de Comercio de la península, á quienes la peste endémica de la política que nos estraga embarga en estos momentos más que la vigilancia y el impulso de los intereses salvadores que representan, presten la atención debida á la apelación que de su hermana de Buenos Aires ha recibido, y que la sección comercial de nuestro Ministerio de Estado, inspirándose en las altas obligaciones que le incumben, tome la parte que pueda y deba, á fin de que, tanto las Cámaras de Comercio de la península con sus medios, como la prensa periódica de toda España con los de la publicidad, sean acicate poderoso que mueva el espíritu reacio de raza á coadyuvar en propio beneficio á lo que la Cámara de Buenos Aires proyecta y propone. Si los connacionales establecidos en un mundo, que ya no es nuestro mundo, y en la explotación de intereses que no son intereses nuestros, emplean su actividad y sus fatigas, acaso sus sacrificios, por establecer y ampliar corrientes de vida que resarzan á España de las pérdidas sufridas al dejar de poseer los dominios que constituían los restos, aún opulentos, de nuestro antiguo imperio trasatlántico, ¿qué menos puede hacerse desde aquí, donde ha de venir la vena de los beneficios que se logren, que responder con fe y con constancia á iniciativas tan plausibles? Hagamos comercio de altura; establezcamos

corrientes de relación; procuremos hacer prósperos los frutos de nuestra naturaleza, de nuestra agricultura, de nuestro trabajo, de nuestra industria, de nuestra imaginación y de nuestra inteligencia, y cuando, poniendo en juego todos es toselementos reconstructivos y de regeneración, por ellos lleguemos al estado de prosperidad que nos es aún lícito alcanzar, esta única prosperidad efectiva, robusteciendo todas las fuerzas nacionales, nos proporcionará medios y nos dará empuje para volver de nuevo sobre los destinos de la patria y sumar todas nuestras ventajas en una ecuación imponderable de su poder.

La Cámara de Comercio de Montevideo tampoco desmaya en sus afanes. Aunque por nuestro Ministerio de Estado haya sido desahuciada en virtud de la negativa recibida del Gobierno francés, á su deseo de hacer representar en la sección del pabellón español que en París se construye para la próxima Exposición Universal los productos de la riqueza natural y del trabajo de la República oriental, deseo que también se abrigó por parte de la Argentina, en *La liga española de consumidores* establecida en la capital del Uruguay, y en otros proyectos protectores del comercio y del consumo de la producción nacional, demuestra el mismo celo que hace á la Cámara de Buenos Aires digna de nuestros aplausos.

El Correo Español, que se publica en la capital de Méjico, cercano al campo de nuestras últimas infaustas luchas, y desde donde presencia los últimos efectos morales de éstas, es testigo obligado de las que todavía nos toca sostener, cuando él mismo confiesa que en Cuba no se está satisfechos con habernos arrancado la soberanía y el imperio, sino que los odios contumaces se sobreponen á los tratados recientes: que á Méjico llega de aquella isla una corriente continua de emigración de los españoles que allí quedaron con sus intereses al amparo de los pactos de París, y que, desconocidos éstos, para evitar ultrajes tienen que abandonar la tierra que les expulsa. El tratado de París reconocía el derecho á la permanencia

en la isla de Cuba, con sus personas y con sus intereses, á aquellos españoles que, sujetándose á las leyes del vencedor ocupante hoy, y del soberano independiente mañana, quisieran constituir allí su residencia en la misma forma que cualquier otro extranjero. Esta numerosa colonia, así establecida en la gran Antilla, no interrumpía completamente con la Península los vínculos seculares del comercio. Pero los odios del separatismo aún están muy recientes para que se hayan extinguido. A los norteamericanos les importa cuanto contribuya á alejarnos más del corazón de los naturales que allí quedan, y aunque haya recalcitrantes de la independencia que, como Lacret, Quintín Banderas y Juan Gualberto Gómez, todavía se reúnen en fraternales banquetes bajo la sombra de la bandera española, ayer aborrecida y atropellada por ellos, en odio contra el nuevo dominador que se les ha impuesto, eso, ni representa todavía, ni representará por mucho tiempo una verdadera reacción hacia España. La reacción vendrá; pero no hasta tanto que, ó hayan desaparecido los que han vendido, con su conciencia, la independencia por que ayer peleaban, al oro americano, ó hayan gastado en las disipaciones de sus vicios el último dollar, y necesiten nuevos socios de dinero con que embriagar su cinismo.

Las Cámaras de Comercio de Méjico tienen intereses por que velar, dentro de la religión de su instituto, en la cercana isla que España ha perdido, y aun sin salir de Méjico ¿no es vasta la esfera de actividad que en esta República amiga se les ofrece? No hemos de desconocer los servicios efectivos que la Cámara tiene prestados, y como el *Boletín comercial de la secretaría de Hacienda y crédito público* de aquel Estado, con las últimas cifras que publica, revela que el comercio entre España y Méjico va cobrando un aumento no interrumpido y siempre creciente, á este campo benemérito de acción la reclamamos, seguros de que merecerá los aplausos y la bendición de la patria.

En el mes de Agosto último, las importaciones de merca-

derías españolas han ascendido á 270.808 pesos en oro, excediendo en 114,313 la cifra del año anterior. La diferencia en pro de nuestro comercio en Méjico durante Julio y Agosto ha sido en 181.170 pesos, y el mismo fenómeno se nota en las exportaciones en Méjico para España, donde hemos recibido en Agosto último mercaderías mejicanas por valor de 143.132 pesos, en contraposición de los 95.102 que importaron las recibidas en Agosto de 1895. Por esta senda gloriosa es por la que las Cámaras de Comercio deben caminar sin descanso.

* * *

Que en toda América el espíritu público nos favorece en este empeño, es un fenómeno que salta á la vista. La guerra inicua que hemos tenido con los Estados Unidos y las consecuencias de nuestra extenuación en ella, lejos de haber quebrantado los vínculos de raza con aquel mundo, los ha estrechado más, hasta el punto de que bien podemos decir que entre España y las jóvenes Repúblicas de origen español hasta ahora no se habían estrechado tan fuertemente, después de su emancipación, los vínculos de familia. Si España antes de la guerra se hubiera dirigido á sus hijas independientes y les hubiera dicho: «La guerra que contra mí se proyecta á vosotros os hiere en lo profundo de vuestra seguridad y de vuestra independencia,» tal vez ninguna lo habría creído, porque ninguna consideraba nuestra situación en las Antillas como el nudo protector de los intereses de raza. Mas cuando después de la victoria se vió á los Estados Unidos captarse sagazmente de todas nuestras posesiones americanas, excluyendo de toda participación en la victoria y en sus resultados á los que se habían amparado de sus auxilios á título de protectores de su independencia; cuando, no bastando este engaño público al mundo, se proclamó la política de expansión y se amenazó al Centro por Nicaragua y al continente del Sur por Panamá y Colombia, y al Ecuador se le pidieron las islas Ga-

lápagos, y la mano yanqui se vió á través de todas las revoluciones interiores y de todos los conflictos políticos, á fin ó de debilitar más y más á los Estados hispanoamericanos, ó de ponerlos en actitud de que ellos pudieran justificar su intervención para tragárselos uno á uno, toda la América latina salió de su sueño, vió la realidad y volvió hacia España los sentimientos enérgicos de su simpatía. España nada pretendió de ninguno. Excluída de aquel hemisferio, sólo predicó á los pueblos salidos de su sangre y de sus huesos, la fraternidad y la unión para defenderse á sí propios y salvarse de las conquistas con que se les amenazaba. Apenas los síntomas de esta unión fueron conocidos, ¿cuál ha sido el inmediato resultado? Pronto oiremos el nuevo Mensaje de Mac-Kinley á la reunión de las Cámaras norteamericanas. De seguro no habrá en él las arrogancias ni las bravatas del Mensaje del año antecedente. En Cuba ya se le odia. En Filipinas no posee más soberanía que la trazada en un papel con una nación vencida que de allí ha sido desalojada; pero cualesquiera que sean las perspectivas que se dibujen sobre los periódicos de Nueva York y los telegramas de las Agencias puestas al servicio de la Casa Blanca, sobre todo ahora que se halla próxima la reunión de las Cámaras, Otis no es el dominador del Archipiélago, ni el indio de ninguna estirpe está sometido ni se reconoce vencido. La cuestión de los canales está empantanada, y ya nadie habla de que sea preciso que los Estados Unidos sean los dueños exclusivos de los territorios por donde atraviesen, ni de sus entradas y salidas. El tratado Clayton-Bülver que se prometía que Inglaterra lo anularía, permanece subsistente, y todas las tentativas anexionistas se han disipado ante las entrevistas del general Roca con Errázuriz en el estrecho de Magallanes y con Campos Salles en Río Janeiro, y ante la negativa de Chile y la Argentina á deshacerse de sus escuadras.

La alianza de las Repúblicas hispanoamericanas quiso tomarse á broma en Nueva York y en Washington, hasta que el representante de Méjico declaró que, aunque ignoraba si esa

alianza estaría en vías de pactarse, si llegaba á hacerse sería un hecho grave; y, en efecto, tan grave ha sido ya, que en un solo año ha obligado á variar la clave de toda la política de Mac-Kinley.

Al desprecio que antes se fingió acerca de ese hecho, han sucedido los artículos hábiles, con sus punteras de recriminatorios de la prensa yanqui. Veamos cualquiera de los numerosos artículos que se han escrito sobre esta cuestión: veamos *The Sun*:

«Según telegramas recibidos recientemente de Buenos Aires, el resultado de nuestra guerra con España ha hecho temer á los americanos del Sur que los Estados Unidos entren en un camino de conquista. Dícese también que con el fin de resistir la temida agresión de nuestra parte, varios hombres públicos influyentes se proponen formar una alianza ofensiva y defensiva entre la Argentina, el Brasil y Chile. Nosotros no creemos que haya semejantes propósitos, porque la experiencia de Méjico y de Venezuela ha enseñado á todos á distinguir entre amigos y enemigos. Asumir una actitud de sospecha y hostilidad contra nosotros sería un acto de locura por parte del Brasil y de la Argentina, cuyos vastos y escasamente poblados territorios han de ser codiciados ciertamente en el curso del siglo XX, como salidas para la población sobrante de Europa. Si nos es dable juzgar de lo futuro por lo pasado, las Repúblicas hispanoamericanas es probable que tengan entre sí más motivos de discordias por que pelear que con los Estados Unidos.

»En la naturaleza de las cosas no hubo razón alguna para que las comunidades de lengua española no siguieran en todo caso el ejemplo de las trece colonias inglesas y se unieran en confederación estable. Sin embargo, todas las tentativas para establecer un Gobierno federal en grande escala han fracasado. Los americanos del Centro han repudiado la conexión política con Méjico, y sólo por breve tiempo tolerarían la unión entre sí. Tampoco pudo consolidarse la unión federal

entre Venezuela, Colombia y el Ecuador. Bolivia se ha mostrado opuesta á unirse con el Perú ó con la Argentina, y las relaciones entre Chile y la Argentina, aunque aquella debió á sus hermanas del lado oriental de los Andes su independencia de España, nunca han sido cordiales, habiendo estado á punto de estallar en fecha muy reciente. Entre Perú y Chile existe una perpetua rivalidad, la cual en el Perú se ha convertido en odio desde que Chile lo privó de su provincia de Tarapacá y de los distritos cautivos de Tacna y Arica. En cuanto á españoles y portugueses, su unión no es más probable en el Nuevo Mundo que en el viejo. En 1580 España se anexionó á Portugal; pero en 1640, cuando España se había debilitado, los portugueses se rebelaron con buen éxito. Los habitantes del Brasil que hablan portugués, y los nativos de la Argentina que hablan español, se disputaron mucho tiempo el territorio que llamaban *Banda Oriental*, y que, como Estado neutro, se formó con el nombre del Uruguay en aras de la paz. Los antagonismos entre los dos pueblos no cesaron nunca, sin embargo, y estallaron otra vez después de ejercer su acción común contra el Paraguay. En los mismos Estados constituídos hay gérmenes de perennes divisiones interiores que los debilitan. La provincia brasileña del Río Grande del Sur ha vivido por tres cuartos de siglo en estado de crónica rebelión contra el Gobierno de Río Janeiro, porque en su territorio hay mucho elemento español, y otro, no menos grande, alemán. Con estos elementos, ¿se puede formar una confederación latinoamericana?

»Los latinoamericanos no ignoran que si de alguna parte les amenazan invasiones no es de los Estados Unidos. Desde que la Santa alianza quiso intervenir en pro de los intereses españoles en América, los Estados Unidos, en alianza con Inglaterra, y proclamando la doctrina de Monroe, cooperó á la defensa de los nuevos Estados emancipados. La mayor parte de la América Central, en aquel tiempo, hubiera sido absorbida por esta misma Inglaterra, si no hubiera sido por la enér-

gica actitud de Clayton en 1850. Méjico sería un imperio austriaco si Seward no hubiera obligado á Napoleón III á retirar las tropas francesas. Todo el territorio venezolano que domina la boca del Orinoco estaría en poder de la Gran Bretaña, si Cleveland no hubiera declarado que la frontera de la Guayana debía fijarse por medio de un arbitraje. De los Estados Unidos dependió la suerte del Brasil. Los Estados Unidos contienen la expansión de los holandeses de Cayena, que se creen con derecho á extenderse hasta el Amazonas. El Brasil se hallaría bajo el peso de esta amenaza sin la interposición de los Estados Unidos, que neutraliza la acción que Holanda pudiera ejercer en alianza con Alemania. La Argentina no está segura contra la agresión extranjera, y la creciente emigración italiana hace presagiar que puede estar no lejano el día en que el Gobierno argentino necesite de la cooperación de los Estados Unidos para evitar toda tentativa de estos italoamericanos, que ya, con motivo de la guerra en perspectiva con Chile, quisieron armarse en legión de 20.000 soldados, de tratar de anexionarla á su país natal. Por otra parte, la deuda argentina á los capitalistas ingleses es enorme, y hay que estar en vigilancia continua para que la Gran Bretaña, que también ha querido, en la colonia de los galenses, *calar el melón*, no quiera hacer de este pingüe Estado un segundo Egipto. Con estos hechos no es imaginable siquiera pensar en una alianza hispanoamericana contra los Estados Unidos, por que esta alianza equivaldría á un suicidio.»

A pesar del artículo del *Sun*, cuyos principales párrafos quedan transcritos, la idea de la posibilidad de esa alianza ha modificado, así en la opinión como en el Gobierno de los Estados Unidos, el giro que llevaba el pensamiento. Las amenazas de absorción del lado de los publicistas y de los periódicos yankis habían salido: la profecía de esta misma absorción total, de los oradores políticos de Inglaterra, que gallardeaban de los resultados de la alianza de las dos Inglaterras, la real y la republicana, para repartirse entre sí el imperio del

mundo. Los *boers* del Africa del Sur han sido los encargados de advertir á la Inglaterra real que el proyecto es más fácil de concebir en los ámbitos de la imaginación que en la arena cerrada de los hechos, así como á la Inglaterra republicana los tagalos, que hubieran vivido sumisos á España ascendiendo en el camino pacífico de una serena civilización, sosteniéndose con una energía que nadie podía esperar, han detenido igualmente los vuelos de las ambiciones yankis. Ya en Washington no se toma á broma la alianza defensiva de los Estados hispanoamericanos, como después de la cesión de Cuba y de las Filipinas. Ya no se amenaza á Nicaragua con arrancarle, de grado ó por fuerza, la faja de territorio por donde hubiera de cruzar el canal proyectado, ni á Colombia se le dirigen los mismos fieros, aunque en Panamá se hayan sembrado las semillas separatistas, que ya tienen encendida una nueva guerra civil. Ya no se trata todos los días de salvajes á los individuos de la raza ibérica que pueblan aquel continente, aunque las ideas expansionistas siguen explotándose por los periódicos en Chicago, en Nueva York y en Washington. Comienza á hilarse más delgado en cuanto concierne á las amenazas de anexión con que á diario se insultaba y se ofendía el patriotismo y el amor á la libertad y á la independencia de todos los pueblos de nuestro origen.

En cuanto á la barrera que el peso de los Estados Unidos opone á las naciones de Europa que se consideran con derecho á territorios americanos en litigio, veremos lo que ocurre ahora que ya se ha pronunciado en París el laudo arbitral en el conflicto anglovenezolano. El fallo ha sido desfavorable á Venezuela, pues equivale para este país á la pérdida de las cinco sextas partes de la zona materia del litigio. Se ha hablado de protestas de parte del Gobierno de Washington, pues por ese fallo, que ha sido unánime, queda arrollado el principio sobre que descansa la famosa doctrina de Monroe. Inglaterra por ese fallo va á ocupar territorios de que nunca ha estado sino en posesión imaginaria, y en vez de las protestas esperadas lo

que en Londres se dice es que el Presidente Mac-Kinley y su Gobierno, en vista de la unanimidad con que el Tribunal arbitral ha pronunciado su sentencia, la aprueban enteramente considerándola garantida por la imparcialidad. De modo que del artículo protector del *Sun* que antes hemos citado, ya se puede rebajar por Venezuela esta partida de descargo que se le recordaba para que no entrase en las alianzas bosquejadas en el estrecho de Magallanes, aceptadas en las entrevistas de Río Janeiro y que dentro de poco recibirán su última consagración en Buenos Aires al pagarse al general Roca su visita á Campos Salles, para cuya espléndida recepción ya han comenzado á hacerse en la capital de la Argentina ostentosos preparativos.

En todos estos acontecimientos España no puede tomar más parte que la de la simpatía moral con que los vé desarrollarse. Nosotros no tenemos pleitos territoriales con ninguno de los nuevos Estados americanos, ni pensamos en nuevas conquistas en ellos, ni aspiramos á ninguna anexión. Pero á esas calurosas simpatías nos moverán siempre los intereses de raza, el hervor de la sangre común y la comunidad de fe, de historia y de destino. La joven América española ha necesitado para despertar á la conciencia de su seguridad y de sus intereses, presenciar la total ruína de España en aquel mundo y encontrarse partícipe de una amenaza común. ¡Sea enhorabuena! Nosotros palpitemos siempre de alegría con el espectáculo de nuestras hijas en el seno de la prosperidad, en la fuerza de su unión y en el progreso de su civilización.

*
* *

No son, por desgracia, tan apresurados como deseáramos estos adelantos; pero, ¿quién duda que por todas partes hacia ellos se camina, aunque inveterados defectos constitutivos originen obstáculos que los dificulten? No entraremos detalladamente en cada uno de los problemas económicos que á la

vez ocupan y preocupan á los Gobiernos de Chile, la Argentina y Colombia, que en estos momentos tienen sobre el tapete las grandes cuestiones de que depende la salud y el respiro de sus respectivos tesoros. Reconocemos que los tres Gobiernos luchan con dificultades inmensas para poner en equilibrio los gastos con los ingresos, para normalizar su crédito y para establecer la debida proporción entre la moneda circulante y los valores fiduciarios. La lucha es empeñadísima en cada uno de estos tres Estados, y las dificultades para resolver los respectivos conflictos financieros enormes; pero ningún país ha dejado de pasar por estas crisis y por estos trabajos, cuando en los horrores de una Hacienda descuadrada se ha tratado de introducir el orden y la economía. La más abundante en recursos propios es la Argentina, y es, sin embargo, donde el problema presenta faz más angustiosa. En Chile, lo bien organizado de la administración logra superar los compromisos del déficit y el desequilibrio de los cambios, y Colombia protesta contra toda clase de emisiones nuevas de papel moneda, pidiendo inspiraciones al orden y al acierto para vencer una situación insostenible. No desconfiamos de los resultados. «Querer es poder», y el pensamiento, estrechado por la angustia de las circunstancias, cada día tiene un rayo de inspiración que le descubre un nuevo horizonte. Chile, la Argentina y Colombia trabajan con fe para dominar los conflictos de sus haciendas, y, uniendo á la fe la constancia, lograrán, como Porfirio Díaz lo logró en Méjico, establecer el equilibrio y la armonía á que se prestan los grandes recursos nacionales de que disponen.

*
* *

Más penoso espectáculo ofrecen las sociedades perturbadas por el perpetuo anarquismo americano. En la progresiva Argentina las deficiencias de las administraciones locales engendran cada día un nuevo conflicto: primero el Estado de Bue-

nos Aires, después el de Cajamarca, y ahora se anuncia que el fuego de esta combustión se propaga por la del Rosario. Ya van dos Estados intervenidos por el voto de las Cámaras federales; pero por todas partes resuena la demanda de la necesidad de reformar, si es preciso, hasta el Código que se funda en el pacto federal.

En Colombia la propaganda separatista, tal vez atizada por intereses muy sospechosos, al cabo ha lanzado al campo de las armas á los rebeldes del departamento de Antioquía. La idea que produce esta rebelión consiste en la separación y consiguiente independencia de los territorios divididos por el límite natural del río Magdalena, de lo que resultaría la formación de dos Estados autónomos: el compuesto de los departamentos de Antioquía, Cauca, Tolima, Bolívar y Panamá, con los puertos de Tumaco, Buenaventura y Panamá, en el Pacífico, y Colón, Cartagena y el magnífico muelle de Puerto Colombia, en el mar de las Antillas, aparte de la zona que marca el futuro encuentro de los dos Océanos; y el Estado compuesto de los departamentos de Cundinamarca, Boyacá, Santander y Magdalena. Si la revolución triunfara, esta desmembración se resolvería en la total ruina de las dos partes, como colectividades políticas independientes.

En el Perú el nuevo Gobierno del Sr. Romaña, tan bien recibido por la opinión sana del país y por la de los Estados limítrofes, no acaba de hacer desaparecer las montoneras que siembran la anarquía por una gran parte del país. El general Cáceres se ha retirado de la contienda armada dando un manifiesto al país; pero el diputado Durand sostiene vivo el fuego de la rebelión. También se ha dirigido al país con su manifiesto correspondiente, aspirando á realizar en el antiguo imperio de los Incas otra epopeya como la del agitador de los indios de Bolivia. Por ventura, ¿no ha logrado, después de aquellas tristes escenas, ser erigido supremo magistrado de su nación? Pero el Perú no tiene aquellos elementos salvajes con que hacer la guerra de la desolación y del miedo, y si se ha

de dar crédito á lo que el telégrafo dice, Durand, siempre perseguido de cerca por las fuerzas leales, sólo camina de derrota en derrota. La verdad es que aunque caminara de victoria en victoria, en el efecto repugnante que ya produce toda rebelión en sociedades tan necesitadas de unión, de paz, de reposo, siempre resultaría un héroe trágico de los que ya abomina hasta el teatro.

*
* *

Muerto nuestro connacional Ibarrola por los indios del Chaco, ultrajado su cadáver, comido por los antropófagos, creíamos que ya no se volvería á hablar de él. No es así. En la Argentina ha habido quien ha organizado una expedición para ir en su busca. Esta expedición está llenando su cometido bajo la dirección de D. Carmelo Uriarte, y el ministro de España en Buenos Aires hace poco recibió un telegrama de Uriarte fechado en la Concepción del Paraguay, diciendo que las referencias dadas por los indios del Piliomayo, aunque dudosas, eran optimistas. ¿Tendremos el segundo Rey D. Sebastián? ¿Aparecerá un nuevo *Pastelero de Madrigal*?

I.O.B.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

terpretation sociale et morale des principes du développement mental.—*Etude de psycho-sociologie*, por James Mark Baldwin, trad. franc. de C. L. Duprat. 1 vol. 577 págs.—*Bibliothèque sociologique internationale*, Vol. XVIII. París, 1889. Giard y Brière.—Su precio 10 francos.

Es el autor de este importantísimo trabajo el gran psicólogo norteamericano Baldwin, á quien debe la ciencia otras obras del más alto interés, como, v. gr.; sus Manuales de psicología. La obra de que hoy voy á dar brevísima noticia, publicóse no hace mucho en inglés, y debe considerarse como la continuación de otra muy notable, muy estudiada por psicólogos, pedagogos y sociólogos, y que hace poco se publicaba en francés bajo el título de *El desenvolvimiento mental en el niño y en la raza* (París, Alcan).

La *Interpretación social y moral de los principios del desenvolvimiento mental*, es, como dice el mismo autor, una obra de psico-sociología, ó bien pudiéramos decir, de psicología sociológica. M. Baldwin es un sociólogo preparado en los estudios psicológicos, que ha venido á la sociología, no de la biología y de la fisiología, ni siquiera de la etnografía y de la historia, sino de la psicología: por eso domina en él el sentido y orientación, que en el desenvolvimiento recientísimo de las ciencias sociológicas rectifica y destruye en gran parte la concepción biológica de la sociología, ese sentido ú orientación que también se advierte, por ejemplo, en M. Tarde, y en M. Giddings, es el psicológico, que llega en M. Baldwin probablemente á su más alta manifestación, puesto que para

él la sociología no es más que una amplificación de la psicología.

El mismo propósito capital del libro de M. Baldwin, revela el sentido psicológico de su concepción sociológica. «Mi objeto—dice—en el presente ensayo, es investigar en qué medida los principios del desenvolvimiento mental en el individuo son también los principios de la evolución social.» El autor considera que hay tres métodos más ó menos científicos, susceptibles de ser empleados para resolver los problemas complejísimos que la realización de su objeto entrañan. Y son: el método *antropológico ó histórico*, el sentido *sociológico ó estadístico* y el *genético*, el cual encuentra su aplicación en dos campos de investigación: el desenvolvimiento mental del individuo, cuyo estudio nos da luz sobre los elementos sociales y sobre los movimientos naturales, que hacen al hombre capaz de entrar con sus semejantes en una organización social, y las fuerzas biológicas y sus resultantes en la vida animal, juntos con los fenómenos psicológicos de esta misma vida, cuyo estudio nos da luz sobre los antecedentes de las fuerzas sociales y sobre las instituciones humanas. El autor adopta el método genético en sus investigaciones, y especialmente aquella forma de tal método, que estudia al individuo en los primeros momentos de su desenvolvimiento mental, para aclarar su naturaleza social y la organización social en la cual tiene una parte.

M. Baldwin desarrolla su obra estudiando primeramente la persona pública y privada, á partir de las manifestaciones más espontáneas de la imitación en la persona, pasando luego á considerar ésta en cuanto inventa, para determinar después sus funciones y las sanciones personales. En la segunda parte examina la sociedad, comenzando por considerar la persona en acción, para analizar á continuación la organización, é inferir, por último, las consecuencias prácticas y las reglas de conducta.

ADOLFO POSADA.

L' omicidio nel diritto penale, per G. B. Impallomeni.—Torino, Unione tipografico-editrice, 1899.—Un volumen de 582 páginas, 10 liras.

El autor de este libro, conocido muy ventajosamente entre los penalistas por otras varias publicaciones, y sobre todo por su comentario del Código penal italiano (*Il Codice penale italiano illustrato*, tres volúmenes, Florencia, 1890), pretende ofrecer al público el tratado más completo que hasta ahora se ha escrito acerca del homicidio.

Y lo que no puede dudarse es que recoge en un solo libro muchísima doctrina esparcida en escritores antiguos y modernos, en Códigos, etc., y que la presenta muy ordenada.

La obra se divide en cuatro capítulos, dedicados á estudiar: el primero, la TEORÍA GENERAL del homicidio, *causalidad* del homicidio (sección primera), el *sujeto pasivo* del homicidio (sección segunda), el *elemento moral* en el homicidio, el dolo y la culpa (sección tercera), el *concurso* real y formal en el homicidio (sección cuarta), la *complicidad correlativa* (sección quinta), y la *participación en una riña* seguida de homicidio ó de lesiones (sección sexta); el segundo, la HISTORIA del homicidio (desde los hebreos hasta los Códigos modernos); el tercero, los HOMICIDIOS CUALIFICADOS, ya por razón de la *persona* que los realiza ó sobre quien recaen (sección primera), ya por el *modo* como se ejecutan (sección segunda), ya por la *causa* ó motivo que los determina (sección tercera); el cuarto, las circunstancias que *excluyen* ó que *atenúan* la responsabilidad en el homicidio (enfermedad mental, alcoholismo, obediencia jerárquica, etc.)

Dada la multitud de elementos, doctrinales, históricos y legales, que el Sr. Impallomeni reúne y ordena en su libro, es posible considerar á éste como un tratado amplio y casi completo sobre la parte general del derecho penal; mucho de lo que el autor escribe acerca del homicidio es aplicable, en efecto, á todos los delitos en general, ó á todos los delitos de sangre y de violencia.

Y por otra parte, aunque tiene mucho de comentario de la

legislación italiana tocante al homicidio, á la cual se da, naturalmente, la preferencia sobre las otras (si bien hay frecuentes excursiones al campo de la legislación comparada), sin embargo, lo que de ella dice puede, *plus minusve*, por la analogía de circunstancias, ser aplicable á las demás que rigen en Europa y América.

La parte material y tipográfica del libro, bien cuidada.

P. DORADO.

Uma classificaçao dos phenomenos e das sciencias sociaes, por M. I. Abundio da Silva.—Coimbra, 1899.—Un folleto de 49 páginas.

En este opúsculo, el señor da Silva, con conocimiento de lo que trae entre manos, ofrece al lector una clasificación suya propia de los fenómenos y de las ciencias sociales, la justifica, y por fin da cuenta brevemente de otras clasificaciones de los referidos fenómenos y ciencias, entre ellas de las de Comte, Ferraris, Lilienfeld, Asturaro, Alberto Sales, René Worms y De Greef.

P. DORADO.

OBRAS NUEVAS

- Anales de la Sociedad española de Historia natural. *Serie II. Tomo séptimo*. En 4.º, 452-258 páginas, con grabados: 15 pesetas.
- Berjón y Vázquez (A.)—Estudios críticos acerca de las obras de Santo Tomás de Aquino. En 8.º, 409 págs.: 5 pesetas.
- Biblioteca Bascongada. *Tomo 39. Territorios sometidos al Fuero de Vizcaya en lo civil. Tomo II*. En 8.º, 288 págs.: 2 pesetas.
- Bombín Martínez (S.)—Predicación parroquial rural. En 8.º, 2 tomos, 373-412 págs.: 7 pesetas.
- Buisson (F.)—La educación popular de los adultos en Inglaterra; noticias sobre las principales instituciones por los miembros de sus comités, con un prefacio de F. Buisson, traducción y prólogo de Adolfo Posada, Profesor en la Universidad de Oviedo. En 4.º, 320 págs.: 6 pesetas.
- Caballero (R.)—Diccionario de modismos (frases y metáforas): En 4.º, 1.198 págs.: 25 pesetas.
- Calleja (S.)—Biblioteca de las escuelas. Tratados de las asignaturas de la primera enseñanza superior, publicados por Saturnino Calleja. *Tomo IX*. En 8.º, 190 páginas, con grabados: 1 peseta.
- Campillo y Burgos.—Cuentos y sucedidos (prosa y verso). En 8.º, VII-312 págs.: 3,50 pesetas.
- Censo de la población de España.—Resultados provisionales del Censo, según el empadronamiento hecho en la Península é Islas adyacentes, el 31 de Diciembre de 1897, por la Dirección general del Instituto Geográfico y Estadístico. En 4.º may., XIV-431 páginas, tela: 8 pesetas.
- Cervantes Saavedra (M. de).—El ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha, compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra. Primera edición del texto restituído, con notas y una introducción por Jaime Fitzmaurice Kelly. C. Ormsby. *Segunda parte*. Edimburgo, Impreso por T. y A. Constable. 1899. En 4.º, XIII-556 páginas.

- Commelerán (F. A.)—Gramática elemental de la lengua latina. En 8.º, 166 págs.: 2 pesetas.
- Conrotte (M.)—Notas mejicanas (viajes). En 8.º, 392 págs.: 3 pesetas.
- Critón.—Hágase Ejército; infantería, caballería, artillería; estudios tácticos al alcance de todos. En 8.º, 293 págs.: 2 pesetas.
- Cubas (M.)—Ida San Telmo. (La Cortesana Militar.) Historia anecdótica. En 12.º, 100 págs.: 1 peseta.
- Fernández (S. J.)—Albores de la enseñanza. *Tomo VI*. En 8.º, 94 páginas: 50 céntimos.
- Fernández Amador de los Ríos (J.)—Los orígenes de la oratoria. En 8.º, 228 págs.: 3 pesetas.
- Fernández Duro (C.)—Armada española desde la unión de los reinos de Castilla y Aragón. *Tomo V*. En 4.º, 484 págs. y 12 láminas: 15 pesetas.
- Giner de los Ríos (H.)—Manual de literatura antigua y moderna, nacional y extranjera. *Primera parte*. En 4.º, VII-412 págs.: 5 pesetas.
- Giner de los Ríos (H.)—Resumen de Etica. En 8.º, 88 págs.
- Gómez Carrillo (E.)—Tristes idilios. En 12.º, 190 págs.: 50 céntimos.
- González (P. A.)—La inmoralidad del teatro moderno. En 8.º mayor, 230 págs.: 2,50 pesetas.
- González Hernández (P.)—Conversaciones incoherentes. *Primera serie*. En 8.º, XIX-295 págs.: 4 pesetas.
- Guerra Alvarez (J.)—El inglés sin maestro en 20 lecciones. En 4.º, XV-94 págs.: 3 pesetas.
- Guixé (R.)—Apuntes de hacienda pública. En 4.º, 271 págs.: 8,50 pesetas.
- Izquierdo y Alonso (S.)—Primer curso de castellano. En 4.º, 99 páginas: 2 pesetas.
- Idem.—Primer curso de latín. En 4.º, 118 págs.: 2,50 pesetas.
- Jordán de Urries y Azara (J.)—Biografía y estudio de Jáuregui. En 4.º mayor, VII-273 págs.: 4 pesetas.
- Lecea y García (F. de).—El problema de la salud. En 4.º, 800 páginas: 10 pesetas.
- López Ferreiro (A.)—Historia de la Santa A. M. Iglesia de Santiago de Compostela. *Tomo II*. En 4.º, 555 págs.: 7 pesetas.
- Mélida y Alinari (A.)—Discurso leído ante la Academia de Bellas Artes de San Fernando. Contestación del Sr. Fernández Casanova. En 4.º mayor, 44 páginas.
- Montenegro (A.)—El conflicto de las aguas de Madrid. En 8.º, 47 páginas: 1 peseta.
- Muro (J.)—Nociones de historia. *Primer curso*. En 4.º, 104 páginas: 3 pesetas.
- Orti y Lara (J. M.)—Discurso leído en la Universidad Central en la inauguración del curso académico de 1899 á 1900. En 4.º mayor.
- Palma (L. de la).—Historia de la sagrada Pasión, sacada de los cuatro Evangelios. En 8.º, 556 páginas: 1,50 pesetas.
- Paol y Jofresa (J.)—Estudios jurídicos y notariales. En 8.º, 221 páginas: 4 pesetas.
- Parral y Cristobal (L.)—La educación social. En 8.º mayor, XVIII-209 págs.: 2 pesetas.
- Pereyra de Armas (M.)—Un cuarto

- á espadas. El Sr. Sánchez de León y su compañía. En 8.º, 43 págs.: 50 céntimos.
- Pérez R. Mínguez (F.)—Revisión del Código civil. En 4.º, 54 páginas: 1 peseta.
- Piquer (M.)—Alma parens de nuestra Administración Militar; estudio biográfico de la Academia de este Cuerpo, estado actual de dicho centro docente, y opinión acerca de su racional perfeccionamiento. En 4.º, v-208-III páginas: 6 pesetas.
- Porreño (B.)—Historia del serenísimo Sr. D. Juan de Austria, hijo del invictísimo Emperador Carlos V. En 4.º, xvi-596 páginas: 30 pesetas.
- Romero Girón (V.) y García Moreno (A.)—Complemento de las instituciones políticas y jurídicas de los pueblos modernos. *Apéndice IX*. En 4.º mayor, 723 páginas: 16 pesetas.
- Sáiz y Sánchez (J.)—Nociones de Geografía. En 8.º, 63 págs.: 30 céntimos.
- Idem, y Sánchez Morate y Martínez (J. F.)—Breves nociones de pedagogía. En 8.º, 126 páginas: 2,50 pesetas.
- Sánchez y Hernández (A.)—Las Vesanas primitivas. En 4.º, 357 páginas: 4 pesetas.
- Sánchez-Morate y Martínez (J. F.) —Breves nociones de Física, Química é Historia Natural. En 8.º mayor, 135 págs.: 2,50 pesetas.
- Santamaría (V.)—La responsabilidad notarial. *Tomo I*. Parte orgánica del notariado. En 4.º, 308 págs.: 5 pesetas.
- Suárez Somonte (I.)—Primer curso de aritmética. En 8.º, 151 págs.: 3 pesetas.
- Torroja (E.)—Tratado de geometría de la posición, y sus aplicaciones á la geometría de la medida. *Cuaderno 4.º*. En 4.º mayor, páginas 497 y 813 final: 3 pesetas.
- Uhagón (F. R. de .)—Índice de los documentos de la Orden Militar de Calatrava, existentes en el Archivo Histórico Nacional. En 4.º, 167 págs.
- Verdes Montenegro (J.)—La peste bubónica, su desarrollo, síntomas y medios de combatirla según los últimos progresos científicos, con inclusión de los realizados en Oporto. En 8.º, 109 págs.: 2 pesetas.
- Villa y Pajares (E. de la).—Viaje histórico-descriptivo á Tierra Santa de la primera peregrinación española. En 8.º xix-210 páginas: 1,25 pesetas.
- Zavala (J. M.)—Observaciones sobre las aguas minerales de Cestona. En 4.º, 103 págs.: 1 peseta.

INDICE

por orden alfabético de autores de los artículos
publicados en «La España Moderna»
durante el año 1899.

- ALTAMIRA (Rafael).—*Los discursos de Fichte á la nación alemana.* Abril, pág. 35.—*Psicología del pueblo español.* Marzo, pág. 5.
- AMADOR DE LOS RÍOS (Rodrigo).—*Alcalá de Henares durante la guerra de la Independencia.* Setiembre, pág. 37.
- ANÓNIMO.—*Notas bibliográficas.* Enero, pág. 190; Febrero, pág. 205; Julio, pág. 202; Setiembre, pág. 194.—*Obras nuevas:* Enero, pág. 205; Febrero, pág. 206; Marzo, pág. 205; Abril, pág. 204; Mayo, pág. 206; Junio, pág. 204; Julio, pág. 205; Setiembre, pág. 199; Octubre, página 203; Noviembre, pág. 200; Diciembre, pág. 198.
- ARAUJO (Fernando).—*Revista de Revistas.* Enero, pág. 136; Febrero, página 168; Abril, pág. 156; Mayo, pág. 129; Junio, pág. 133; Julio, página 162; Agosto, pág. 132; Setiembre, pág. 175; Octubre, pág. 161; Noviembre, pág. 160; Diciembre, pág. 138.
- ARNOLD (Mateo).—*Un drama de la Pasión en Persia.* Noviembre, página 50.
- ASENSIO (José María).—*La patria de D. Juan de Jáuregui.* Agosto, página 73.
- BARNETT (P. A.).—*Las Bibliotecas gratuitas.* Agosto, pág. 56.
- BARNETT (Samuel A.).—*Las colonias universitarias.* Abril, pág. 76.
- BÉNARD (F. G.).—*La Institución Birkbeck.* Febrero, pág. 69.
- BÉNARD (W.).—*Ejemplos de Instituciones politécnicas inglesas.* Junio, pág. 65.—*Un pequeño centro local de educación técnica.* Junio, página 65.
- BERNALDO DE QUIRÓS (Constancio).—*Notas bibliográficas,* Junio, página 197.
- BUISSON (F.).—*La educación popular de los adultos.* Enero, pág. 67.
- BUYLLA (Adolfo).—*Notas bibliográficas.* Febrero, pág. 200; Mayo, página 199.
- BYRNE (Bonifacio B.).—*La oración del niño.* Octubre, pág. 108.
- CABRERA (Manuel).—*El himno del martillo.* Julio, pág. 67.
- CONSEJERO DE INSTRUCCION PÚBLICA (Un).—*Las reformas de segunda enseñanza.* Julio, pág. 72.
- CHEVALLEY (A.).—*La educación de los adultos en Inglaterra.* Enero, página 70.
- CHOCANO (José S.).—*El fin de Satán.* Mayo, pág. 123.
- DARÍO (Ruben).—*Retratos.* Noviembre, pág. 81.—*Leda.* Noviembre, página 82.
- DORADO (P.).—*El Discurso de apertura de los Tribunales y la Memoria del Fiscal del Supremo.* Noviembre, pág. 94.—*Notas bibliográficas:*

- Enero, pág. 188; Marzo, pág. 204; Abril, págs. 197, 200 y 202; Mayo, págs. 198, 202 y 205; Junio, pág. 199; Agosto, págs. 191, 194, 197 y 199; Octubre, pág. 199; Noviembre, págs. 193 y 197; Diciembre, páginas 200 y 201.
- FICHTE (Juan T.) — *Discursos á la Nación Alemana*. Abril, pág. 41; Mayo, pág. 96; Junio, pág. 100; Agosto, pág. 81; Septiembre, página 129; Octubre, pág. 110; Noviembre, pág. 117.
- FIELD (W. G.) — *La Colonia de University Hall*. Mayo, pág. 77.
- FLOWER (J. Edward). — *Las escuelas de noche y la Asociación de las escuelas recreativas nocturnas*. Febrero, pág. 47.
- GÓMEZ DE BAQUERO (E.) — *Crónica literaria*. Enero, pág. 171; Febrero, página 134; Marzo, pág. 168; Abril, pág. 188; Mayo, pág. 188; Junio, página 185; Julio, pág. 110; Agosto, pág. 120; Setiembre, pág. 146; Octubre, pág. 127; Noviembre, pág. 132; Diciembre, pág. 128.
- HAMILTON (Guillermo Gerardo). — *Lógica parlamentaria*. Enero, página 193.
- HANCOCK NUNN (Tomás). — *La colonia universitaria de Whitechapel*. Abril, pág. 56.
- IGNOTUS. — *De la guerra: Las causas del desastre*. Enero, pág. 26; Febrero, pág. 110; Marzo, pág. 123; Abril, pág. 108. *Notas bibliográficas*. Octubre, pág. 201.
- IOB. — *Revista Hispanoamericana*. Enero, pág. 110; Febrero, pág. 148; Marzo, pág. 179; Abril, pág. 129; Mayo, pág. 164; Junio, pág. 157; Julio, pág. 185; Agosto, pág. 171; Setiembre, pág. 156; Octubre, página, 137; Noviembre, pág. 141; Diciembre, pág. 179.
- KENWARD (Isabel M. M.) — *Asociación por correspondencia para las jóvenes*. Setiembre, pág. 113.
- KOROLENKO (Uladimiro). — *La víspera de Pascua*. Abril, pág. 5.
- LAMPÉREZ Y ROMEA (Vicente). — *Santa Cruz de la Serós; observaciones sobre un monumento arquitectónico casi desconocido*. Octubre, página 92.
- MARTÍNEZ LUJÁN (Domingo). — *El prisionero del Diablo*. Agosto, pág. 64.
- MÉLIDA (José Ramón). — *Ávila. Iglesias ojivales*. Enero, pág. 46.
- MONCHET (Gastón). — *Las Sociedades de lectura y las Bibliotecas populares en Inglaterra*. Agosto, pág. 39.
- ORTEGA (Eduardo). — *Luciérnagas*. Julio, pág. 70.
- OSMA Y ARENAS (José I. de). — *Estudio histórico-crítico sobre la fábula del Piloto Alonso Sánchez*. Diciembre, pág. 45.
- PARDO BAZÁN (Emilia). — *El niño de Guzmán*, novela. Enero, pág. 5; Febrero, pág. 5; Marzo, pág. 146. *La literatura moderna en Francia*. Diciembre, pág. 96.
- PATÓN (C. M.). — *Casas nocturnas para las jóvenes inglesas*. Setiembre, pág. 104.
- PATÓN (J. B.). — *La Educación social del obrero*. Julio, pág. 40.
- PÉREZ DE GUZMÁN (Juan). — *Bajo los Austrias. De la criminalidad en Castilla, cabeza de España, y del estado de las costumbres sociales en Madrid, su Corte, durante el reinado de Felipe II*. Febrero, página 85; Abril, pág. 14; Junio, pág. 78; Agosto, pág. 95; Setiembre, página 83. *Castelar*: Julio, pág. 137. — *La evolución de la Historia*. Octubre, pág. 73. — *El progreso intelectual de la América Española*. Diciembre, pág. 75.
- PÉREZ MERINO (Nicolás). — *Los canales del istmo centroamericano*. Marzo, página 60.
- PEZA (Juan de Dios). — *En la lid*. Julio, pág. 69.
- POSADA (Adolfo). — *Cómo se puede reformar la Constitución de 1876*. Noviembre, pág. 84. — *La educación popular de los adultos*. Enero, página

- na 61.—*Notas bibliográficas*. Enero, pág. 187; Febrero, pág. 204; Marzo, pág. 202; Abril, págs. 199 y 201; Mayo, pág. 203; Junio, págs. 198 y 202; Agosto, págs. 190, 192, 196, 198, 200, 201 y 202; Setiembre, páginas 195, 196 y 197. Octubre, pág. 200. Noviembre, págs. 192 y 199; Diciembre, pág. 198.
- PRASINIANUS.—*La educación de los adultos en Inglaterra. El salón del pueblo*. Julio, pág. 48.
- RÍOS DE LAMPÉREZ (Blanca de los).—*¿Estudió Cervantes en Salamanca?* Abril, pág. 93; Mayo, pág. 44.
- ROMERO (Paulo Emilio).—*¡Madre!* Octubre, pág. 106.
- ROSSEL (Juan C.).—*El nido*. Octubre, pág. 109.
- ROSSIGNOL (M.).—*La Colonia Universitaria de «Hull House» en Chicago*. Setiembre, pág. 120.
- RUSSELL (J.).—*La Colonia de «University Hall.»* Mayo, pág. 86.
- SADLER (Michael E.).—*La extensión de las Universidades en Inglaterra*. Marzo, pág. 85.
- SALILLAS (Rafael).—*La parentela de Velázquez*. Julio, pág. 123.
- SCOTT LIDGETT (J.).—*La colonia Universitaria de Bermondsey*. Mayo, pág. 71.
- STEELE (James W.).—*El cubano*. Enero, pág. 103.
- TURGUENEFF (Ivan) *Tierras vírgenes* (novela).—Mayo, pág. 5; Junio, página 5; Julio, pág. 5; Agosto, pág. 5; Setiembre, pág. 5; Octubre, página 5; Noviembre, pág. 5; Diciembre, pág. 5.
- VALENCIA (Guillermo).—*Los Camellos*. Junio, pág. 130. *En el Circo*. Setiembre, pág. 77.
- WAKELY (Carlos).—*La educación de los adultos en Inglaterra.—La lucha contra el alcoholismo*. Julio, pág. 56.
- WELLS (Sydney).—*La Institución politécnica de Battersea*. Junio, página 47.

INDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Tierras virgenes</i> (novela) conclusión, por Ivan Turgueneff.....	5
<i>Estudio histórico-crítico sobre la fábula del Piloto Alonso Sánchez,</i> por José I. de Osma y Arenas.....	45
<i>El progreso intelectual de la América española,</i> por Juan Pérez de Guzmán.....	75
<i>La Literatura moderna en Francia,</i> por Emilia Pardo Bazán.....	96
<i>Poetas americanos: En el teatro. — En el baile,</i> por Rodolfo Fi- gueroa.....	124
<i>Crónica literaria,</i> por E. Gómez de Baquero.....	128
<i>Revista de Revistas,</i> por Fernando Araujo.....	138
<i>Revista Hispanoamericana,</i> por Iob.....	179
<i>Notas bibliográficas,</i> por A. Posada y P. Dorado.....	198
<i>Obras nuevas</i>	202
<i>Índice por orden alfabético de autores, de los artículos publicados</i> <i>en LA ESPAÑA MODERNA durante el año 1899</i>	205